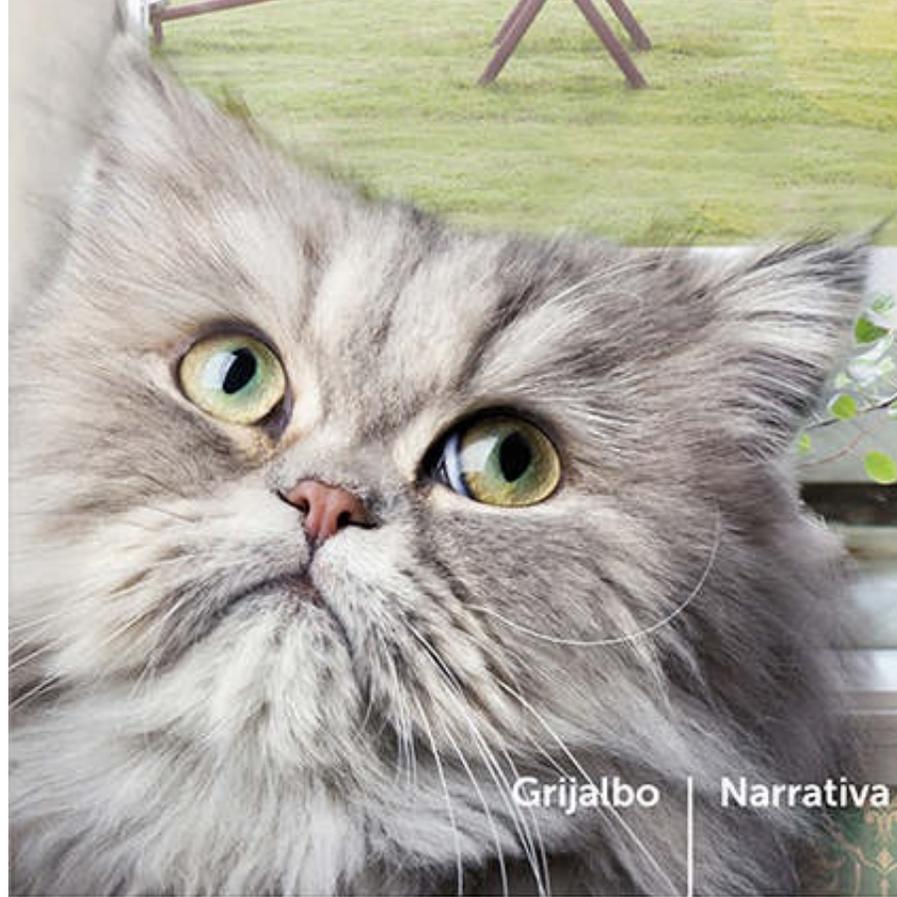


Una novela positiva y llena de ironía
sobre las segundas oportunidades.

El delicado arte de mantener el equilibrio en el columpio

Emmanuelle Urien



Grijalbo

Narrativa

EMMANUELLE URIEN

El delicado arte
de mantener el equilibrio
en el columpio

Traducción de
Joan Riambau

Grijalbo | Narrativa

www.megustaleerebooks.com

El corazón puede sufrir eternamente por la herida de un vivo, pero deja de sangrar en un muerto.

ANDRÉ ROUSSIN,
Un amour qui ne finit pas

FASE 1

Vida y muerte de la mujer ideal

Una señorita debajo de un columpio

Quizá me habría bastado aguzar el oído. Para oír los rumores, estar prevenida e, incluso inconscientemente, prepararme para el golpe antes de recibirlo. Lo habría encajado mejor. Sin duda incluso habría podido evitarlo. Sí, escuchar las frases que quedan en el aire, las que se pronuncian por descuido, a media voz, casi para una misma. Esas frases que ahora recuerdo, fuertes y claras, y como amplificadas: «¡Qué irritante llega a ser con tanta sonrisa!». O: «Me fastidia con tanta felicidad. Exagera, finge, no puede ser de otra manera». Y sobre todo: «Un día se caerá desde muy alto».

Estas palabras no son recientes, pero no me han llegado hasta que la burbuja ha estallado y ha derramado su contenido viciado sobre mi vida, o sobre lo que queda de ella. Antes era impermeable a ese tipo de comentarios, ni siquiera los oía. Era demasiado feliz para que los celos de los demás, sus pequeñas mezquindades, me afectaran. Y además, a los otros, antes, los quería, así que no podían ser mezquinos: existía un vínculo lógico tan sólido como una cadena entre mi predisposición a amar al género humano y su capacidad de hacer el bien.

Antes.

A lo largo de la vida de todo el mundo hay determinados puntos de inflexión. Unos acontecimientos puntuales que hacen que pueda hablarse de *antes* y de *después*. Hasta entonces, me los imaginaba como rellanos estables entre dos tramos de peldaños. Unas etapas que superar en el ascenso que para mí simbolizaba la vida.

Antes, estaba bien.

Subida. Rellano, pausa. Observar, aprender, recobrar el aliento en caso de necesidad. Luego, seguir subiendo. Rellano siguiente, breve mirada hacia atrás, sonrisa,

constatación: se ha progresado, se sigue avanzando, subiendo, escalando si hace falta. Todo va bien, todo irá mejor aún.

Esta historia de los rellanos es una imagen, una teoría que se corresponde bastante bien con mis representaciones de *antes*. Tengo otra que explica mejor mi caída. Porque los rumores no eran infundados: al final, en efecto, me caí. Y de más alto aún de lo que cabía imaginar.

Pensad en un columpio. No de los que cuelgan de un árbol y en los que te sientas sola y agitas las piernas, sino uno de esos compuestos de una larga tabla que descansa sobre un punto de apoyo elevado en el centro. El peso de las personas sentadas una frente a otra permite alternar los vuelos. Las subidas y bajadas. Si las personas tienen un peso similar, una corpulencia parecida y, sobre todo, si se dan el mismo impulso, se obtiene cierto equilibrio: un balanceo agradable o por lo menos armonioso que te permite creer que estás cómoda, tranquila y lanzada para toda la vida.

Y un cuerno.

Porque de repente miras a otro lado o no miras nada, quizá deslumbrada por el sol que ese día brillaba con tanta fuerza y te calentaba, te hacía sentir profundamente viva y feliz, confiada y ciega. No miras y entonces, en el instante en que, como de costumbre, no sospechas nada, la persona sentada enfrente desaparece, se escamotea de golpe. Te encuentras repentinamente con el culo en la arena. Y con el corazón en la boca. No hay nadie enfrente, el juego se ha acabado. Con el trasero dolorido, en ese preciso momento recuerdas que, de pequeña, a ese tipo de columpio se le llamaba también *subibaja*.

Tu pareja ha saltado en pleno vuelo, se ha arrojado del columpio y te ha dejado sola y dolida, con la cabeza repleta de preguntas, una sensación de aprensión en el vientre y un nudo en el estómago.

Y, sin embargo, confiabas en él. Tu pareja indefectible, compañero de juego y de vida. Ese columpio era el movimiento continuo de los dos, ascendente, evidentemente; y por supuesto que no iba a detenerse, ni te lo planteabas: lanzados, los dos, juntos, de común acuerdo. Os divertíais, incluso erais felices. No había razón alguna para que se acabara.

En todo caso, eso es lo que yo creía. En la época en que era la Mujer. Esposa, madre y amiga ideal, todo a la vez. Una santísima Trinidad autoproclamada y destronada por aquello que la conjura fatalista llama «los avatares de la vida». Me llevó mucho tiempo

tomar conciencia de la inanidad de mi estatus: esposa-madre-amiga perfecta, y perfectamente feliz. Cuando eso debería saltarle a la vista a todo el mundo: nadie busca a la persona ideal. Incluso a mí, pensándolo bien, me importaba un comino que mi familia, mis amigos fueran o no perfectos.

Mientras me quisieran.

Y me querían, todos, estaba convencida.

Hasta que ese cabrón saltó del columpio y me la pegué en todos los morros.

Detesto decir la palabra «morro», incluso si se refiere a los perros.

Separación. Divorcio. No por mi culpa, ni gracias a mí. Habría preferido, sin embargo, que me dijera: «Eres tan maravillosa, cariño, que prefiero dejarte, no estoy en absoluto seguro de ser lo bastante perfecto para asumir la inanidad de tu estatus».

Pero no, por desgracia yo nada tenía que ver: simplemente se follaba a mi mejor amiga desde hacía meses, ella también estaba en el columpio, como pasajera clandestina. Y fue su peso, que había pasado inadvertido, lo que hizo que todo saltara por los aires.

Una mujer bastante colgada, bastante guapa, bastante simpática. Podría decirse que era alguien que estaba bastante bien.

Un monstruo, en resumidas cuentas.

Así reviente.

Pero ni siquiera puedo darme el gusto de decir eso.

No es que no quiera desearle el mal a la que fue mi confidente, mi amiga más querida y mi alma gemela durante tantos años que soy incapaz de echar la cuenta; al contrario, simplemente es que esa traidora, la muy guarra, ya está muerta. Esa idiota hizo que se la cargara no sé quién y no me importa: que le *den*. Lo normal hubiera sido hundirse; perder a mi mejor amiga de una forma tan violenta, sin motivo aparente, me habría vuelto loca de tristeza y de incompreensión. Pero en este caso la locura ya estaba ahí y bien anclada en mí por esa doble traición. Ese crimen, que mi mente maltratada clasificó inmediatamente bajo la rúbrica de los sucesos sin resolver, finalmente me vino bien: ya no tenía corazón para ella, la traidora, salvo para continuar odiándola y pensar que se lo había buscado y que se lo merecía. El desconocido que la estranguló en su apartamento era el brazo de la justicia. O solo un amante ocasional; sé que era capaz de follarse a cualquiera. Y pensar que yo la aprobaba, que admiraba su lado epicúreo y que casi la animaba. Solo esperaba que se casara, que encontrara el bueno: el buen polvo, el buen plan, un buen hombre, en realidad. Me lo contaba todo.

Casi todo.

Menuda puta.

Una vez más, es una palabra que se me atraganta, que mastico y no logro tragar. No tanto por el fondo como por la forma: detesto la vulgaridad, sobre todo en el lenguaje. Con las *palabrotas* no existen los matices. Con la excepción de Mélanie. Si echo la cuenta de los términos que se me ocurren al pensar en ella, incluso si procedo por eliminación, siempre llego al mismo: putita.

El matiz está en el diminutivo: no merece el calificativo de «puta». Ni siquiera para eso tuvo valor. No tenía esa envergadura.

Pero que no se queje (*de todas formas, está muerta*, se hunde lacerante el cuchillo en mi herida): por mi parte, he merecido *pava*, *cenutria*, *papanatas* y *hopeless housewife* porque a mí me ha llamado una vieja amiga inglesa que hasta entonces me había parecido «inspirada por la vida» y que de hecho no era más que una vulgar adicta a las series americanas. Diríase que la felicidad pone cara de tontas a las personas que la exhiben y que estas hacen todo lo posible para merecer lo que les ocurre. Demasiada beatitud atrae las bofetadas; igual me lo merezco.

Todas esas bonitas palabras, evidentemente, no llegaron a mis oídos hasta que se marchó mi ex-marido-ese-cabrón. Sí, tendría que haber escuchado más. Y abrir los ojos, de paso. Nunca nada es tan perfecto como lo que nos esforzamos en creer. Sobre todo cuando estás tan bien dispuesta como yo. Los amigos pueden ser mezquinos y los maridos infieles. O las dos cosas, si por desgracia llevas malas cartas.

Y entonces hay tomar la delantera. Saltar del columpio antes que él, que el cabrón, aunque sea solo para guardar las apariencias.

Intentarlo, por lo menos, aun a riesgo de rasguñarse las rodillas, las palmas de las manos o la carne de las pantorrillas.

Aceptar el mejor papel, el del malo: el tipo malvado expuesto al odio de todos sus amigos íntimos (intentad poner esta frase en femenino). Lo habría preferido, y lo reivindicado, aunque no resulte demasiado *agradable*.

Habría hecho nuevos amigos, una nueva vida de la A a la Z: el decorado y los personajes. Eso es lo que hacen los hombres cuando dejan a la mujer de su vida. En lugar de eso, tuve derecho a un cortejo de plañideras.

Con lágrimas en los ojos, los brazos tan abiertos como para abarcar a cuatro como yo, y pocas palabras, compasivas, púdicas, sensibleras.

Detrás de ellas, los maridos, compañeros o novios dispuestos a renegar de su condición de macho, a quienes a la vista de la situación yo solo podía aborrecer, proferían juicios categóricos sobre la conducta y la moralidad de mi ex marido y, a partir de entonces, ex amigo de ellos. De todo esto debía deducir que era una chica *bien* y él un infame *gilipollas*, y que la vida no era justa, ah no, para nada, menudo lío, querida; pero lograría levantarme de nuevo. ¿Acaso tenía otra opción? ¿Iba a pasarme el resto de mi vida llena de tristeza y de odio con todos esos negritos que se mueren con el vientre hinchado y el fusil en la mano?

Por lo general su verborrea empalagosa se interrumpía antes de que me explicaran la manera de volver a levantarme, a recuperar la posición vertical, aparentemente la única digna, de llevar de nuevo el timón, mantener el rumbo, seguir el camino, la vida.

Pues bien, esos amigos compasivos no lo sabían. No tenían ninguna receta milagrosa, ningún remedio magistral, aunque fuera amargo, ninguna magia, aunque fuese negra, y tampoco una panacea. Ni siquiera una buena palmada en la espalda para encarrilarme de nuevo.

Lástima. En aquel momento de mi vida, lo que habría necesitado era un poco más de dureza y no tanta conmiseración. A un sargento de voz estentórea que brotara de una mandíbula cuadrada trabajada a base de chicles y anabolizantes, y una mano ancha como una pala abatida con fuerza entre mis omoplatos, que me empujara hacia delante con el siguiente consejo, más bien una orden: «¡Ahora, soldado, avanza! Te vas a cagar, pero avanzarás. No hay elección: tienes al enemigo en los talones; si te detienes, se te come. Así que ¡arrástrate, soldado, y aprieta los dientes; esto te va a doler!».

Echaba en falta esa voz, esa violencia, esa convicción. Ya no soportaba más la dulzura de mis amigas y las palabras amables de sus maridos, compañeros o novios. Me hundía en toda esa compasión como si fueran arenas movedizas y no tenía ganas de luchar. Era una muerte asistida.

Aquello duró dos meses, durante los cuales mi sufrimiento alimentado por mi entorno y sus buenas intenciones me tuvo clavada al suelo. Hundida en la arena con la vista puesta en el cielo mientras, a intervalos regulares, mi lado del columpio volvía a

golpearme en la cara y me recordaba que desgraciadamente aún estaba viva.

Tuve varios sobresaltos. Al menos uno.

Con motivo del entierro de mi ex amiga, justo después de que mi ex marido se marchara. Me pareció que esas exequias lluviosas eran la ocasión ideal para mostrarme como una mujer ultrajada y hacer gala pública de mi odio en medio de la tristeza de los demás. Me vestí de payaso, lucí los colores más chillones de mi guardarropa y me convertí en una mancha en el cortejo fúnebre, una gran mancha multicolor. Mostraba una sonrisa cruel y la gente evitaba mi mirada. Preferían transpirar en silencio la desaprobación y fingir con hipocresía que eran torrentes de lluvia. Pretendía armar un escándalo: hubiera querido mearme en su tumba, en la tumba aún abierta, delante de todo el mundo. Mearme sobre el ataúd de mi mejor amiga para darle una lección, aunque ya estuviera muerta.

¿Qué lección le daría?

¿Que eso no se hacía?

Finalmente no lo hice. Llovía demasiado, me parece, y los niños tenían hambre.

O la capacidad volumétrica de mi vejiga era insuficiente para expresar todo lo que sentía.

Amor al peso

Claro que los niños me ayudaron a aguantar. Para ser más precisa, me recordaron que *tenía* que aguantar.

¿Qué tenía que aguantar?

Tenía que aguantarme.

Mis hijos, mi carne, pero también carne del otro, del cabrón que me traicionó.

Mis amores.

El problema es que luego —el *luego* del *antes*— el amor se convirtió en un peso muerto. No había desaparecido; eso era evidente. No tenía que buscar demasiado ni hurgar muy a fondo dentro de mí para asegurarme de su presencia. De todas formas no habría tenido fuerzas para ello. Sabía que estaba allí, y punto.

Pero eso no me era de gran ayuda, al contrario.

Sin los niños, sin ese amor que me lastraba, no habría necesitado luchar. Simplemente, y por fin aliviada, me habría vuelto una loca y una asesina.

La noche en que me anunció su relación con ella, su amor y nuestro divorcio, mi primer pensamiento, tan frío como lógico, fue: «La mataré». No era en absoluto una amenaza, se trataba pura y llanamente de una evidencia, el anuncio de una acción inminente, como si ya estuviera hecho: «Mañana llamaré para la recogida de trastos, iré al banco, compraré yogures de chocolate, limpiaré mi revólver y le volaré los sesos a Mélanie». Segundo pensamiento, casi simultáneo: matarlo, a *él*, al traidor, al cabrón. Antes, por descontado, arrancarle los ojos, con mis propias uñas o con cucharitas de té; lo que sea más cruel. Extrañamente, las dos imágenes de sus cadáveres (inmóviles en una posición evocadora de horribles sufrimientos) hicieron surgir la de mis hijos. Porque no iba a permitir de ninguna manera que tuvieran a su madre en la cárcel. O en el cementerio. Porque, por supuesto, tras cargarme a mi ex marido y a mi ex mejor amiga,

me habría suicidado, sin duda en la bañera, con unas cuchillas de afeitarse que ya ni siquiera sé dónde pueden comprarse desde que aparecieron las maquinillas multihojas. El suicidio es más limpio que el deshonor y permite que nuestro entorno pase página. Al menos eso dicen.

Sí, pero ¿y los niños?

(... sin contar con que, si desaparezo, él tendrá la custodia.

«No, idiota, sé un poco más lógica: acabas de cargártelo a golpes de cucharón o de plancha. Con el selector en la posición de “lino”, para no fallar.»)

Los niños irían directos al orfanato —mi madre se negará a acogerlos— y luego los colocarían en una familia de acogida. O en dos. Separados.

Por mi culpa.

No, eso sí que no: por culpa de *él*, del cabrón, del traidor. Fue él quien saltó del balancín, no yo.

Lastrada por el amor, maternal o enfermizo —*maternomizo*— que siento por mis hijos, aguanté a pesar de la carga y de la falta de un verdadero apoyo. Con desgana y a trompicones. Una muñeca de trapo mal rellena.

«Tienes que aguantar, por los niños», repiten machaconamente los amigos durante semanas, casi día tras día. La familia remacha el clavo. Mi prima, en particular, la reina de las plañideras, siempre dispuesta a lamentarse conmigo, tiene la lágrima fácil aunque yo no llegue a llorar delante de ella. De repente, solloza sola, en mi lugar, por las dos; gime que quería tanto a Yann que nunca habría imaginado algo así de él, que es muy duro lo que me está pasando, pero los niños, Pauline, piensa en los niños...

Cuando ya no puedo más, la interrumpo, grito. No soporto que llame a mi ex por su nombre, como si el monstruo que me ha engañado y dejado tuviera derecho a tener uno. No es más que un usurpador que lleva un nombre de ser humano. Un nombre de niño al que conocí en el colegio, de adolescente al que besé en el instituto, de joven al que abracé bajo una tienda en un camping un verano después del bachillerato. El nombre de aquel con quien me casé el día más bonito de mi vida de *antes*.

Yann. El nombre del padre de mis hijos. Desde entonces impronunciable.

Cuando me veo obligada a hablarles de él, solo digo «papá». Invoco a otro personaje, que únicamente es su genitor. Si pienso en él, en mi ex —ese prefijo infamante, esa sílaba tan dura como la piedra que me tiró a la frente—, tengo que apretar los dientes porque solo me vienen insultos a la boca.

La reina de las plañideras acaba tragándose sus lamentos y su compasión, se disculpa y se equivoca acerca de las razones de mi cólera. Afloja los discursos. Deja poco a poco de querer consolarme a cualquier precio. Cesa de visitarme. No éramos tan allegadas para que se sienta obligada a salvarme la vida. Se desentiende del asunto, y ahí me las componga yo. No será la única, solo la primera.

Dos meses después de la caída, todos desertaron y me encontré sola. A tiempo parcial.

Acepté la guarda y custodia compartida. Es mejor para los niños. Fui razonable, por el bien de ellos tres. A veces me arrepiento de haberlo hecho.

Mathis, Luna, Thomas. Víctimas aún inconscientes de la abyección del cabrón de su padre.

Estoy segura de que sufrirán, más tarde.

De momento, se contentan con no entender la situación y con no hacerme preguntas. Supongo que deben de hacérselas a su padre. Bien hecho. Quisiera que nunca me interrogaran. No sabría qué responderles, no sin gritar, sin llorar, sin patalear.

Parece que los críos se adaptan, que saben cómo hacerlo. Dicen que en ellos, y a su edad, vivir lo que se les presente es algo innato.

Gilipollecés.

A menudo me apetece responder eso, tan solo esa palabra, *gilipollecés*, a cualquier cosa que me digan. Porque en un sentido u otro, e incluso entre uno y otro y pasando por todos los estados intermedios, cualquier cosa que puedan decirme será falsa, absolutamente falsa, ni más ni menos que un montón de gilipollecés; para mí ya nada es verdadero, en mi situación, en mi horror de mujer andrajosa lastrada por el amor y que ya no logra aferrarse a las perchas irrisorias que le tienden para salvarla, para ayudarla a remontar hacia el mundo de los vivos tal como creyó conocerlo *antes*, en aquellos tiempos.

Nadie puede saber qué siento, cómo estoy, qué quiero.

Por mi parte, callo. Reúno las fuerzas necesarias en mis piernas de trapo y acompaño,

con paso paradójicamente envarado, a los niños a la escuela. Luego, voy a buscarlos. Son dos acciones inmediatamente sucesivas: entre las dos no hago nada. Dejo que el tiempo transcurra sin mí, contemplo mis mano moverse sin que yo haga nada para desplazar objetos, transformar los alimentos que luego llevarán a mi boca, efectuar mecánicamente las tareas a las que *antes* las habitué. El mínimo vital. Escucho sin oírlas las palabras supuestamente reconfortantes de las amigas ocasionales que cada vez son menos y que acuden a comprobar que aún no me haya dejado engullir por las arenas movedizas que casi a diario vienen a arrojar alrededor de mí.

—Te encontrarás mejor. Ya verás, se te pasará, volverás a controlar la situación. Todo el mundo se recupera. Y tú siempre has sido muy fuerte.

Nadie entiende que esa fuerza residía en el hecho de que éramos dos sobre el columpio. Ahora que él ha saltado, yo ya no cuento para nada, me hundo bajo el peso de mi vacío interior.

Ya es hora de que llegue la caballería.

La gran escena del desembarco

Pasa un mes, casi dos, no espero que ocurra nada y por fin ocurre: mi madre desembarca en mi casa; recién llegada de su última gira europea.

Mi madre es trapecista. Así es como ejerce la psiquiatría; al menos así es como lo veo yo.

Se enreda sin temor en el complejo entramado de cuerdas de la psique de sus pacientes, como dice ella. Se lanza confiada a su vacío mental o, al contrario, a la multitud que cuidadosamente protegen en el interior de sus cabezas. Sale de cada acrobacia rodeada de aplausos. Ejerce su oficio *con arte*. Sin embargo, interpreta su papel de madre con menos fortuna, si me atengo a la necesidad que tengo de ella actualmente. Y a esto se añade el temor a que me hunda aún más la cabeza bajo el agua.

Mi madre estaba ausente cuando me fue revelada la traición. Se encontraba en un congreso, en algún lugar del mundo, un lugar al que le seguiría otro, que me separaría de ella a buen seguro varios días más o incluso semanas.

Hasta ese momento yo le inspiraba cierto aprecio únicamente porque me consideraba digna, creo, de la educación que me había dado. Fuerte, orgullosa y feliz. Ignoraba yo si ese ideal correspondía a su propia personalidad o al modo de vida que se había fijado, pero al menos yo no era del tipo que le iba con problemas o la fastidiaba. Quejándome de mi vida, de mis hijos, de mi marido y pidiéndole un cheque —solo uno— para llegar a fin de mes. Yo era la prueba de que ella lo había conseguido.

Deshacerse de mí.

Antes de la caída, poco me importaba adivinarla tan egoísta, casi mezquina. Era la imagen de un triunfo determinado y yo de otro, más sensato sin duda, más próximo a la

dulzura y a la beatitud que probablemente trataba de insuflar a sus pacientes. Tras caerme del columpio, todo me parecía diferente.

La necesitaba. A mi madre.

Mamá.

Todas las cosas que jamás me he atrevido a decirle por miedo a parecerle imperfecta o indigna.

Hay una araña en mi habitación, ¡sácala, mamá!

En la escuela dicen que soy fea, es porque están celosos, ¿verdad, mamá?

A la ginecóloga le parece que he engordado demasiado, dile, mamá, que es mi bebé que se beneficia de ello.

Mamá, mi marido me ha dejado por una muerta, ven a decirme que yo era mejor que ella.

Te lo suplico.

Le anuncié la absurda noticia con un SMS porque no respondía nunca al móvil debido a las reuniones, a las conferencias y a las cenas; a causa del cansancio y del sueño. Me respondió enseguida: «Menudo gilipollas. Aguanta, estaré contigo pero no de inmediato».

Puedo contar con ella, pero nunca sé cuándo. Ni cómo.

Cuando éramos más jóvenes, ella y yo —cuando yo era una cría y ella una madre joven—, hablábamos a menudo de cómo sería mi vida (veterinaria, chófer, estrella del rock, enfermera o incluso trapezista) pero nunca de la suya. A lo largo de los años, solo he adivinado los pasos adelante y los sobresaltos de su carrera, los vuelos y las piruetas. Siempre más arriba. Mi madre es una estrella de la psiquiatría, lo he leído en algún sitio. Sin duda no en *Paris Match*. O igual sí, al fin y al cabo, porque su nombre aparece en todas partes, tan diferente del mío: desde el divorcio, llevo de nuevo el apellido de mi padre, tras haber desterrado el del traidor.

Y, sin embargo, es discreta y mantiene una consulta en Toulouse donde a menudo recibe a pacientes anónimos. A los que sin duda les explica que hay que encontrar en el fondo de uno mismo las fuerzas para salir un día del pozo de adversidad en el que te

estás ahogando.

Sí, estoy segura de que ella lo formula mucho mejor.

A mí, nunca me ha dado consejos. Tampoco tengo el recuerdo de que me haya abrazado.

Que por eso no quede: hoy la necesito. Necesito su abrazo, su corazón. Suerte que viene.

Mañana ya estará aquí.

Quizá.

Si el congreso de Zurich acaba a la hora prevista, si el avión no lleva retraso, si el fantasma de mi padre no la lleva a Venecia, si mientras tanto no llega el fin del mundo.

No te preocupes, mamá, ya estoy acostumbrada. Puedo hacerlo sin ti. Siempre lo he hecho así, desde el principio de mi vida hasta ahora, salvo excepciones, como aquella vez que viniste al colegio porque un trozo de teja se había caído del tejado y me había abierto la cabeza; una herida que exigió doce puntos de sutura y dos horas de tu presencia.

Excepto hoy, excepto ahora. Ya no puedo hacerme cargo de nada, todos mis puntos de referencia se han hundido. Sobre mí.

Los demás me ayudan tan poco que necesito contar contigo, mamá. Me pregunto incluso si no serás la única que puede exorcizar lo que me agita y me mata desde la traición de ese cabrón, ese horror diabólico que me promete el infierno.

Sí, mamá, esto es un infierno. ¿Puedes hacer algo?

Vuelve, mamá.

«Es un poco duro, si andas por aquí ven a verme, besos.»

Ese era el tono del texto que acabé enviándole después de algún tiempo sin noticias tuyas. No cabe duda de que en esa frase desgarradora advirtió la llamada de socorro, la desesperación, el alarido del condenado que se hunde en el aceite hirviente del caldero infernal, porque acabó desembarcando apenas diez días después. Con un bolso de piel al hombro, empuñando una maleta trolley y con una arruga entre las cejas que me indicaba que ya podía ser un caso lo suficientemente interesante para justificar que anulara su próxima intervención en Tombuctú. O en Copenhague.

A mí me daba igual lo que interrumpiera por mí. Solo necesitaba que aquello acabara. El incesante vértigo del dolor y del odio, el grito profundo que me ordenaba acabar con aquel circo, aquel columpio que no cesaba de moverse, socarrón, sobre mi cabeza y que

me aseguraba que nunca, nunca jamás, volvería a ser de este mundo, y que desde ese momento estaba destinada a los más espantosos sufrimientos, los que merecía por no haber tenido en cuenta la realidad.

Mi madre entró en el salón, dejó el bolso y dijo:

—Dame las llaves del coche, tengo que ir al supermercado.

Añadió que era por mi bien y comprendí que acababa de hacerse cargo de la situación.

En esa actividad consistente en reparar lo irreparable, mi madre se las apaña mejor que la mayoría. Ha adoptado una posición ofensiva que, aunque no me ayude para nada a aliviar mi dolor, ofrece una alternativa original a las letanías de mis plañideras. En cierta medida, es el sargento instructor que esperaba, si en verdad esperaba algo. Todo radica en la agresividad del tono: «¡Vamos, ódiale con todas tus fuerzas, enfádate, insúltale! El rencor ayuda a vencer el dolor».

Me pregunto si la rima es intencionada o si es un refrán, un dicho que las Amazonas gritaban antes de partir a dejar tullidos a sus amantes. En cualquier caso, va en contra de lo que yo era *antes*: nunca sentir odio hacia nadie. Me gustaba ser así, además: sin cólera, sin rencor, sin agresividad. Pero supongo que se debía a que no tuve ocasión de expresar mi odio. Probablemente se ocultaba en algún lugar dentro de mí a la espera de ser de utilidad. Hoy ahí está, y mantiene una excelente relación con mi dolor. Se atizan mutuamente, se alimentan el uno del otro. Dolor, rencor. Ya solo soy cosas abstractas. Ex mujer ideal. Asesina a la que ganaron por la mano o demasiado cobarde para pasar a la acción. Receptáculo de odio y de dolor, de dolor y de odio: dos emociones fundidas en un único sentimiento que me habita en una intolerable permanencia, el *dolodio*. Y también madre vacía, salvo el peso del amor en el fondo, que me lastra, que me aguanta. Sentada entre ese amor y la nada. Pero vacía igualmente.

Quisiera tenerme en pie de nuevo, levantarme y andar. Sin embargo, no sé adónde ir, ni por qué debería moverme.

...Claro que lo sé: mis hijos, mis amores. Vuestro peso en el fondo de mí. Vuestra piel, inevitablemente tan dulce. Detesto que vuestro olor me recuerde el de vuestro padre, o reconocer sus rasgos en vuestras sonrisas, en vuestros llantos, en la menor de vuestras expresiones.

Vi, *antes*, esa película en la que en una noche podían borrarse todos los recuerdos de una persona. *¡Olvidate de mí!* La mente por fin inmaculada. Y así era yo, antes de la caída. Inmaculada era yo. Enculado, él.

Borrar eso, detenerlo todo; no soporto las palabras que me vienen a la cabeza, la vulgaridad de mi lenguaje, la grosería de mis pensamientos impropios de mí.

La noche en que mi madre regresó —de sus congresos y del supermercado—, sacó de mi coche un montón de cojines, rollos de cuerda y cinta adhesiva.

—¿Tu marido tiene clavos? ¿Un martillo, tornillos?

Contuve las ganas de gritarle que ya no tenía marido, pero sí, quizá en el cuarto de la caldera encontrara algo, entre la panoplia de herramientas que rara vez utilizaba. Y con menos destreza que mi madre, en cualquier caso. Sus largos dedos a los que hace la manicura manejan el martillo con precisión, aprietan los nudos de la cuerda como si pertenecieran no a mi madre la psiquiatra sino a un viejo lobo de mar. O a un chaval avezado en los trabajos manuales y particularmente tozudo.

Me entrega las cosas, en concreto un montón de cojines y de almohadas. Y me detalla el trato:

—No he vuelto de Estocolmo para verte llorar y tenderte los Kleenex. O te pones manos a la obra o me marchó. He anulado un simposio en Viena la semana próxima, pero aún estoy a tiempo de cambiar de opinión.

Mi madre no pregunta, no propone, no sugiere. Ordena.

Y transforma el cuarto de la caldera en una celda acolchada. Nunca la había visto tan práctica, manual y eficaz. Ese aspecto de su personalidad me sorprende, me incomoda. ¿Acaso es parte de la formación de psiquiatra? Espero que saque de un momento a otro la camisa de fuerza y me explique que mi caso es desesperado. Cosa de la que estoy convencida.

Pero la experiencia que me hizo vivir fue de otro tipo; era evidente que pensaba que aún se me podía salvar. Una vez hubo acabado su instalación ante mis ojos desorbitados, me dijo:

—Golpea, llora y grita. Pega patadas o puñetazos a los cojines. Aplástalos, demuéstales quién es la más fuerte. ¡Mata, cariño!

Salió y cerró la puerta y la obedecí. Porque era tan estúpido y absurdo como mi vida.

Vino a buscarme al cabo de media hora.

—Antes de que te desgañites.

Por supuesto, había que conservar algo de voz.

Para los niños.

Por dentro, aún grito, mucho más fuerte de lo que ella puede oír.

No es un gran alivio.

4

Corral

Aguanto.

Me aguanto.

Sé aguantarme.

Incluso en presencia de él. Fijo las reglas de un juego que deseo que sea perverso. Procedemos al intercambio de los niños allí donde me apetece. En la sección de ferretería de un hipermercado, en el departamento de sociología de la mediateca central, en el vestíbulo de un cine de barrio, o en el área de juegos de un parque, pero nunca delante de los columpios.

Me aguanto, tan recta como me es posible. Despacho rápidamente, en un tono monocorde, lo que tiene que saber acerca de los niños, todos los detalles técnicos indispensables para su comodidad y para nuestra buena conciencia parental: las rodillas de Thomas, los piojos de Luna y el peluche de Mathis.

—Se dice *objeto transicional*.

El muy gilipollas trata de hacerse el gracioso. Eso era algo únicamente entre nosotros, un fantástico *private joke*, en los tiempos de amor y complicidad. En la época remota de la confianza ciega.

Como su propio nombre indica.

No me doy por aludida. No sonrío, le tiendo la bolsa de los niños, su correo y prosigo. Le recuerdo la fecha y la hora de la próxima cita, al cabo de cinco días. En la sala de espera del servicio administrativo de un ayuntamiento de barrio situado en el extremo opuesto de su lugar de trabajo, y lo más lejos posible de su nuevo domicilio, ya que me ha dejado la casa. Me he superado a mí misma.

Cuando se halla frente a mí, miro a otro lado. Me niego a ver su rostro. Hablo a un punto vago por encima de su hombro. Si, por un instante, me veo obligada a mirarle,

entorno los párpados para obtener una imagen borrosa, y difumino deliberadamente sus rasgos para olvidarlos más fácilmente.

En la algarabía que trato de crear en mi cabeza para perder en ella la huella de su voz, oigo que me pregunta cómo estoy. Dice que está preocupado por mí.

Nunca se disculpa. Jamás ha pronunciado una frase de arrepentimiento.

Tengo ganas de vomitar.

Si se excusara, si dijera «Perdón, lo siento, hice mal, lamento el daño que te he hecho», a buen seguro lo haría: vomitaría sobre sus zapatos, hasta vaciarme de mi dolodio, hasta sacarlo todo. Pero ya estoy vacía.

Les doy un beso a los niños, los abrazo rápidamente; siempre intento abreviar las despedidas.

No es un adiós, insiste una voz tranquilizadora en mi cabeza; mis hijos volverán, nunca me han dejado. Él, afuera, insiste en comunicarse:

—¿Nos vemos el lunes? —pregunta.

Corrijo mecánicamente:

—Los recogeré el lunes.

Sobre todo, no mostrar emoción alguna, y a él menos que a nadie. Me siento perdida, me ha engañado, me ha matado. La persona que está frente a él no soy yo, tan solo un clon enviado en mi lugar que acusa recibo y reenvía el mensaje si la dirección es correcta.

A mí, los niños me llamarán cada noche.

Mientras tanto, me marcho del parque, con las piernas flojas como siempre desde que él saltó del columpio en pleno vuelo. Camino lo mejor que puedo, casi derecha, hasta mi coche, donde me hundo.

Encontrar fuerzas para conducir, regresar, convertirme en guijarro inerte o en restos mortales de cualquier animalillo cazado en la plenitud de su vida por el disparo de un fusil. Víctima inocente y reconocida como tal, pero eso no lo que me devolverá mi vida.

Ahora, cinco días sin tener que aguantarme.

Cinco días durante los cuales, además del infecto dolodio, tendré que soportar el miedo cerval de no volver a ver a mis pequeños; cinco días durante los cuales, a falta de encontrar fuerzas para errar por la casa desierta en busca de lo que me mantiene en vida,

daré vueltas y más vueltas a mi cabeza, vacía y llena a la vez. No, ya no hay nada que me sostenga, ni siquiera el amor que lastra, o muy poco; están ausentes, se han ido, se encuentran prácticamente desaparecidos, ¿qué me impide arrojarme por la ventana?

Se lo digo a gritos, y mi madre trata de calmarme, siempre a su manera:

—¿Desde lo alto de tu primer piso?

Antes, cuando eso no me incumbía, me habría parecido divertido; un humor negro un poco cruel que confía en la agudeza de los interlocutores. O en su fuerza.

Hoy solo pienso en mudarme. A la cúspide de una torre de cuarenta pisos. Y pienso en mi estado de ánimo de antes, en esa visión optimista de la vida en la que se superan, rellano a rellano, etapas que nos conducen cada vez más arriba, para lo mejor (lo peor solo les ocurre a los demás).

Quizá ya estaba allí arriba. Quizá ya había llegado y a eso se reduce la vida, en definitiva: escalar, escalar, escalar, aúpa, aúpa, aúpa. Lo más alto posible, para no fallar el día en que hay que saltar.

Hoy tendría que estar muerta. A la vista de la altura desde la que caí.

Pero los niños. Mis niños me retuvieron, me retienen, me obligan a aguantarme. Tres razones para seguir viviendo al fin y al cabo, tres pequeños paracaídas con tal sustentación que siempre viviré.

Pero no.

Oh, no. Eso no basta para alzar la cabeza y sonreír. Nunca será suficiente para recuperar la serenidad. Necesito otra cosa. Ante todo comprender. Cómo pude dejar que me embaucaran, y engañarme yo misma, creer a ciegas en él y en aquella a la que consideraba mi mejor amiga.

Vivo de angustias banales, esas de las revistas en las que los desengaños amorosos aparecen en un primer plano tan grande que una se cree demasiado pequeña para que puedan acapararla alguna vez.

Y luego, a veces, me doy cuenta de que a ella, a la amiga, a Mélanie, la echo tanto de menos como a él, Yann, el marido. Y por eso los detesto aún más: son dos los que me traicionaron, dos a los que echo en falta desde entonces.

(Y, además, ella está muerta, la muy gilipollas. Me priva así de la merecida venganza.)

Golpeo las almohadas, los cojines. Golpeo, grito y machaco.

Me pidió el divorcio en la lavandería. La lavadora acababa de pasar al modo de

centrifugado. Un instante antes, era una mujer feliz y satisfecha. Estaba dotada de un marido apuesto, el más cariñoso del mundo. El mejor de los padres. En otras palabras, un hombre ideal perfectamente a juego con su esposa perfecta. Se diría que vivía recluida bajo las cubiertas rosas de una novela barata.

Un segundo más tarde, sentada sobre la rugiente lavadora, no quedaba más que un grotesco pavipollo. Con los ojos desorbitados, el cuello estirado, el pico abierto y alicaído, esperando aún a que lo rellenaran con las sandeces de las que hasta entonces se había alimentado inconscientemente. La que paga el pato, desplumada y lista para asarla al horno.

Una pintada, más bien.

Y delante se hallaba un macho que acababa de mostrar las cartas de su doble juego: un macho guapo, lo bastante fuerte para satisfacer a dos hembras a la vez, lo bastante listo para engañar a la que creía ser la Elegida, lo bastante seguro de sí mismo para pensar que podía dar la vuelta a la situación, en su propio beneficio naturalmente, y echar a la gallina vieja para poner a la nueva.

La cual, dicho sea de paso, tiene casi un año más que yo.

Tenía.

La primera parte de su plan funcionó de maravilla: el gallo deja el corral y abandona a la gallina n.º 1.

En la segunda parte, al gallo le tomaron el pelo: a la gallina n.º 2 le retorcieron el cuello antes de que él pudiera llevársela a poner sus huevos en otro sitio. Mélanie se hizo matar.

Pobre gallo. Ahora está solo. Sin gallinas, que viene a ser como estar castrado. Con los polluelos a tiempo parcial.

Esta historia es espantosa, no quisiera haberla vivido. Mi vida, al fin y al cabo, era otra cosa. Se puede relatar como un cuento de hadas o repetirla una y otra vez como una tragedia.

«Érase una vez en tiempos no muy lejanos, una chiquilla con calcetines cortos que cogía flores de diente de león en el patio del parvulario. Un día, el Príncipe Azul apareció, sin caballo ni armadura, en la clase de la chiquilla de calcetines cortos blancos (que ese día eran azul celeste, lo recuerdo todo); le hicieron sentarse al lado de ella. Se

gustaron desde la primera mirada y ella se convirtió en su Princesa para toda la vida, incluso después de que renunciara a llevar calcetines cortos y se pusiera pantis o medias (que él, sin embargo, prefería blancas). Nada podía separarlos, ni siquiera la distancia que los alejó al uno del otro durante una parte de sus brillantes estudios. Se comunicaban entonces por teléfono, por correo y a través del pensamiento. Cuando por fin se encontraron de nuevo, él le pidió matrimonio. Ella, por supuesto, aceptó, y tuvo lugar la fiesta más alegre que jamás se hubiera visto en la ciudad. Como el Príncipe gozaba de una buena posición en el castillo, tuvieron mucho dinero, una gran casa e hijos de los que la Princesa se ocupaba feliz. A menudo ella se decía que era el ser humano más dichoso del mundo y lo hacía saber más allá del reino.»

Hasta que insistí en presentarle a la guarra de mi mejor amiga. Entonces el Príncipe de los cabrones se enamoró de ella, se la folló a mis espaldas durante meses y luego me echó como si nunca hubiéramos vivido nada importante juntos.

El muy cerdo.

Y mira que yo creía en ello; ni siquiera me lo planteaba. Era evidente, nosotros dos, luego nosotros cinco. Inevitable, pero en el buen sentido del término. Para toda la vida. Estaba escrito desde el principio: «Cogieron dientes de león en el patio del colegio, se casaron, vivieron felices y tuvieron muchos hijos, algunos de los cuales fueron concebidos sobre la mesa de la cocina».

El sexo funcionaba entre nosotros.

Realmente no había ninguna razón para que las cosas se torcieran.

No, de verdad, me niego. Me niego a ser prisionera de ese falso destino de cuento de hadas fallido en el que en ningún momento he podido decir nada. Quisiera reescribir esa historia, a mi manera. Y sobre todo, decidir cómo continúa.

Y eso ¿cómo se hace?

Me siento más tonta que una gallina. O que un gato sobre un columpio.

Sabiduría materna

Como siempre, mi madre tenía razón: la jugada del odio a veces funciona. Detestar con empeño suficiente hace que se vaya el dolor o, sin llegar tan lejos, lo calma. Un poco. Lo tapa, en cualquier caso, como la alfombra sobre el polvo.

El inconveniente es que la puesta en marcha de esa ingeniosa estrategia es agotadora. A pesar de que, a fin de cuentas, no es tan malo: duermo mejor. Un poco. Consigo dormir tres o cuatro horas cada noche. En varias veces.

Cuando los niños no están, entre dos franjas de sueño —dos lengüetas de arena entre las grandes mareas— bajo al cuarto de la caldera para gritar y aporrear los cojines y las almohadas.

Llamé a mi madre para anunciarle que le estaba encontrando el gusto; que golpeando y gritando hasta desgañitarme pensaba poco y sufría menos. Sugerí, también, en un tono que no pudo parecerle trivial, que era posible que simplemente me estuviera volviendo loca. Me tranquilizó, siempre a su manera:

—No es algo que debemos descartar, aun así te recomiendo insistentemente que sigas: tienes que sacarlo. Tiene que pasar. Y no pasará si te quedas sentada o tumbada sin hacer nada. Desahógate y actúa. Tienes que avanzar.

Avanzar.

De acuerdo, mamá.

Pero ¿en qué dirección y para hacer qué?

—Grita y golpea tanto como puedas y, sobre todo, ¡avanza!

Sí, pero ¿hacia dónde?

Mamá, no me apetece. Ya no me apetece nada. Solo bajar al cuarto de la caldera diez veces al día y tres cada noche para una sesión de grito primario. Y morir, por supuesto.

—¡Avanza! —repite.

Es cuanto me dice mi madre cuando la llamo por teléfono. Desde hace varios días, cuando se dirige a mí, sus frases se acortan. Afirma que ha llegado la hora de pasar a la segunda fase. No sé de qué habla.

—¡Muévete! —ordena.

Mierda, ¿qué quiere de mí exactamente? Desde el *divorcio* o casi (lo logro, ahora ya logro pronunciar esa palabra), ella está ahí para respaldarme; sin ella supongo que estaría muerta, aunque de todas formas lo estoy, aunque sea de forma intermitente.

—Levanta. Acarrea. Desplaza.

Cada vez que la llamo pronuncia una nueva palabra. Que me saca de la boca porque soy yo quien reclama, suplica y le exige que esté ahí para levantarme, acarrearme o desplazarme de una casilla vacía a otra de mi vida, hasta el agotamiento. El suyo o el mío, qué más da, simplemente quiero acabar con el dolodio.

Esta noche, su discurso me ha hartado.

—Y en la siguiente fase, se abordan los verbos de la segunda conjugación, ¿verdad?

Enfurecida y desconcertada, le he colgado en las narices. Ni siquiera he llorado. Y creo que se ha reído.

Para la pena me he infligido veinte minutos de cuarto de la caldera. He golpeado con tal fuerza los cojines y las almohadas que me sorprende que no hayan estallado y su contenido se haya dispersado —espuma, nada de plumas, porque alguien en la pareja que no era yo decía ser alérgico a las plumas, ¡gallina!— por todo el sótano; me pregunto cómo habría reaccionado yo de haberse producido la explosión: ¿me habría exasperado o dejado indiferente? ¿Habría sido presa de un frenesí por hacer la limpieza que me habría permitido redescubrir los verdaderos valores de la vida de una mujer, a saber el orden, la limpieza y la sumisión a los dictados patriarcales de nuestra vieja sociedad judeocristiana, con o sin marido? ¿O me habría sentado entre las ruinas contemplándolas revolotear taciturna, con el corazón hecho trizas y la voz rota, con los dedos aferrados a la soga de la que me disponía a colgarme?

De tanto gritar, me he quedado casi afónica: de mi garganta ya no sale más que el soplo ronco de una fumadora. Me digo que podría ponerme a fumar uno o dos paquetes diarios, y así me entretendría. ¿Levantar, acarrear y desplazar un cigarrillo de mi mano a la boca entraría en el plan de salvamento orquestado por mi madre para recuperarme del

castañazo del milenio?

Ya solo tengo en la cabeza ese tipo de pensamientos estúpidos. Todo lo demás es dolodio.

La prueba: al salir del cuarto de la caldera, esta noche he tropezado con el mango de un martillo. ¿Qué demonios hacía ahí? Me desplomo y me doy con el mentón contra el primer peldaño de la escalera. Algo aturdida, con la cara ensangrentada, me tomo el tiempo de sentarme y vuelvo a ponerme a gritar en voz baja. Disparates. Palabrotas tan gordas que hasta entonces nunca había pronunciado, y otras, más familiares, a las que antes no permitía franquear mi boca de mujer perfecta. «¡La puta que lo parió, ni siquiera es capaz de recoger sus herramientas, le voy a poner un pleito que se va a cagar!» Soy una heroína de serie estadounidense, conozco a los mejores abogados del Estado, vas a pagar por tus crímenes, *asshole*.

Relego en el fondo de mi subconsciente el hecho de que ese martillo lo olvidó ahí mi madre cuando instaló el dispositivo de salvamento y que hasta el momento siempre lo había esquivado, de forma más maquinal que hábil, al entrar y salir del cuarto de la caldera. La mala fe forma parte de mi terapia, acabo de decidir.

La escalera. Subo a cuatro patas porque la cabeza me da vueltas, dejo una gota de sangre muy redonda en cada peldaño, como un Pulgarcito suicida que tratara de guiar al ogro tras su rastro. Recibidor. Salón. De nuevo la escalera. Pasillo. Me tambaleo de una a otra de las paredes que me guían, mi cabeza ha doblado su volumen; soy una calabaza. No falta mucho para Halloween.

Baño, espejo.

No es cierto que los vampiros no poseen reflejo: ese, de tez lívida, melena negra como un cuervo y boca ensangrentada, me mira con aspecto azorado.

Armario del botiquín, compresas. Con mano temblorosa trato de despejar el terreno para poder ver los daños, limpio con agua, delicadamente. Duele, empieza a pegarse, cuesta que se vaya la sangre, sigue manando, espesa y tenaz. Paso al agua oxigenada; primero presiono la zona y luego froto. Un largo gemido y aparece la herida: el mentón partido, el labio inferior ídem, la encía también, un poco. Los dientes están intactos. Podría pensar «Menos mal», pero en realidad no me importa en absoluto; ojalá me hubiera partido la cabeza en dos y me durmiese para siempre en un charco de mi propia sangre.

Quizá sea eso lo que ha sucedido, lo que sucede en ese mismo instante: estoy

inconsciente, vaciándome lentamente de mi sangre por la herida que me abre en dos la cara; y la parte de mí que lucha por sobrevivir, que se esfuerza ante todo para conservar una madre a sus hijos sueña que simplemente me he partido el mentón y que he subido a curarme en el baño una herida leve.

Dado que no sé muy bien cómo poner fin a esa proyección demasiado realista de mi inconsciente desesperado, prosigo mi tarea. Tengo la parte inferior de la cara envuelta en gasas, las manos llenas de sangre, la ropa sucia y me duele mucho. Pero en la medida en que, a pocos metros de allí, me estoy muriendo, no tiene importancia alguna.

Para comprobarlo, aprieto firmemente con el dedo en el mentón. Y palidezco aún más a la vez que me desplomo sobre el reborde de la bañera y a punto estoy de fracturarme el cráneo. Acabo tendiéndome en el suelo del baño a esperar a que se me pase. O no.

Finalmente, esa otra parte de mí, la que sueña, también morirá. Me pregunto qué cara se les pondrá a los policías cuando descubran mis dos cadáveres.

Mi madre. A buen seguro será ella quien entre la primera aquí. No puedo hacerle esto, no me lo perdonaría en la vida. Respiro profundamente y consigo ponerme en pie, despacio.

Un cuerpo menos que habrá que hacer desaparecer.

—¿Steri-Strip o urgencias?

—Las dos cosas —afirma mi madre que por casualidad se presenta a las once de la noche. Por instinto o por sadismo.

Me aplica rápidamente las suturas adhesivas en el mentón y en un trozo de labio, me abofetea cariñosamente para reanimarme y me sostiene hasta su coche.

Ocho puntos de sutura más tarde, invito a mi madre a acabarse conmigo la botella de whisky que lleva diez años en el rincón del armario que llamábamos el bar.

Ya no hay *nosotros*, ya no hay bar, ya no hay ninguna razón para que esa botella siga existiendo. El resto tampoco, por otra parte, pero bien hay que empezar por algo.

—Será mejor que no bebas —dice mi madre, sirviéndose.

Ha ido a por dos vasos a la cocina. Unos vasos de mostaza ilustrados. Tortuga Ninja para ella, Mickey Mouse para mí.

—Sigue con el agua, vamos.

Quiero responder, preferiblemente a gritos, *que ya está bien*, que me jode su actitud. Que si hubiera tenido que volverme alcohólica por culpa del otro cabrón, lo habría hecho hace ya varias semanas. Pero mi voz está rota de tanto gritar, mi boca hinchada pesa toneladas y tengo el mentón paralizado. En lugar de intentar explicarle que tan solo necesito una copa para recuperarme del shock y, paradójicamente, noquearme para dormir, agarro la Tortuga Ninja e intento beberme de un trago el contenido. Por descontado, el whisky me ataca de inmediato las mucosas desgarradas. Mis cuerdas vocales, en un último sobresalto, producen un gemido bestial y escupo el alcohol. Segundo asalto sobre la cicatriz de mi mentón. Nuevos bufidos.

—Te he avisado —suspira mi madre arrojándome a la cara el contenido del vaso Mickey que acababa de llenar de agua—. Es para enjuagar —añade para explicar su gesto—. ¿Quieres más?

Meneo la cabeza, chorreando agua y lágrimas, y el cabello mojado me pende delante de la cara. No, gracias, no quiero más agua, no quiero nada más. Abrázame, mamá. Abrázame fuerte, acúname, canturréame que estás ahí, que no es nada, que pasará y sobre todo no me pidas nada más. Déjame ser patética y débil, déjame estar perdida y desesperada y colgada de tu cuerpo compasivo, no me obligues a recuperarme de lo que me sucede.

Mi boca está demasiado hinchada, no logro pronunciar una palabra.

—Ten, tómate esto y vete a dormir.

Me tiende un analgésico. Obedezco. Voy a acostarme y ella se marcha, sus manos seguras de lo que hacen, lejos de mi cuerpo que reclama ayuda.

Justo antes de que el sueño me venza, recuerdo que he dejado mi cadáver al pie de la escalera. Mañana tendré que acordarme de enterrarlo.

Salvo si no me he muerto hasta entonces, evidentemente.

Necrológica

Y, por supuesto, esta mañana me he despertado muerta, como era de esperar. Al igual que cada mañana, en realidad, desde que me dejó. Nada nuevo bajo el sol que brilla fuera como si nada le importara.

Sin embargo, sin volver completamente a la vida, no puedo permitirme quedarme demasiado tiempo muerta: esta tarde recojo un lote de tres criaturas ansiosas por encontrarse de nuevo con su madre y dispuestas a hacerle pagar, mediante caprichos varios y cambios de humor, el estallido de su burbuja familiar. Y poco importa que ella —la madre de las criaturas— no tenga culpa alguna en ese crimen ordinario.

Espero que hagan sufrir a su padre esos mismos castigos. Multiplicados por cien.

Quisiera que sufriera de manera atroz. E infligirle yo misma las torturas que merece. Me he convertido en una bola de odio erizada de picos venenosos, y tengo la impresión de que ya nunca podré hacer otros gestos más que arañar, morder o golpear, y que de mi boca ya solo saldrán insultos y groserías.

Hijo de puta, cabrón, escoria de la humanidad, inmundicia, abominación de la desolación, y sus corolarios: cobarde de mierda, egoísta despreciable, cagarruta, restos infectos de deyección porcina

Malvado...

Me estoy convirtiendo en todo lo opuesto a la que yo creía ser: la dulce, la sonriente, la tierna, la paciente.

Bienaventurados los pobres de espíritu: qué más quisiera yo que tener espíritu, si él no me lo hubiera arrebatado.

Abro mi portátil e introduzco una búsqueda en Google.

Torturas.

Durante una hora, leo artículos dedicados al tema. En su mayoría están muy

documentados, las descripciones son realistas y a veces están ilustradas con grabados de época.

Cierro el ordenador con el sentimiento contradictorio de haber obtenido una victoria y de haber sido pisoteada por el enemigo: ya no tengo ganas de torturar a nadie. Esas palabras e imágenes me han provocado náuseas. Al final, lo único que me aliviaría sería simplemente que todo eso no hubiera ocurrido. Que no me hubiera dejado. Que no me hubiera engañado con esa lamentable persona que decía ser mi amiga.

Ella, Mélanie. Podría no haberla conocido nunca, o bien haberme cruzado con ella, en efecto, pero haber adivinado inmediatamente la perfidia que iba a conducirnos al Príncipe Azul y a mí a un espantoso vodevil.

Podría haber entablado amistad con otra persona. Una chica gorda y fea con erupciones de acné hasta los cuarenta años, con un olor corporal insoportable y totalmente carente de sentido del humor.

«Y el drama habría ocurrido de todas formas. Con esa o con cualquier otra mujer a la que habría preferido en lugar de a ti después de diez años de matrimonio», replica mi madre en la conversación que sigue a mi reflexión.

Desde hace poco nos comunicamos esencialmente mediante MSN: afirma que así está más apartada de mí y en mejores condiciones de liberar nuestra relación de un afecto que comprometería la objetividad del seguimiento terapéutico que quiere ofrecerme.

Sí, mamá, yo también te quiero.

La atosigo con hipótesis, remordimientos, rencores; y cuando me responde, opongo a todos sus argumentos un «Pero ¿y si...?» que lastimosamente trata de reconstruir el mundo. Mi mundo, el de *antes*, en el que la historia acaba bien.

«A veces hay largos silencios en la conversación.» Me escribe desde su consulta, donde visita a un paciente que padece una adicción enfermiza a las páginas de contactos en internet; algo que me parece tan absurdo como lamentable, y de escasa importancia en mi opinión, yo que tengo que enfrentarme a problemas de verdad, y más dolorosos. Me pregunto si mi madre ha eliminado el sonido de su ordenador o si le ha explicado al tipo que ha acudido a desahogarse a su diván que los pequeños timbres que oye cada vez que lanzo una jeremiada forman parte de la terapia. Conociendo a mi madre, es una teoría que se sostiene.

Hastada, trato de concluir:

«En tal caso, me habría jodido de todas maneras. Entonces le odiaré a muerte y sufriré hasta el fin de mis días, ¿es eso?»

Responde casi en el acto:

«No necesariamente. Hay soluciones. Por ejemplo, debes saber que es difícil odiar mucho tiempo a los muertos; los vivos son un objeto de odio mucho más eficaz, y eso es lo que te supone un problema.»

Me cuesta entenderlo. Le pregunto si se dirige realmente a mí.

«No tienes más que decirte que ha muerto», explica.

Un instante después añade:

«Serán cincuenta euros.»

Luego se desconecta.

Como en la época de mi adolescencia muy poco rebelde, mi primera reacción consiste en decirme que mi madre me ha respondido lo primero que se le ha pasado por la cabeza. Con una mueca de desdén y aclarándome la voz.

Duele muchísimo. Debido a los puntos de sutura en la boca.

«No tienes más que decirte que ha muerto.»

Por supuesto, como siempre y una vez más desde el principio de esta lamentable historia (o el final de la otra, la bonita), mi madre lleva razón: si mi ex se muriera, me limitaría a arrojar un ramo de ortigas sobre su lápida (o grama, si supiera qué aspecto tiene) y luego me iría a bailar. Es muy probable que antes llorara hasta partirme el pecho, pero en palabras de mi madre: «No te preocupes, mala hierba nunca muere».

Visto así, sería una fantástica viuda alegre.

La noticia ha sido corroborada, al menos dentro de mí: mi ex marido ha muerto.

Falta anunciárselo a los chavales.

Porque a las seis de la tarde he quedado con mis tres hijos y su padre muerto en el ayuntamiento del barrio de Bonnefoy. Creo que esperaré aún un poco para hablarles de ello. A que yo misma me haya hecho a la idea. A que me haya preparado para esa última ruptura.

Hablando de prepararse, me pregunto también, al pasar frente a un espejo, cómo reaccionarán los pequeños cuando descubran que su madre se ha operado la parte inferior de la cara a martillazos.

«Me he caído por la escalera.»

Se acerca bastante a la verdad y, en mi caso, es más fácil de pronunciar que: «Vuestro padre me ha partido la crisma, por no hablar del resto». De todas formas, nunca hay que hablar mal de los muertos.

Llegan con veinte minutos de retraso. Saltan a mis brazos gimiendo que tienen ganas de hacer pipí, que tienen hambre y que no han acabado los deberes y luego, entre chillidos, se asustan ante mi aspecto. Trato de impedir que me toquen la cicatriz y los tranquilizo: pronto me pareceré de nuevo a Michael Jackson.

Arrodillada en medio de ellos, no presto atención a la voz, justo encima de mí, que se pregunta acerca de mi estado de salud y ríe sin alegría de mi chiste malo antes de lanzar, hastiado:

—Oye, ya sé que todo esto es para castigarme, pero, francamente, ¿no podríamos encontrar sitios más prácticos donde entregarnos a los críos? He tenido que cruzar la ciudad y, a esta hora, hay unos atascos terribles; ¿tendré que seguir mucho tiempo más en este tiovivo que me has montado?

No es un tiovivo, es un columpio, gilipollas, pienso sin alzar la vista. Tomo las carteras depositadas a mis pies y arranco una carpeta de plástico que pende de la mano de un hombre con unos nudillos blancos y tensos. Sin duda, la rigidez cadavérica. Luego me llevo a los mocosos en silencio hacia el coche.

Camino a grandes zancadas y a los niños les cuesta seguirme, chillan y protestan. *Hambre, pipí*, las incesantes quejas a la madre; el mayor camina de espaldas, mira fijamente detrás de él, está a punto de caerse, se incorpora, llama a alguien y me pregunto a quién. La gravilla del parque que rodea el ayuntamiento cruje bajo nuestros pies, el carrusel de la zona de juegos gira y rechina, rechina más rápido, rechina demasiado fuerte, hay niños que chillan, tengo ganas de llevarme las manos a los oídos, de taparme de los ojos, pero no tengo suficientes manos.

Afortunadamente, a nuestras espaldas nadie camina con paso rápido y pesado, nadie nos sigue. Nadie, por fortuna, me arenga con tono encolerizado ni teñido de otra emoción que en este instante sería incapaz de percibir.

No aprecio, por decirlo de alguna manera, sufrimiento alguno en la voz de ningún hombre.

Además, no oigo voces.

Y me digo que es mejor así.

Antes de entrar en el coche, mis tres pobres huerfanitos, sin embargo, se vuelven y agitan las manos.

—¡Hasta luego, hasta luego, hasta luego, papá! —(*ad libitum*).

No, queridos: *Adiós*.

Velatorio

Sola en mi habitación, temprano por la mañana o tarde por la noche, frente al espejo o en el vacío, me entreno a hablar en pasado del padre de mis hijos, ese pobre hombre al que Dios ha llamado a su seno en la flor de la vida, cuya juventud se ha visto injustamente segada, que se ha ido demasiado pronto, demasiado deprisa y que ha dejado tras de sí a una desconsolada viuda y a tres huérfanos destrozados por la pena, estupefactos ante esa brutal desaparición; una familia rota por un golpe inicuo del destino.

Ensarto los clichés como perlas brillantes, un buen collar y bien grande que llevo alrededor del cuello, dos hileras engalanadas, colores primarios, un poco vulgares. Me entreno a lucir mi nuevo estatus, a hacer gala de él.

Viuda alegre antes que desconsolada.

El ejercicio es grosero, qué duda cabe, pero me gusta mucho. Y no corro el riesgo de hacerme daño al tropezar con un martillo olvidado por el suelo. Siento ya incluso los efectos beneficiosos de esta nueva terapia: por primera vez desde hace meses sonrío sin esfuerzo aunque con dolor: los puntos de sutura del mentón y del labio me recuerdan que recientemente he vivido episodios mucho más trágicos que la muerte de mi marido.

Mi ex marido.

El hombre al que amaba y que me engañaba con una mujer muerta. Cuando los dos estaban vivos. El hombre al que los niños aún evocan en estos términos:

—Papá está muy triste ahora.

Es normal, queridos, es porque ha muerto.

«Papá está muy muerto ahora.»

No me veo con fuerzas de decírselo. Aún no.

Acabo, como siempre estos últimos meses, llamando a mi madre para informarla de que, aunque su retorcida estratagema funciona a priori —la muerte de mi ex marido me

permite revivir por momentos—, tiene sus límites.

Y con esos límites tropiezo casi a cada instante desde que he pronunciado la hora del fallecimiento.

El difunto vaga por ahí y se hace pasar por vivo. En particular con los niños a los que ha llamado dos veces desde que los he recogido para empezar mi turno.

Temo también el momento en que, en virtud de convenciones establecidas antes de la brusca desaparición de su padre, tendré que devolver a su fantasma esa progenitura que concebimos juntos. Porque, vamos a ver, le digo a mi madre, «¿Es verdaderamente razonable confiar a tres criaturas de esas edades a alguien que ya no es de este mundo, aunque sea su genitor?»

Está claro que, arguyendo el principio de precaución, podría hacer caso omiso de tal convención e incluso pasármela por el forro y quedarme a mis hijos para mí sola. Pero algo me dice que el fantasma no lo vería de la misma manera y vendría a darme el coñazo incluso a mi casa para hacer valer sus derechos. Por poco convincente que se mostrara ante las autoridades ignorantes de su estado de ectoplasma, acabaría por llamar a mi puerta escoltado por gendarmes decididos a hacer cumplir la caduca sentencia del fiscal de menores.

Guarda y custodia compartida, una semana de cada dos. Salvo que un muerto no puede detentar razonablemente la autoridad parental.

Pero ve a explicarle eso a un tipo que a buen seguro se negará a querer escuchar que ha pasado de la vida a la muerte sin darse cuenta, por la simple decisión de mi madre...

Doy vueltas y más vueltas. En mi cabeza y en mi casa. En el sentido de las agujas del reloj: mi madre no estaba equivocada, saberlo muerto me alivia. En el sentido inverso: no previó, me imagino, el quebradero de cabeza funcional que ese feliz acontecimiento iba a provocarme.

«O bien, era una figura literaria.»

«Y esto es una cuestión puramente retórica —replica mi madre por MSN—. Además, faltan los interrogantes.»

Me exaspera. Para vengarme, dejo un dedo sobre una tecla y le envío por lo menos un millar de interrogantes que, evidentemente, deja sin respuesta. De todas formas, ese no es el problema: quiero que mi ex marido esté muerto y que así sea en todas las

circunstancias de mi vida. Salvo que no es cierto. Y que si me resuelvo a aceptar ese hecho —que esté vivo y coleando—, me encuentro en el mismo punto que antes: desesperada, enferma a más no poder por lo que ese cabrón me ha hecho y amargada como una solterona estéril.

«Cariño, es posible que mi sugerencia, por juiciosa que sea en teoría, resulte relativamente inaplicable. En tal caso, sin desecharla definitivamente, deberás tener paciencia a la espera de poder llevarla a la práctica. No te preocupes, lo conseguiremos.»

En boca de mi madre —bajo sus dedos, para ser más exactos— esas palabras me suenan de conveniencia y artificiales. Aguardo unos instantes a que aparezca en pantalla el resto del texto. No me sorprende leer:

«Todo es cuestión de tiempo.»

Inmediatamente después, su estado, en lo alto de la ventana de diálogo, pasa de verde a naranja: «Lisanne está ausente y puede que no te responda».

Me desconecto con un suspiro, tragándome nuevas lágrimas de rabia y de frustración. Haber estado a punto de dar con la solución a mi desesperación hace que me hunda aún más.

Los niños me atosigan. Me requieren a cada instante, de uno en uno o todos a la vez, exigen mi presencia activa: incluso si me hallo a dos pasos de Mathis, tengo que asegurarle que existo, responder con palabras o con un abrazo a sus «¡Mamá!» insistentes e inquietos. Luna se sube a mis rodillas y me besa, se agarra de mi cuello, tira de mi cabello para enroscarlo alrededor de sus muñecas, acaricia con torpeza mi mentón herido. Grito. El tercero en discordia, asustado, se echa a llorar apoyando la cabeza sobre mis rodillas, grita a su hermana que es mala por hacerle daño a mamá.

Visto desde fuera, el espectáculo debe de ser para mondarse de risa. Una escena moderna de *Madre Coraje* cuando todos sus chavales aún se agarraban de sus faldones.

Lastrada. Con ellos no iré a ninguna parte. Mientras se arrimen así a mí, permaneceré anclada al suelo, a la vida. Una vida de mierda llena de llantos y rencor.

No. No puedo hacernos esto.

Los niños están acostados. De regreso a mi ordenador, me conecto a MSN. Durante mi ausencia, mi madre ha dejado una serie de mensajes.

«Todo es cuestión de tiempo», repite.

«Puedes reducir tu tiempo de sufrimiento al que pasarás cuando tengas que verle por obligación.

»El resto del tiempo, estará muerto. Prohíbele que se ponga en contacto contigo cuando tengas a los niños. Y deja que llamen a su padre de la misma manera que me llaman a mí, como a un miembro más de la familia.

»Fiambre a tiempo parcial. Y tú decides el calendario.

»Pasa tiempo con gente que no le conozca.

»Que no te conozcan. No te verás obligada a hablarles de él. O, en todo caso, como de tu querido difunto.

»Lleva luto, querida. Es la única manera», concluye.

¿No está simplemente repitiéndose? ¿Convenciéndome a la vez de que nada ha avanzado, que ya nada avanzará nunca, que estoy condenada como si de un cáncer se tratara a permanecer en ese hueco lamentable en el que el sufrimiento me impide vivir y mis hijos morir? ¿Sin que yo misma, ni cualquier otra persona, pueda decidir finalmente mi destino, hacerme decantar a uno u otro lado?

Llamo a mi madre para bombardearla con mis preguntas. Descuelga al sexto timbre, con un suspiro. Me suelta, sin darme tiempo a confirmar mi identidad, que no está sola y que no tiene nada que añadir acerca del tema que me preocupa actualmente. Cuelgo el teléfono sin haber pronunciado ni una palabra.

Unos segundos más tarde suena mi móvil y me dice:

—Sé lo que es perder un marido. La muerte no es lo peor que puede ocurrir. Deja que Yann descanse en paz, es mejor así.

Justo antes de que cuelgue, oigo una voz masculina que la llama.

Mi padre. Su marido. Su ex marido. Los tres a la vez, de hecho. Se divorciaron hace diez años pero volvieron a vivir juntos hace cinco. Mi padre y yo no hablamos mucho, sin duda porque nunca he comprendido su gesto, esa ida y vuelta entre mi madre y no sé quién, o qué. Sospecho desde hace tiempo que le hizo mucho daño y que quizá también él sufrió. En la época en que era feliz, *antes*, le pedí a mi madre que me explicara su relación, la de ella y mi padre. Me respondió simplemente: «El pasado está enterrado. Ahora todo va bien».

¿Mi padre también está muerto? ¿Así es como salió ella adelante? ¿Enterrándolo? ¿Como tengo que hacer con Yann, el difunto Yann, mi maravilloso marido del que solo se recordarán sus cualidades y, a buen seguro, no que fue un hipócrita, un traidor y un

cerdo mentiroso?

De eso hace ahora ocho meses.

Ya es hora, en efecto, de enterrar el pasado. Pero, al contrario que mi madre, no exhumaré el cadáver.

Puede esperar sentado.

Últimas voluntades

Antes de enterrarle definitivamente, quedo con Yann para resolver su herencia. Entiendo por ello las pocas relaciones que mantendremos a partir de ahora.

Unas relaciones post mórtem. Nada extraordinario, al fin y al cabo. Conozco a adeptos de la ouija o de la necromancia perfectamente integrados en la sociedad. Por mi parte, mis comunicaciones con el más allá se establecerán por correo electrónico o por teléfono, al coste de una llamada local.

Así que le llamo. Es la primera vez desde que me dejó. «Desde que dejó este mundo», corrige en mi cabeza la voz ligeramente histérica de mi madre.

Descuelga. Dice «Diga». Reconoce mi voz. Está sorprendido. Me lo dice. Pronunciando mi nombre.

—Vaya, Pauline, ¿ahora me llamas?

Solo por eso —mi nombre en su boca maldita— podría matarle. Tiene suerte de que ya haya enfundado el arma. Y de que esta conversación —más bien este monólogo, porque no tengo intención de dejarle hablar— tenga lugar por teléfono.

Me lanzo:

—Tengo que verte. No porque me apetezca, al contrario, sino porque a partir de ahora no quiero volver a verte. Lo menos posible. O nunca, ya puestos. Nunca más, de hecho. Habrá cosas que resolver, papeles. Tendremos que establecer procedimientos, a causa de los niños. En resumidas cuentas, qué más da, ya lo irás viendo.

Encadeno una cosa tras otra sin darle tiempo a respirar: le cito en un café de Saint-Sernin al día siguiente por la tarde. Me da igual que esté libre o no, una vez más no le doy elección. No protesta.

Solo oigo un suspiro. La prueba de que aún respira. Es duro de pelar el cerdo de mi ex marido muerto.

No por mucho tiempo.

—Como quieras...

Esta vez no repite mi nombre. Como si temiera posibles represalias. ¿Debería informarle de que, en su estado actual, ya no tiene que temer gran cosa?

Y entonces le oigo hablar de nuevo. En lugar de colgar, le escucho. Al fin y al cabo, son prácticamente sus últimas palabras.

—De acuerdo. Lo he entendido. De todas formas, te diré que ya no aguanto más esta situación. Estoy harto de pagar por lo que hice, y de qué manera cada vez que te veo. Así que yo también prefiero olvidar que existes, ya puestos, como tú dices.

No he oído esas frases. Está muerto o a punto de estarlo, no tiene ningún poder de decisión, no tiene que aprobar mis decisiones. No puede contradecirlas, ni siquiera comentarlas.

He puesto fin a la conversación antes de que pronuncie esas frases, afortunadamente.

Afortunadamente.

«Y si no, ¿qué?», pregunta mi madre por MSN.

Tiene ese don exasperante de hacer preguntas innecesarias. En este caso, porque hacen tambalear mis vacilantes certezas, mi precario equilibrio. Ponen de nuevo en movimiento el columpio que finalmente me tirará al suelo, me obligan a volver sobre esas palabras que, por desgracia, sí ha pronunciado.

«Si no, nada.»

No quiero pensar en ninguna alternativa. Pero ella insiste. Peor, se vuelve clarísimamente explícita:

«Si Yann, tu ex marido, te hubiera dicho en ese momento que prefería olvidarte, ¿qué habrías hecho, dime?»

La detesto cuando se pone así. No es porque sea psiquiatra, eso no tiene nada que ver, es porque es mi madre, lamentable cuando quiere hurgar en todo, porque me atosiga, porque sabe que soy sensible, que estoy a flor de piel.

Apretar donde duele ¿realmente consigue que el dolor desaparezca?

Dejo que mis dedos corran sobre el teclado casi sin pensar:

«Supongo que habría gritado. No tiene derecho. Olvidarlo es cosa mía. Soy yo quien ha sufrido, quien aún sufre. Yo soy la víctima y él el verdugo. Y un verdugo ejecuta y

cierra la boca.»

Sí, que cierre la boca, maldita sea. Que se contente con encajar mis golpes bajos hasta que se muera, una vez, diez veces, cien veces. Estoy hablando de un muerto, que se enteren.

Pronto ya no volverá a mostrar su careto de desenterrado.

El día, la hora. Me planteo llegar tarde. Me recito los pros y los contras. Los pros: hacerle esperar, impacientarse, enfadarse, hacerle perder el tiempo. Los contras: las similitudes con una cita amorosa. El verbo «añorar», la expresión «¡mi vida!» Entre nosotros ya no puede decirse nada en ese registro. No hay un *nosotros*. Y dentro de poco no habrá un *él*.

Así que llegó a la hora. Exacta: las campanas de la basílica de Saint-Sernin entonan las primeras notas del *Ave María*, seguidas de tres campanadas. Entro en escena. Cruzo la terraza casi desierta del café, empujo la pesada puerta.

Está sentado al fondo de la sala. Sé que acaba de llegar: le he espiado desde la acera de enfrente, prácticamente he seguido sus pasos. Ha tenido el tiempo justo de quitarse el abrigo: el de cachemira negro que reconozco enseguida, se lo regalé hace dos o tres inviernos, en vida de los dos. Se ha situado de cara a la puerta. Me observa llegar. Me ve venir.

He trabajado, en casa, ante el espejo, el aspecto desenvuelto que espero lucir ahora. Exhíbo una sonrisa falsa, simplemente para no parecer hostil y facilitar la negociación.

Pero no es una negociación. No podrá decir nada al respecto.

Me siento frente a él, llamó la atención del camarero con un gesto y pido un café.

—Dos —dice Yann con una voz fatigada que el camarero no alcanza a oír.

Saco de mi bolso gran formato una carpeta que contiene diversos papeles y la lista de procedimientos que regirán a partir de ahora nuestra ausencia de relaciones. Le tiendo una copia. Se lo explico mirándole a la cara. En realidad, no miro sus ojos sino sus cejas. Parece ser que la gente no advierte la diferencia. Para mí, es enorme. Absolutamente imposible de un lado, factible del otro. Las cejas, pues, y a veces la frente, para evitar que la mirada parezca demasiado fija. Esas son las lecciones que recuerdo de mis años de facultad y en particular de los cursos de preparación para las entrevistas de trabajo. Las he utilizado poco en su contexto original y no me imaginaba que un día recurriría a

ellas en una situación como esta.

Mirar al interlocutor a la cara: un elemento esencial para parecer convincente en un proceso de selección laboral, una petición de matrimonio, la obtención de un préstamo inmobiliario, la negociación de un contrato de fusión o adquisición y, sobre todo, la aplicación unilateral de las condiciones de eliminación definitiva de su ex cónyuge adúltero.

—No volverás a llamarme. No volverás a venir a casa...

Me interrumpo antes de que la letanía adquiriera un carácter bíblico y caiga en el ridículo. El futuro difunto me mira fijamente, la frente fruncida por una arruga que no le conocía, los labios apisonados detrás de sus puños apretados, como si quisiera impedirse hablar. En buena hora, pues no tiene nada que decir que me apetezca oír.

Nos comunicaremos mediante mensajes. Escritos y en papel, preferentemente. Se acepta el correo electrónico y también el mensaje de texto, pero solo en caso de urgencia. Se da por supuesto que nuestras comunicaciones se referirán únicamente a los niños. Explico a continuación a un punto situado entre sus cejas que, para que esos procedimientos puedan llevarse a cabo, he contratado los servicios de un intermediario, una especie de gobernanta de exterior destinada a servir de enlace entre él y yo. Una esclusa humana, en cierta medida, tan estanca como sea posible, a la que confiará los niños, que a continuación me entregará a mí y a la inversa. La Esclusa nos servirá igualmente de canguro en caso de necesidad.

—Empieza dentro de diez días; dispones de poco tiempo para encargar tus cheques de empleo y servicios.

Compartiremos los gastos. El importe de la pensión alimenticia que he obtenido con el divorcio me lo permite ampliamente. Una suma desorbitante en opinión de mi madre, y que según ella revela el nivel de culpabilidad de mi ex marido. Y del de su cuenta bancaria. «Ya ves que no lo has perdido todo, querida», añadió con ese pragmatismo brutal con el que a menudo me he topado en los últimos meses.

Yann afloja los puños, separa las manos y abre la boca. Habla:

—Por mí, de acuerdo.

Por supuesto.

Coge los papeles que le he traído, los dobla por la mitad y vuelve a dejarlos sobre la mesa. Se levanta para ponerse el abrigo. No me he quitado el mío y ya estoy de pie, y me marchó, sin saludar. Dejo que pague mi café. Él no ha podido pedir nada, no ha podido

beber nada.

Sin duda porque está muerto.

El dolodio

A la espera de que la Esclusa asuma sus funciones es mi madre quien, hoy al menos, actúa como intermediaria. Va a buscar a los niños al colegio y me los trae a casa para merendar a la espera de dejarlos, a eso de la siete de la tarde, en casa de su padre cuando este regrese del trabajo.

—Ayer vi a Yann —le digo cuando llega.

Los críos van pegados a sus faldas y ya empieza a estar harta.

—¿A Yann? ¿Has recordado su nombre? —se sorprende.

Me encojo de hombros.

—Ahora está muerto, ya no tiene importancia. Y es más práctico.

Separo a los niños de mi madre y se agarran a mí en lugar de a ella y los arrastro hasta la cocina para que merienden. Me explican lo que han hecho durante el día y asiento con la cabeza, hablan los tres a la vez y se lanzan a relatos entrecruzados que se mezclan hasta volverse incomprensibles, los miro y sonrío, les tiendo unas tostadas y unos vasos de jarabe de menta y luego, cuando la cacofonía, bien asentada, ya solo les interesa a ellos, me vuelvo hacia mi madre y le cuento mi monólogo del día anterior. Lo aprueba, le parece que no pierdo el norte, se unta una tostada con mermelada y me pregunta cómo llevo el dolor.

El dolodio, mamá.

Le explico esa palabra, esa contracción sobre la que me retuerzo desde la confesión de Yann ocho meses atrás. Y el ligero repliegue de la misma desde que me ocupo de ajustar cuentas con el moribundo. Oh, por supuesto, ayer le odié, ayer sufrí. Cara a cara, frente a frente, un vis a vis y a puerta cerrada, todos esos minutos en que habría podido tocarle, a mi ex marido que aborrezco. Para arrancarle los ojos con los dientes, claro que sí, pero también para borrar esa nueva arruga en su frente pasando la mano sobre ella. El odio

procede de mi enorme rencor hacia su traición; mi dolor, de todo lo que he perdido al decidir odiarle. Mi amor y la confianza que había depositado en él, la dulzura de sus brazos por la noche, su sonrisa por la mañana, y esa especie de beatitud estúpida que creía deberle. Me ha engañado. Sus brazos no eran míos. Su sonrisa era falsa. Mi felicidad se sustentaba sobre una mentira: la suya.

De golpe, odio y dolor mezclados implosionan de nuevo en mi vientre. Ahogo un grito. Mis rodillas flaquean. Mi madre me atrapa al vuelo antes de que me desplome.

—No delante de los niños —murmura conduciéndome al salón.

No han visto nada. Se pelean por la última chocolatina. Thomas está medio tumbado sobre la mesa, con el brazo extendido y la boca abierta. Gritan. No han oído nada.

Me tiendo en el sofá. No lloro. No realmente. Mi madre me palmea las mejillas y suspira.

—Se te pasará. Ya verás. Es el contragolpe. Al fin y al cabo, acabas de ver a tu marido por última vez. Es normal que eso te provoque un shock.

—¡No es mi marido!

Sollozo.

Sí, sollozo. Es nervioso. Pero no lloro, no. Y se lo suelto todo: que no tengo más remedio que confitarme el dolodio, que me convertiré en una solterona —«No, porque tienes hijos», objeta mi madre—, que a partir de ahora sin duda solo sentiré asco por el género masculino en bloque, que acabaré sola —«No, porque tienes hijos», repite mi madre—, que nunca volverán a quererme, que ningún hombre volverá a abrazarme con fuerza, a decirme que soy la más guapa, la más inteligente y la más divertida, que no habrá ya ningún hombre que me quiera.

—Prueba con las mujeres —dice mi madre con una sonrisa.

Es una sonrisa profesional que no asciende hasta sus ojos. Lo dice en serio. Es un consejo.

Si por lo menos se hubiera reído. Nunca he lamentado tanto la gravedad de mi madre. ¿Cómo puede soportarlo mi padre? Esa pregunta se me ocurre más tarde, así que puede esperar; ya abordaré la cuestión en otra ocasión. Prefiero concentrarme en el tema sensible del momento: yo. Y el dolodio que ha quedado en sordina pero que sé que está presente, en el fondo de mi vientre, y dispuesto a resurgir a partir de una palabra, de una imagen o de una simple asociación de ideas.

—No bromeo —confirma mi madre—. Sal con mujeres. Haz nuevas amigas. Hablad

mal de los hombres, echaos las unas en brazos de las otras. Encuentra hombros comprensivos, compasivos. No tienen por qué ser grandes. Si buscas consuelo, créeme, no te vuelvas hacia los hombres. Es una carga que los supera. Un gen que les falta. Pídele consuelo a un hombre y puedes estar segura de que pagarás un precio muy alto por ello.

Me pregunto si es una teoría que ha elaborado personalmente porque le convenía —o a mí, en mi situación— o si se trata de una tesis científicamente probada. Desconozco qué me convendría más. En el primer caso, podría acariciar la esperanza de encontrar un par de brazos viriles pero consoladores; en el segundo, no me quedaría otra que ir en busca del primer tío que encontrara. Pero de lo único de lo que soy capaz, en este preciso momento, es de mirarla a ella, de contemplar ese rostro atento pero severo, de observar su postura estudiada, sentada solo sobre una nalga en el reposabrazos del sofá, con las piernas cruzadas muy arriba, una mano apoyada en el respaldo, cerca de mi hombro, la otra sobre su regazo, donde no hay el espacio, ni la estabilidad ni la acogida necesarias para que apoye mi cabeza.

Su mirada se cruza con la mía, vagamente lacrimosa, sin duda suplicante. Ha debido de sentir algo, consulta su reloj, descruza las piernas, se estira la falda con un gesto seco y preciso y dice:

—Vamos a preparar a los niños. No quiero marcharme muy tarde, a esta hora el tráfico es infernal, ¿dónde habéis quedado?

Bajo los ojos, me incorporo.

—En la galería comercial del hipermercado Auchan, en Balma.

Me mira frunciendo la nariz, como si de repente yo desprendiera un olor sospechoso. En cierto sentido, lleva razón.

—Delante de los lavabos —preciso.

Mi madre hincha las mejillas. Se alisa la falda, da una palmada. No hace comentario alguno. Sé el porqué: antes de verse involucrada en la entrega de rehenes, mis caprichos le parecían divertidos. Ahora no puede criticarlos, está en juego su credibilidad y mi curación. Me abstengo de decirle que tiene suerte: ahora que Yann está muerto, o a punto de estarlo, había considerado la posibilidad de cambiar nuestro punto de encuentro y organizar la cita en un cementerio o en un columbario. Entre dos lápidas o frente a las urnas. He renunciado a causa de los niños y sus preguntas, que acabarán por llegar.

Arrancamos a los niños de la mesa donde picotean las migas, les ponemos las manos

pegajosas bajo el grifo, les metemos los pies en los zapatos, los brazos en los abrigos. Hablan y obedecen, incluso el mayor. Quieren que se ocupen de ellos. A veces pienso que es su manera de decirme que dado que nosotros, los adultos, hemos decidido seguir un curso que para ellos no es natural, ahora tenemos que llevarlos a cuestas; se vuelven pesados sobre nuestros hombros, un peso muerto que hay que hacer renacer por deber o, peor, por simple amor maternal.

Le ato los cordones al mayor, mi madre le abotona la chaqueta a su nieta, instalamos al pequeño en su mochila. La chiquillería está lista. Abro los brazos y se abalanzan sobre mí. Los cierro alrededor de una criatura tricéfala de bocas cerradas y ojos cerrados en los que brillan algunas lágrimas. Abrazo con fuerza la masa tibia y suavemente movediza que trata de deshacerse de mí.

—Hasta el viernes. Llamadme —murmuro.

Mi madre coge manos, las estira hacia ella, las arrastra hacia el recibidor. Los cuerpos siguen, casi dóciles. Me quedo en el umbral de la puerta para verlos alejarse hacia el coche, medio vueltos hacia mí, y entrar en él. Las puertas se cierran, agito la mano, erguida y sonriente, la viva imagen de la confianza: todo va bien, todo es normal; esto marcha, chavales.

Vuelvo a entrar, cierro la puerta de la casa y corro a refugiarme en el sofá que no me es de gran ayuda: tengo frío y estoy sola. Desesperada, me abrazo y me acuno murmurándome palabras de consuelo. Juego a ser el hombre que no me ha traicionado. O quizá mi madre. Sea lo que sea, no funciona. Abro los brazos, deshago mi abrazo alrededor de mi cuerpo: me suelto.

Quiero volver a la vida.

Mañana, está decidido, me inscribiré en Meetic.

Carretilla japonesa

Una semana sin los niños, espero que sin mi madre, sin nadie que me recuerde quién soy, mi fracaso y mi soledad de hembra abandonada.

Es el momento ideal para convertirse en otra persona, y a ser posible de una manera provocativa y exagerada.

Así que me lanzo a reinventarme en páginas de contactos diciéndome que quizá acabaré como ese paciente de mi madre, tan enganchada a amores virtuales que acabe por olvidar la existencia del mundo exterior. Eso tal vez sería una bendición: en este momento, la realidad me detesta y se lo pago con creces.

El procedimiento, aparte de ser para mí una novedad, resulta más complejo de lo que suponía. Para empezar, tengo que enfrentarme a las ventanas de publicidad que se abren y que invaden mi pantalla alejándome de mi personaje y proponiéndome explorar más aún mis deseos, profundizar en mis relaciones aún inexistentes, probar gratuitamente muestras, aumentar el tamaño de mi pene y comprar un apartamento vacacional en multipropiedad en la isla Reunión. La sociedad de consumo trata de impedir que rehaga mi vida o al menos trata de retrasar la reconstrucción, pero me resisto a sus sirenas discordantes. En unos clics, modifico los parámetros del navegador y le ordeno que bloquee la publicidad, cierro como puedo las que persisten en saltarme a la cara y acabo accediendo a la página que permitirá la emergencia de una mujer nueva que los brazos viriles estarán ávidos por abrazar para devolverle la sonrisa, la alegría de vivir, el placer de la felicidad e incluso uno o dos orgasmos. En ese preciso momento, me gustaría que una especie de euforia se apoderara de mí para confirmarme que el paso dado es el correcto y que todos los psicoterapeutas del planeta ya pueden arrinconar su diván. En lugar de eso, me siento un poco ridícula. Pero eso no mengua mi determinación.

Marco casillas, relleno formularios y elijo opciones en menús desplegables. En el

aspecto físico, soy sobria y tan sincera como me es posible: indico mi altura exacta, el color de mis ojos y de mi cabello, vacilo en la silueta entre *delgada* y *atlética*. Lo pienso, sopeso las dos palabras y las imágenes a las que suelen asociarse y no consigo decidirme. Me proyecto en situaciones en las que un hombre me lee y me dibuja en su pensamiento: *delgada* sin caderas y sin pechos, *atlética* de nalgas de acero y hombros de boxeador. ¿Para qué? ¿Todo eso no acabará por fin cebando el imaginario pornográfico subalimentado de algunos pobres tipos que se preguntan qué tipo de mujer es la más capaz de obedecer a las leyes de la carretilla japonesa sin que le flaqueen los bíceps? ¿Acaso no he ocultado voluntariamente, en mi salto a otra vida, la cuestión crucial del sexo? Solo he conocido a un hombre: Yann. Los avances de los demás siempre han resultado ligeros ante la inexpugnable fortaleza de mi fidelidad amorosa. Quiero que me amen, que me lo digan, que me lo demuestren con abrazos consoladores, pero ¿qué lugar estoy dispuesta a concederle al sexo, a la fusión de las excrecencias y de los orificios, en lo que ahora me parece ser una engañifa?

De repente, el abandono me parece la única opción soportable. La renuncia. Cerrar las últimas ventanas de Meetic o como se llame la página de contactos en la que he acabado por aterrizar; no es la panacea de mi malestar, de mi sufrimiento y de mi resentimiento. Qué lástima, había acabado forzando los últimos reductos de la página. O, lo que es lo mismo, tenía a todos los hombres a mis pies. Y sin duda a las mujeres, si no me hubiera declarado heterosexual.

Esa idea —montones de seres humanos agarrados a mi pedestal y que solo respiran para husmear el olor de mis tobillos y rozar la infinita dulzura de mi piel— me embriaga como el alcohol. El equivalente de cuatro copas de vino que acabo por cierto de beberme con fervor mientras me enfrentaba a los Cerberos de la Web. Así que, con la boca pastosa, descarto mis dudas y me creo dos direcciones de correo electrónico para gestionar mis nuevos perfiles de mujer virtual pero fatal.

La primera, *Lolita956590*, es peluquera, admite algunos kilos de más, le apasiona ir de compras, las colecciones de figuritas de porcelana, ir a la discoteca y al karaoke, confiesa ser *supersticiosa* y tener *sentido del humor*, y es fumadora ocasional. No marca ningún deporte en la lista exhaustiva que el formulario proporciona.

La segunda, *Iveco4835*, conduce camiones, es atlética, exigente y aventurera, aficionada al bricolaje y a la lectura, a los deportes de combate y a la meditación, no fumadora pero tolerante con este vicio en los demás.

Las dos son viudas y sin hijos.

Me pregunto cuál de las dos vencerá. Y, en ese caso, qué trofeo se llevará.

Valido las páginas. Observo en directo las aproximaciones de los machos que consultan mis perfiles: la mayoría cuentan con ridículos alias que me evocan los robots de *Star Wars* o actores en declive: *SusPO*, *G20Q*, *ClitEastwood*, *Fuck Rogers*. En el aspecto del calor humano, no voy por buen camino. No informo acerca de las zonas destinadas a recibir informaciones más personales que las que ya he rellenado en los formularios. No estoy dispuesta a inventarme de la cabeza a los pies. A construir frases para decir quién soy, por qué busco o cómo quiero encontrar. Y además, ese juego ya no me divierte. Mis perfiles de Meetic no son las obras liberadoras que creía haber concebido. Soy una falsa viuda bajo pseudónimo, una verdadera madre inquieta, una auténtica mujer traicionada. Pero esa mujer se niega a asumirlo y a vivir.

Está muerta, seamos claros. Tengo que hallar la fuerza de hacer borrón y cuenta nueva conmigo misma, de tachar la mentira que he vivido, de aceptar que el columpio ya no es una actividad propia de mi edad. Que la felicidad no es un valor democrático accesible a todos. O que, por lo menos, es necesario luchar para por fin disfrutar de ella, luchar mucho, como en una victoria merecida.

Tengo un montón de excusas.

He tenido una vida muy fácil.

Encontré a mi marido demasiado pronto.

No vi que la verdadera vida no era la que llevaba, que no se le parecía en nada.

Yo que me creía abierta a los demás, al mundo entero, estaba replegada en mi pequeño universo, reducido a mi ombligo y a los ombligos satélites de mi pequeña familia.

Alguien que decía amarme, para el que yo contaba, que había construido su vida por y alrededor de mí, que era casi una parte de mí misma, consideró, a fin de cuentas, que todo eso pesaba poco en la balanza, en el columpio. Alguien que podía mentirme, silenciarme y construirse otra vida sin que yo pudiera decir la menor palabra.

La mujer a la que Yann no quiso confesar su infidelidad, el exilio de su pasión, la mudanza de sus pensamientos; esa mujer que manifiestamente no era digna de ser invitada a compartir ese vuelco del corazón debo enterrarla por la misma razón por la que he hecho pasar a mi marido adúltero de la vida a la muerte. ¿O fue Yann quien se mostró cobarde, indigno él también de una felicidad demasiado presente para ser

saboreada plenamente? ¿O fue solo que la felicidad no era tal?

Quisiera volver la espalda a ese largo camino inútil, a ese recorrido sin obstáculos que no conduce a nada, a esas sendas bucólicas por las que me he extraviado hasta meterme de pies juntillas en una charca de purines. Pasar página. Sería fácil si mi vientre no me chillara que es incapaz de hacerlo, si mi corazón no dejara de latir cada vez que pienso en ello, si mi cabeza no amenazara estallar con cada reminiscencia de mi dulce pasado hipócrita y del muro contra el que me he estampado de lleno.

La mujer ideal ha muerto. Viva la Mujer.

Y vivan los hombres nuevos que me escriben en Meetic, ya más de veinte desde mi inscripción. Clico, curiosa, a pesar de todo.

No puedo leer sus mensajes. Tengo que pagar. 14,99 euros, tarjeta o PayPal. Al final, siempre hay que pagar.

Demasiado virtuales para ser honestos

Aplico un protocolo de eliminación sistemática para ratificar la ausencia definitiva de Yann. Exorcizo el lugar. Hago que nada, en la vida cotidiana, me lo recuerde.

Fuera su ropa de los armarios, desde los anoraks de la colección de invierno de 1995 hasta los calzoncillos de la suerte de veinte años atrás, adiós a las fotos en las paredes o en cajas de zapatos, los bibelots traídos de un seminario en Manchuria donde me echó de menos, las notas escritas de su puño y letra, colgadas en el frigorífico o en la caldera con un imán para recordar los teléfonos de emergencia o el procedimiento para forzar la puesta en marcha. La casa está limpia, he borrado todas sus huellas. La casa es mía y de mis hijos. Les dejo invadir su espacio y el mío, prefiero tropezar con sus juguetes que con los objetos demasiado personales de mi lamentable marido. He instalado mi dormitorio en el despacho y el despacho en nuestra —no, *mi*— habitación. La cama no es la misma, he cambiado definitivamente las sábanas.

Y dentro de unos días tengo una cita con un hombre al que he conocido por internet.

En cuanto los he guardado, mis perfiles se han visto asaltados. En función de las llamadas de mis hijos, de las intervenciones de mi madre y del contenido de los mensajes recibidos, he pasado la semana oscilando entre una euforia malsana y un legítimo aborrecimiento de la mayoría de mis pretendientes. Ese incesante cabeceo y, más probablemente, un virus intestinal me han obligado a guardar cama justo cuando acababa de cambiarla. Por una cama barco como las antiguas, parecida a la que tenía de adolescente en casa de mis padres. Capacidad: una persona. Más una palangana, cuando los elementos se desencadenan. Desde ese espacio reducido he gestionado, con el portátil sobre las rodillas, mis personalidades múltiples y a los nuevos adoradores de las mismas.

He desechado a los pretendientes demasiado directos —«Quiero echar un polvo, ¿y tú?»— o a los que le daban tantas vueltas al asunto que resultaban sospechosos: «No suelo frecuentar las páginas de contactos, estoy aquí casi por casualidad, me intrigas, me gustaría charlar contigo, ¿me das tu teléfono?». Descartados también los disortográficos, los groseros, los vulgares, los falsos intelectuales, los que dándose las de la alegría de la huerta daban pena y los cachondos patéticos.

Y en todas las ocasiones me sabe mal: ¿en qué me he convertido yo, la dulce, la amable, la más que tolerante? ¿Adónde han ido a parar mi indulgencia, mi mente abierta, mi amor a priori hacia todo el género humano? Me he vuelto condescendiente, puntillosa y desconfiada. No estoy muy segura de gustarme así. De hecho, estoy absolutamente segura de que no me gusto nada.

Es culpa suya, de ese asqueroso cadáver, que me transforma. Él es el muerto, pero soy yo quien está corrompida, yo quien se pudre y se descompone. Antes no me planteaba preguntas acerca de mis valores humanos, la que era ya me convenía: el ser magnífico que formábamos él y yo.

De nuevo el dolodio, como un mar de fondo —desde el fondo de mi cama—, me sumerge, me asfixia y me ahoga. Mis pulmones se inundan, mi corazón naufraga y me arrastra al fondo, paradójicamente más pesado ahora que está vacío. Y las insignificantes burbujas de esos amantes virtuales no lo llenarán, ni me levantarán, ni me insuflarán el aire necesario para salvarlo, ahora lo sé. Y, sin embargo, espero, lucho, pataleo, agito los brazos, estrecho mi almohada, me agarro con las dos manos al edredón y me aferro a la palangana.

La ola se abate y rompe, salgo a la superficie y nado, y quedo encallada, resto de un naufragio, cáscara inhabitada, en una orilla hostil; escupo, vomito. Vacía, me siento un poco mejor.

Qué porquería de virus. Los niños también lo han pillado, me hace saber mi madre que habla por teléfono con el muerto y hace de barquero a la espera de la Esclusa. Trato de deshacerme de la imagen que se forma detrás de mi frente lívida, la de mis tres críos reconfortados por la mano descarnada de su padre que ha dejado de existir. Una gigantesca araña huesuda se pasea sobre sus mejillas. Nuevas náuseas. Procedimiento de evacuación sistemático activado.

Me cuesta arrastrarme fuera de la cama. Me apoyo en la pared para llegar al aseo o al baño. No llamaré al médico: es una prueba que debo superar sola, un ritual chamánico

purgativo del que saldré sabia y crecida.

O bien es algo que he comido.

Cuatro días de tempestad en mi cama barco, y esta mañana abro los ojos pensando que he dormido toda la noche, que incluso he dormido bien. Las persianas de mi habitación se han quedado abiertas y diríase que afuera hace sol. Me incorporo y sé de inmediato que estoy curada: ya no siento náuseas. Con las piernas fuera de la cama, tanteo el suelo de madera con el dedo gordo. Está tibio, me lanzo.

Y ya estoy de pie. Las sábanas de mi cama desprenden un olor agrio y tiro de ellas para quitarlas, echarlas al suelo, arrojarlas al mar. Me viene a la cabeza quemarlas, para que desaparezca hecho humo todo lo que he exudado: las toxinas, los virus, las células de Yann que mi cuerpo ha absorbido por fuerza durante nuestros años de fusión, así como, espero, los mortíferos constituyentes del dolodio.

Quedan troncos en el hogar de la chimenea. Astillas y leña pequeña. Con los brazos cargados con las sábanas, titubeo un instante y la empresa se me aparece tal como es en realidad: superior a mis fuerzas y totalmente absurda. Dejo las sábanas en la cesta de la ropa sucia. Con una lavadora a 90 °C bastará.

El ritual ha funcionado: he recobrado el sentido común.

Me sonrío frente al espejo. Me siento agotada, y calmada. Con varios kilos menos, la tez gris salvo la cicatriz rosada en el mentón, el cabello graso y pegado al cráneo y el camisón a media asta alrededor de mi cuerpo húmedo tengo un aspecto lamentable, pero eso no me deprime. Al contrario. Porque, mientras miro de arriba abajo a la mujer de rasgos tersos que tengo enfrente, escucho el leve trote de mi corazón que vuelve a la vida, mi corazón que se agita al oírme pensar que sí, que realmente se requiere un gran trabajo para estar presentable de nuevo, pero que vamos a conseguirlo, y que me sentará bien ocuparme de mí, que lo necesito, que hay un buen fondo y que me lo merezco. Hace mucho tiempo que no tenía ganas de ponerme guapa. Estoy viva.

A buena hora: mañana tengo una cita con un hombre.

Verso

Lolita956590 ha llegado al lugar con diez minutos de retraso. Como mi pretendiente, *Optimistforever*, afirma conocer Toulouse como la palma de su mano, le he dejado elegir el escenario. Esperaba que me invitase a reunirme con él en un minúsculo restaurante situado al fondo de un callejón del casco antiguo pero me propone un café-restaurante del centro, el Cardinal. No es muy original, pero por lo menos es fácil de encontrar.

Lolita llega tarde, pues. Es normal, susurra una voz en mi cabeza; siempre se ha dicho que las mujeres guapas deben hacerse esperar. Escucho la reflexión surgida de no sé dónde: de mi infancia, de algún comentario de los adultos, de retazos de conversaciones almacenadas sin yo saberlo. Respondo a la voz que ese principio me parece una estupidez y además es indignante, un principio machista travestido en prerrogativa femenina reductora, ¿y por qué, ya de entrada, solo las mujeres guapas? Avanzo por los bulevares con esas cuestiones en mente y, al llegar a los alrededores del Cardinal, estoy furiosa contra ese tipo al que no conozco pero que a buen seguro me perdonará por no llegar puntual porque soy una mujer y porque soy guapa. Mi reflejo en las vidrieras de los restaurantes me lo ha repetido sin cesar: sí, soy guapa. Guapa delante de la Maison du Cassoulet, guapa delante del Hippopotamus, guapa delante del Quick. Perfectamente integrada en el decorado. Lolita se ha acicalado durante dos horas esta mañana, se ha lavado el cabello, se ha hecho un brushing, una mascarilla, la manicura y ha estado a punto de depilarse pero no, no en la primera cita; para acabar, se ha vestido con ropa ceñida que la hace aparentar diez años menos y le da un aire de calientabraguetas.

En todo caso, eso es lo que me digo al captar mis reflejos en un escaparate tras otro. Porque yo nunca me habría vestido así. Tampoco me habría untado las pestañas de rímel hasta el extremo de que golpean contra los cristales de mis gafas como moscas contra una ventana. Ni me habría peinado así, con un moño de coca al estilo de los años

sesenta, ni me habría fijado el pelo con laca para conservar el volumen. Yo, antes, era defensora de lo que la naturaleza me había dado, y mis coqueterías eran de lo más simples, porque así era como me querían. Sobre todo, no darle vueltas a la identidad de quién decía que me quería.

Pero es cierto que he cambiado: ya no soy esa mujer que creía lo que *él* le decía. Soy *Lolita956590*, de profesión peluquera. Hoy al mediodía, en todo caso.

Cruzo, giro, nuevos escaparates y los mismos reflejos, paso junto a la Fnac y al McDonalds, reflejos, reflejos, reflejos. Guapa, un poco guarrilla, los hombres me miran, algunos con una sonrisa pícaro; si anocheciera me tirarían los tejos, una mujer fácil evidentemente, si se viste así. Acelero el paso, nerviosa. Molesta. Furiosa. El Cardinal, por fin. Hace un día bonito, calor incluso, y la terraza está hasta la bandera; los sillones que tienen en el respaldo el nombre de algún actor famoso están casi todos ocupados. Busco a mi pretendiente con la mirada, sin aproximarme. *Optimistforever* tiene cuarenta y dos años, trabaja de administrativo, es aficionado a la vela, divorciado y sin hijos. Tiene un físico agradable —según afirma él— y se confiesa tímido. A menos que se trate de alguien intelectualmente limitado, cosa que me indigna por anticipado y doblemente, porque me reprocho mi condescendencia: ¿y quién soy yo con mis talones demasiado altos, la falda demasiado corta, la cara abigarrada y el moño crespado? Soy un insulto a las peluqueras y a las mujeres, y en primer lugar a mí misma. Pero no doy demasiadas vueltas a esos pensamientos destructivos y me perdono de prisa y corriendo, por esta vez no pasa nada, solo es por probar y además por algo hay que empezar. Si no funciona no será por mi culpa, sino de esa guarra de Lolita y quizá, también, de ese tipo no muy refinado al que ha conocido.

Me dijo que llevaría una gorra naranja.

Ahí está, ya la veo: ya lo veo. Me da la espalda. Se ha sentado en un sillón en el que se lee: BRAD PITT. ¿Por casualidad o lo ha elegido? En los dos casos, me parece patético. Nunca me he sentado en el Cardinal, pero me parece que si tuviera que hacerlo, me tomaría la molestia de elegir un sillón con el nombre de un actor. Viejo. Feo. Sobre todo no el de Greta Garbo o el de Angelina Jolie para evitar las comparaciones mezquinas que estoy haciendo en este preciso instante, «¿Brad Pitt, de veras?». Y los paralelismos que ello conlleva, las amalgamas, los juicios. Avanzo unos pasos, lo suficiente para verle mejor; finjo hablar por el móvil para disimular y observo todo lo que puedo de él, de mi cita, de mi ligue: un hombre que busca una mujer para follar, no nos vayamos a

equivocar. Y yo, ¿qué busco?

Tiene los hombros anchos y caídos, su camiseta roja demasiado ceñida tan solo destaca lo que imagino que es una tripa incipiente, medio oculta tras el respaldo del asiento. Brad Pitt. Tiene la nuca gruesa, los antebrazos cortos. Alza la mano para llamar a un camarero. Su reloj lanza destellos dorados que incluso al sol deben de parecerle insultantes. Su voz, que reclama una cerveza y el menú, es un poco demasiado aguda para su corpulencia, su edad y su condición de pretendiente. Y no ha dicho «por favor».

Lolita956590 se queda plantada junto a la terraza, con el teléfono mudo pegado al oído y los labios mimando una lenta conversación. Sin duda malas noticias, parece aterrorizada.

Delante de ella, *Optimistforever* tamborilea con los dedos sobre la mesa del bar y se vuelve. Su mirada se cruza con la mía, por casualidad, detrás de mis cristales de espejo.

No quiero ver nada más.

«¿Y te has marchado así, sin decirle nada?», se sorprende mi madre; lamenta que no haya llegado más lejos, que no haya dado el paso del verdadero encuentro, aunque no tuviera continuidad. «¿Tan feo era?», prosigue.

Tecleo a toda velocidad en mi ordenador para tratar de engañarla, fingir algo más profundo que esa vaga repugnancia física de la que he sido presa al contemplar la nuca de *Optimistforever*.

«No. No tanto. Corriente. Un poco gordo. No muy elegante.»

«Más bovino que felino», desliza entre mis líneas.

«Le he visto la cara al marcharme. Se ha vuelto. No era tan feo. Tenía unos ojos azules bonitos.»

¿Cómo explicarle que son precisamente sus ojos, sus amables ojos azul claro los que, más que su cuello de toro o su falso Rolex, han provocado la huida de Lolita y, peor aún, la mía? En esos ojos había cuarenta años de afecto retrasado y un pozo en el fondo del cual debía de flotar un resto de inocencia.

«Es por culpa de sus ojos que me tendían los brazos como un niño perdido», acabo escribiendo.

Mi madre no reacciona de inmediato. Y luego veo aparecer en pantalla:

«Otra frase así y te desheredo.»

Estoy segura de que ha entendido qué quería decir. Aunque mis ojos sean negros.

Terapia animal

Domingo noche. Los niños vuelven a mi lado, acompañados por la mercenaria a la que he contratado para evitar las entrevistas con mi marido muerto. La Esclusa. Se llama Geneviève, un nombre anticuado para alguien apenas mayor que yo. Es soltera, secretaria en paro, plancha en su casa —hasta quince camisas por hora, precisa con una sonrisa de experta—, algunas tareas de limpieza aquí y allá y, ahora, me sirve de barquero.

Es afectuosa, maternal —incluso conmigo— y los niños parecen tenerle aprecio, cada uno a su manera. Por mi parte, trato de mantener la distancia, la que impone nuestra relación de empleador a empleado, pero también una desconfianza natural ante una persona que no le hace ascos a tratar con los muertos. Y no importa que ella no esté al corriente del estado de mi difunto marido.

Intenta incluso darme noticias de él. Evoca al «papá de las criaturas», luego a «Yann». Que adora a sus hijos y que a ella le parece encantador, un poco triste pero encantador. Alzo la mano para cortarla en seco, darle el alto, la derribo en pleno vuelo, está lanzada para cantar sus alabanzas.

—¡Basta! ¡Calle ahora mismo!

Cierra la boca ipso facto y yo también, de golpe; no me conocía ese tono autoritario.

Un silencio y luego:

—Quizá no he sido suficientemente clara hasta ahora, así que se lo repito por última vez: Yann está muerto. No quiero volver a oír hablar de él. Y menos aún en boca de usted. Para mí, eso es una de las cláusulas del contrato. ¿Estamos de acuerdo?

Comienza hinchando ligeramente las mejillas, ¿por apuro o exasperación? En cualquier caso, menea la cabeza, añade que está muy claro, que lo comprende.

—Yo misma, figúrese...

Frunzo el ceño y eso basta para cortar por lo sano esas confianzas inoportunas. Fijamos la siguiente cita, grita adiós a los niños que, desde su habitación, no la oyen, y se marcha tras estrecharme la mano, con aire pensativo.

Los niños están contentos de volver a verme después de una semana y casi tan contentos por marcar de nuevo el territorio en la casa a la que he dado un buen meneo después de su marcha. Me instalo con mi portátil en el sofá del salón, hago la compra en internet como buena burguesa ociosa que soy y, de vez en cuando, un niño aparece en un rincón del salón, se propulsa a mi lado, mete su cabeza bajo mi brazo, aparta el portátil, ronronea sobre mi regazo o me explica cómo le ha ido en el colegio. Los mimo de forma intermitente, froto mi hocico contra el suyo, jugamos a ser una camada de gatos, afectuosos e independientes; es agradable estar de nuevo con ellos. El mayor abrevia las caricias, se queda sentado en silencio a mi lado, me mira sonriéndome y me suelta:

—Pareces en forma, mamá. —Y luego desaparece como si hubiera dicho una palabrota.

En lugar de sentirme orgullosa de él, de la prueba de madurez que acaba de ofrecerme, lo único que me viene a la cabeza es: «¿En forma de qué?». Es extraño, pero tengo ganas de llorar.

Espero a que transcurra la velada, las duchas y la cena, un cuento a cada uno antes de dormir, y vuelvo a abrir mi ordenador y me conecto a Meetic.

Retomo las negociaciones.

He lanzado un conjuro a *Lolita956590* y he borrado su perfil. No tengo talento alguno para la peluquería y no me gusta la música disco. Ni las discotecas, sean como sean. Ni las miradas socarronas y hambrientas que me lanzan los hombres cuando me pongo su disfraz. Sus ojos son mandíbulas abiertas de par en par, de doble dentición, y no me han enseñado a domesticar tiburones. No tengo formación alguna en ese terreno, he estado mal acostumbrada, nunca he domesticado a nadie, no lo he necesitado: mi presa —y mi cazador— ya estaba domada. Eso creía yo, pobre pollita.

Así que he ahogado a Lolita en su propio huevo. Me he cargado a esa potranca delgaducha cuando apenas empezaba a tenerse en pie y aún se tambaleaba sobre sus talones demasiado altos.

Esta noche solo me salen metáforas animales.

He eliminado a esa mujer en menos tiempo del que me llevó crearla. Unos clics han bastado para hacer desaparecer ese cuerpo deseado de manera sórdida. Esas pequeñas

manipulaciones sin consecuencia me llevan, y no sé cómo, a las grandes maniobras emprendidas para matar a mi ex marido, ese cabrón, y puestos a remontar el tiempo hasta la fuente del mal, a mi vida de *antes*. Esa en la que no tenía que calcular quién ser, cómo y para quién. Mi vida sin preguntas y desbordante con una sola respuesta de tres letras.

V. A. D., Vita Ante Dolodio. O también Vete Al Diablo.

Dolor, evidentemente. Y el odio, por supuesto, que le sigue de cerca. Dos olas que pronto no forman más que una, una marea ascendiente, un caballo al galope. La ola me tumba, me arroja sobre el sofá. Esta vez no lucho y dejo que me sumerja, que me zarandee; cierro los ojos, atrincheró mis pulmones: ya respiraré más tarde. Clausuro todas las entradas para mantener a distancia el dolodio, para mantenerlo en el exterior. Ya pasará.

Menuda tontería. Está en el interior, ya ha invadido el lugar y como he cerrado las escotillas lo animo a acomodarse, alimento sus idas y venidas.

Abro los ojos y me levanto. Habría incluso gritado para expulsar el mal si no me hubiera venido a la cabeza que los niños duermen en el piso de arriba. Ahogo el grito in extremis y finalmente solo produzco un maullido grave.

Eso es lo que sin duda me dirán los niños mañana, a la hora del desayuno. Puedo imaginar la conversación:

—Mamá, esta noche un gato ha entrado en la casa, un gato gordo perdido, ha maullado muy fuerte, ¿lo has oído tú también?

Les responderé que lo han soñado.

—¿Hemos soñado lo mismo los tres, mamá?

Diré que sí, por supuesto, queridos, es posible. Y que los sueños que soñamos todos juntos son los más bonitos y nos ofrecen así a los cuatro un verdadero momento de poesía con grandes pedazos de mitología maternal en el interior.

Es tan emocionante que me echo a reír ahogadamente. Otra vez, estrangulo los sonidos que salen de mi boca con autoridad y los reduzco ahora a un balido. De repente, soy presa de un ataque de risa al pensar en que, a ese ritmo, pronto podremos explotar una granja.

Mientras no haya gallinas.

Como un camión

Unos bufidos más tarde, me siento de nuevo ante el ordenador y juego a muñecas en Meetic. No he renunciado a dar con unos brazos que tengan suficiente envergadura para rodear mis vacíos afectivos. Esta vez es la otra, la camionera, la que entra en juego.

Iveco4835.

Lleno el depósito ipso facto. Y lo vacío simultáneamente. Los pretendientes afluyen en cuanto me conecto y los evacúo con la misma celeridad.

«Lo siento, esto no funcionará.»

Iveco puede permitirse ser directa: es camionera, joder. Cuando una conduce un camión frigorífico de 38 toneladas, 56 horas a la semana, puede hablar con franqueza, mierda.

Fútil, pero divertido.

Y además, en plena noche, sin que sepa cómo, me sorprende conversando con un hombre. Conversando de verdad. Hemos dejado atrás las presentaciones sin que me haya dado cuenta y encadenado con una auténtica conversación. Dialogamos, hablamos. No exactamente de nosotros, pero sí de cosas que nos gustan, nos emocionan, nos llegan al corazón, y sin que en ningún momento se hable de follar. Nos hallamos, imagino, a mil leguas de las conversaciones que se mantienen por lo general en ese tipo de contexto, hasta el extremo de esperar que en cualquier momento nos censure un moderador de Meetic por atentar contra el espíritu de la página web.

Pasamos a MSN.

Descubro que no estoy mintiendo. Sin traicionar mi personaje, he desvelado aspectos de mi verdadera personalidad. Creo. Sí, me releo y lo confirmo: «Soy crédula. Si me ofrecen la felicidad en bandeja la tomo y doy las gracias, con estrellas centelleando en los ojos. Unas estrellas que brillan para mí sola, que me ciegan y me impiden ver que se

trata de una falsa felicidad, de una mala imitación que acaba rompiéndose. Es un error de juicio. Un error fatal».

Me cuesta creer que acabe de escribirle eso a un hombre en Meetic. ¿Es maravillosamente divertido, fantásticamente profundo o solo patético? No estoy segura de reconocerme en esas palabras. ¿No habré dejado de representar un papel para desempeñar otro inmediatamente después? Debería haber sido actriz, no camionera.

Ni siquiera me arrepiento. De momento. Dado que estoy al abrigo detrás de mi pantalla, mi cortafuegos, mi balaustrada.

Mi corresponsal se disculpa, mañana tiene que madrugar. Pone punto final a disgusto a nuestra «simpática charla». Me pregunta si podemos repetir la experiencia en breve. Y, quién sabe, quizá vernos próximamente.

«Le prometo acudir sin bandeja ni felicidad», afirma.

Respondo:

«Por supuesto. Hasta luego.»

Iveco a tope, de nuevo.

Son casi las dos de la madrugada y también yo necesito descansar: mañana hay colegio, debo depositar a mi progenitura, el recorrido obligado guardería-parvulario-primaria, y por ello levantarme al alba. El interior de mi cuerpo está en plena ebullición, demasiadas emociones contradictorias, la ternura de los niños dentro de mí, la risa de los animales, los pérfidos golpes del dolodio, y luego esa curiosa euforia durante la conversación que aún perdura, y se amalgama con el resto y plantea nuevas preguntas: ¿puedo permitirme esa pequeña alegría, en mi estado? ¿No es prematuro, ilusorio o peligroso? Y en primer lugar, ¿quién es ese tipo?

Antes de acostarme, consulto detalladamente el perfil de mi nuevo pretendiente. Su alias, *MaxPlanck*, no me evoca gran cosa. Nada insalvable, en cualquier caso. Cuarenta años, también viudo, sin hijos. Un hombre feliz, que no tiene a nadie a quien perder. En la casilla de profesión, ha marcado «otra» y ha añadido este comentario: «Electrón libre». No ha cumplimentado ninguno de los apartados ligados a su fisonomía. En lugar de ello, de nuevo, un comentario: «Físico irreprochable». La camionera dentro de mí, si estuviera conectada, le soltaría tan ricamente que, libre o no, ese electrón va muy sobrado. Pero *Iveco4835* está tan cansada como yo y las dos volveremos a nuestros cuarteles con un «Ya veremos» fatalista y burlón.

Esa noche, en el hueco de mi cama barco, me hundo de golpe en el sueño. Duermo

como un tronco. Para ser más precisa, como el tocón de un árbol arrancado o que queda en la tierra tras haber sido talado.

Espero que mis raíces aguanten.

Max y el efecto burlón

—No tiene usted cuarenta años.

—Tampoco es usted camionera.

Diríase el arranque de un diálogo de una serie estadounidense. O el principio de un poema surrealista malo.

No era muy brillante, como entrada en materia, pero para ser sincera tampoco esperaba que mis encuentros a través de internet dieran pie a escenas a lo Bergman o a tiradas de Racine.

—Al menos —le digo—, no miento acerca de mi edad. Ni de mi físico.

En ese estadio, podría responderme «el que lo dice lo es», y sería de buena lid.

No es muy diferente:

—¿Por qué, si miente acerca de todo lo demás? —replica con una amplia sonrisa.

Tocada. Cierro la boca. Temporalmente. Y le indico una mesa libre al fondo de la librería-salón-de-té-biológico que esta vez he elegido como punto de encuentro de nuestros dos personajes.

Eran varios los que se hallaban frente a la entrada fumando pero de inmediato he reconocido a mi pretendiente. No había error posible: como convenido, llevaba bajo el brazo un gran cojín naranja con motivos de ganchillo verde manzana.

—Es un modelo retro de Ikea, se lo daré al final de nuestra entrevista si no le gusto, así, no habrá venido en balde.

Es espantoso. El cojín. Un cruce entre un puf psicodélico y una labor de punto de una anciana. Apartando con dificultad la mirada del objeto horroroso, decido afrontar a su portador. Alto, corpulento y, a simple vista, rondando los sesenta años.

—Mire usted, busco un amante y no un padre —digo sentándome frente a él.

He decidido mostrarme conciliadora. Al fin y al cabo, nuestra conversación de esa

noche me ha mostrado que a ese hombre, sea cual sea su edad, no le falta capacidad de respuesta. Necesito distracción, levedad. Y, sobre todo, no tengo nada mejor que hacer.

—Y yo no sé exactamente qué busco, pero le ha tocado a usted. Lamento la desagradable sorpresa.

Me encojo de hombros y me explica que hacer trampas —domina los eufemismos— con su edad le permite conocer a otras personas que no sean viejas desesperadas, profundamente tristes o reconcomidas por una amargura, dispuestas a arrojarse sobre el primero que dé señal de interesarse por ellas. Le digo que eso es egoísta. Asiente y añade que su manera de proceder comporta igualmente, aunque no salte a la vista, una parte no despreciable de altruismo.

—Las mujeres más jóvenes aún pueden ser salvadas —afirma con aplomo.

Trato de ofuscarle.

—En primer lugar, me cuesta creer que ande ligando en Meetic para hacer una obra de caridad. Además, eso me parece condescendiente. Y por fin, es mejor que lo sepa de entrada: estoy profundamente triste y desesperada. ¿Aún le intereso?

Y la voz de mi madre en mi cabeza que me susurra: «¿Con qué vienes ahora? ¿Un viejo de sesenta y cinco años frente a una beldad que aparenta treinta menos? Tendrías que ser de una exigencia enfermiza». ¿Una beldad? Gracias, mamá.

—¿Qué cree?

Le miro fijamente un buen rato. Me tomo tiempo para observarlo, desnudarlo con la mirada, proyectarlo sin ropa, sobre una cama. Imaginarme desvestida también yo, a su lado. Encima. Debajo. Nuestras pieles se tocan, se frotan, partes de nuestros cuerpos se penetran entre sí, nuestros fluidos se mezclan, proferimos gritos animales, yo balo y él muge.

Un parpadeo; descarto las imágenes, contengo una carcajada. Y dejo las cosas claras:

—Querido Max, lo lamento mucho, pero entre usted y yo nunca habrá una relación física. Jamás.

Sonríe de nuevo; no parece enojado, ni siquiera decepcionado.

—Lástima, la física es mi especialidad.

MaxPlanck se llama en realidad Jean-Philippe, es profesor de física jubilado y busca su alma gemela.

—Me aburro —me confía en un tono alegre—. No supe rodearme cuando estaba en activo, creí que podría ir de soltero curtido y solitario hasta mi muerte y consagrar los

ratos de ocio a la ciencia pero, finalmente, en la actualidad, cuando ya no tengo alumnos con los que hablar, deseo compartir mis pensamientos con alguien que, a su vez, me exponga los suyos. Dígame si todo esto la aburre ya de entrada.

—No tengo la menor idea. Estoy dispuesta a escucharle. Hasta las cuatro. Luego, tengo que ir a buscar a los niños al colegio.

Alza una ceja y una comisura de la boca al mismo tiempo. El arquetipo de la expresión irónica. Estamos realmente en una sitcom estadounidense. Pronto, después de cada una de nuestras réplicas, al fondo de la sala estallarán risas grabadas. Aguardo a que retome la palabra.

—Es hora de que me diga quién es.

—De acuerdo. ¿Puedo llamarle Max?

Al fondo, nadie ríe.

FASE 2

El gato Schrödinger

Principio de incertidumbre

—Me llamo Pauline, tengo treinta y seis años y soy madre de tres hijos.

»Mathis, dos años.

»Luna, cinco años.

»Thomas, seis años.

»Hace exactamente nueve meses y un día, estaba casada y era feliz con mi vida. Hace exactamente nueve meses y un día, mi marido, Yann, me dijo que estaba enamorado de mi mejor amiga, Mélanie, y que mantenía una relación con ella desde hacía dos meses.

»Hace exactamente nueve meses y un día, Mélanie murió, asesinada por un desconocido en su apartamento, acontecimiento que me dejó fría, para no decir que me alivió; hasta ese extremo su traición me había sacado de mis casillas y privado de cualquier predisposición a la compasión. Esa historia entre ella y Yann me transformó en un monstruo, del que hoy no puede verse más que la parte emergida. Mélanie fue estrangulada y mi marido descubrió su cadáver. Sin embargo, nos divorciamos.

»Dejando aparte el asesinato, es una historia banal, ¿verdad?

No responde, no asiente, ni siquiera menea la cabeza. Sonríe ligeramente y echa el mentón hacia delante, para animarme a proseguir. Tiene el buen talante de una tortuga.

—¿Y se lo has contado todo? —se sorprende más tarde mi madre al teléfono—. ¿A ese hombre, a un viejo desconocido que has encontrado a través de Meetic?

Sí, se lo he dicho todo. El sufrimiento insuperable, el odio, la caída libre en un vacío que no se acaba nunca. La necesidad de morir y de matar. Para acabar, incluso le he explicado minuciosamente mis arreglos de cierta realidad.

—Y así es —concluyo valientemente— como me he convertido en viuda, peluquera y camionera. Y así es como mi ex marido, ese cabrón, ha llegado a estar a la vez vivo y muerto.

El cuello quelonio de Max se estira.

—¿Conoce a Schrödinger?

—Schrödinger... —me interrumpe mi madre, pensativa, al otro lado de la línea telefónica—. Me suena...

—Nunca he oído hablar de él. ¿Qué tiene que ver con mi marido?

—Cuyos restos yacen, y no yacen, en el fondo de una tumba... Por cierto, ¿dónde ha enterrado a ese pobre hombre?

Finjo atragantarme con el zumo de frutas biológico para no responder a su pregunta, que no solo me pilla desprevenida, sino que además no debería siquiera plantearse. Es cierto que Yann ha pasado a mejor vida, pero de ahí a consagrarle una sepultura... Echo pelotas fuera:

—No es un pobre hombre, es un apestoso traidor. Además, no está enterrado en ningún sitio, debido al olor, que siempre acaba por reaparecer. Digamos que lo he hecho incinerar.

—¿Y las cenizas? ¿Dónde guarda la urna?

Devuelve la pelota. Paro el golpe con habilidad.

—Esparcidas. A los cuatro vientos, en el océano, en la cima de una montaña, en el fondo de un precipicio. Elija la fórmula que más le convenga. Y déjeme en paz con mi marido. Estoy de luto, así que no me chinche más o acabaré llorando sobre su hombro y mordiéndole la mano.

—Estoy segura de que al viejo verde eso le ha parecido excitante —comenta mi madre con una mala fe que me gusta casi tanto como a ella.

—En resumidas cuentas —prosigue Max—, su marido ha muerto, su cadáver ha ardido y, sin embargo, continúa alimentando a sus hijos, dándoles una educación, cumpliendo para con ellos con su papel de padre... Vuelvo así a mi pregunta: ¿conoce al gato de Schrödinger?

—Ni al gato ni a su dueño.

Max se lanza entonces a una perorata en la que me explica que Erwin Schrödinger era un físico, y no uno cualquiera: uno de los padres de la mecánica cuántica. Se exalta con gestos mesurados y finjo bostezar para encubrir el absurdo deseo que siento de interesarme por sus palabras. Ese hombre es muy amable, es inteligente; temo que, además, sea igualmente interesante, pedagógico e incluso carismático. Semejante personaje podría trastocar mi nueva visión del ser humano, la que está exenta de confianza y respunteada de cinismo. Prefiero seguir pensando que los hombres son todos unos cabrones en potencia, incluidas las mujeres. Así, no volveré a sentirme decepcionada.

—Sabe, Max, la física nunca me ha interesado. Dudo que sea usted capaz de cambiar eso. Sin contar con que no voy a entender nada de lo que me explique.

He pronunciado esas palabras en un tono profundamente hastiado y me entran ganas de abofetearme. En vano. Como si no hubiera oído nada de lo que acabo de decirle, Max se inclina hacia mí y, punteando sus palabras con golpecitos secos sobre la mesa, prosigue su explicación:

—Imaginemos que Schrödinger tiene un gato, que lo encierra en una caja donde ha dispuesto un frasco de vidrio lleno de cianuro y un dispositivo que, como reacción a un proceso químico dado, permite romper el frasco y comporta así la evaporación del veneno y la muerte del gato. ¿Me sigue?

—Sí, pero pinta mal para el gato.

—Es cierto y falso a la vez —señala Max sonriendo.

Deduzco de ello que Erwin Schrödinger es ante todo el padre del suspense.

2

$$1/\sqrt{2} \cdot (|\text{muerto}\rangle + |\text{vivo}\rangle)$$

—Atención, la cosa se complica, pero ahí es cuando se pone interesante: el proceso químico que permite destruir el frasco (en este caso, la desintegración del núcleo de un cuerpo radioactivo, digamos un átomo de uranio) tiene, en términos de probabilidades, un cincuenta por ciento de posibilidades de producirse en un lapso de tiempo de un minuto. La mecánica cuántica, por su parte, afirma que durante ese mismo lapso de tiempo, y mientras no se haya llevado a cabo ninguna medición, el átomo se encuentra en dos estados simultáneos, intacto y desintegrado a la vez.

—¿Eso quiere decir que el pobre gato tiene una posibilidad entre dos de salir vivo?

—En términos absolutos, así es. Pero lo que Schrödinger trataba de demostrar es que, grosso modo, mientras el gato se halla en la caja y hasta que esta haya sido abierta para proceder a la observación de su estado, está a la vez vivo y muerto. Lo que determina su estado es la medición.

—Estoy segura de que este experimento está prohibido por la Declaración Universal de los Derechos de los Animales... Y la conclusión es ridícula.

—De ninguna manera, solo es una imagen. Y se trata de una simple experiencia del pensamiento destinada a trasladar el indeterminismo microscópico al mundo macroscópico. Es lo que se conoce como «principio de intrincación cuántica». Dicho de otra manera, la desintegración de un núcleo microscópico se traduce en la muerte del gato. Según las observaciones de la física cuántica, dado que ese átomo de uranio posee la propiedad de hallarse en los dos estados simultáneamente, intacto y desintegrado, el gato, durante ese lapso de tiempo, se encuentra también en dos estados superpuestos: vivo y muerto.

Aunque comprendo buena parte de su explicación, el razonamiento me parece algo retorcido. Y la conclusión, oscura. Además, la extrapolación de ese experimento a mi

experiencia, por lo menos tal como la he contado hasta el momento, no me parece evidente. Pero siempre he sido una alumna aplicada. Y Max, como era patente, demuestra ser lo bastante apasionado para suscitar mi respeto e incluso, no quiero ser cicatera, mi interés. Sus ojos brillan, su rostro sonrío, sus manos abiertas se agitan como mariposas y, a su manera, me causa cierto efecto. Así que lo intento y me lanzo:

—El gato es mi marido. Hasta ahí lo entiendo. Porque, según sus propias palabras, está a la vez vivo y muerto.

Max asiente, junta las manos y aguarda piadosamente la continuación de mi razonamiento con un brillo de esperanza en los ojos. Como si por fin, en el último momento, acabara de descubrir en una de sus alumnas unas predisposiciones de las que esta no habría hecho gala hasta el momento. A pesar del riesgo de decepcionarle, prosigo:

—Salvo que se equivoca usted: mi marido está muerto y bien muerto. Tiene que estarlo, en todo caso. Es necesario. Absolutamente. De lo contrario, no puedo, nunca podría...

Mi voz enronquece lamentablemente, se parte tras un sollozo inoportuno que contengo a duras penas en mi garganta y logro hacer descender de nuevo a mi pecho con gran esfuerzo, donde recupera su lugar, gordo y pesado. Recobro la voz:

—De lo contrario, no podría vencer la rabia, el sufrimiento y seguir viviendo. Es mi solución, ¿lo entiende? Es cuanto he encontrado para no volverme loca.

No preciso que la paternidad —la maternidad, para ser más exacta— de ese concepto corresponde a mi madre, psiquiatra y sospechosa por esa misma razón. O sencillamente sospechosa.

—No, Pauline, los hechos prueban que no está muerto. Científicamente, ¿entiende? No ha fallecido, no ha estirado la pata, no la ha diñado, ni siquiera ha finado. Solo está muerto en su mente, en su absurda y desesperada voluntad, en su obstinado rechazo de reconocerlo vivo. Es como si ya hubiera mirado dentro de la caja y descubierto que las posibilidades han jugado a favor de la supervivencia, y que a la física cuántica no le importa el amor, desintegrado o no. Su caja está mal cerrada, y lo sabe perfectamente. Y ser consciente de ese hecho hace que ese paso sea inútil, que su causa esté perdida de entrada. Además, una sola palabra suya bastará para apoyar mi razonamiento: ¿ha dejado verdaderamente de sufrir y de odiarle?

No, no respondo yo.

Objeto a su pregunta un mutismo sonriente que no le engaña, pero ¿qué más da?

Le digo que estoy mejor desde que he compartimentado su vida —su muerte, en mi realidad, sea cual sea su valor cuántico— y la mía. A pesar de todo, aún no he pasado página, se ha quedado pegada a otras hojas de ese libro lamentable en el que se ha convertido mi vida desde que uno de los protagonistas decidió salir del mismo. Pero ¿qué le voy a hacer, qué más puedo hacer, aparte de esperar y tratar de avanzar incluso contra mi voluntad, que aplazo a causa de los niños que me retienen en la superficie, que me aferran al borde del precipicio al que quiero arrojarme? Son mi salvavidas y mi ancla, tan livianos y a la vez tan pesados. Más adelante, les hablaré de la dual simplicidad de su ser y de la insoportable complejidad del mío, si algo queda del mismo tras estas pruebas.

Max afirma que me gustan las paradojas. Interrumpo su reflexión y me levanto para marcharme, por si pretende soltarme otra perorata sobre sus leyes cuánticas o no, y lo dejo solo a la mesa, con su cojín naranja bajo el brazo.

Mi madre se muestra tan interesada como dubitativa.

—Y para acabar, ¿qué lección has sacado de ese encuentro?

—He adoptado un gato.

3

En la caja

La alegría de los niños no es una sorpresa. Descubren al animalillo con gritos de quebrantahuesos y saltos de cabrito que hacen que se esconda debajo de una cómoda de la que nos lleva parte de la noche sacarlo: por lo que a mí concierne, eso ya es mejor que la enfermiza introspección.

El animal, que he adoptado a través de un anuncio, es según sus antiguos propietarios una mezcla de gato exótico y de Californian spangled con, probablemente por parte materna, un toque de gato himalayo. Yo tan solo me quedo con que nuestro gato será poligloto, que tendré que pagar por él un buen pico y que, a pesar de su pedigrí, no es más que un gato.

Con Yann el deshonorado no teníamos animales; no los queríamos, sin duda porque considerábamos que éramos demasiado jóvenes o que aún no estábamos preparados para ello. O quizá fue tan solo por él, porque era alérgico. Ahora que se ha marchado y siguiendo únicamente mi opinión puedo poner fin a esa abstracción zoológica que, me parece, mis hijos y yo tendemos en estos últimos tiempos a subsanar con nuestros comportamientos antropomórficos a base de balidos nocturnos y otros extraños maullidos.

—¿Cómo se llama?

—Schrödinger.

—Es un error muy común —dice mi madre—. Como llamar Frankenstein a un zombi.

Para complacerla, finjo no entenderla, arqueando las cejas y boquiabierta. Siempre funciona.

—Frankenstein es el creador, y no la criatura. De igual manera, Schrödinger no es el gato, sino el físico. Es una especie de metonimia.

Mi madre, a veces, puede ser muy docta.

Para satisfacer sus expectativas le respondo que no, que es muy parecido a un persa pero que me da lo mismo porque, de todas formas, los niños, como cabía esperar, no logran pronunciar ese nombre que han abreviado simplemente en «Dingo» y que parece ajustarse al carácter del animal.*

Mi madre ha venido a cenar a casa.

Me contempla preparar la cena, con una copa de vino en la mano, mientras lloro sobre mis cebollas sin que ni siquiera me aconseje pelarlas bajo el agua del grifo. ¿Será porque recuerda que hace ya años le dije que no era práctico? Como detesta cocinar, debió de considerar que el tema era tan carente de interés para darlo por concluido nada más evocarlo. Desde entonces, en esas circunstancias, se comporta como si las dos estuviéramos acodadas en la barra de un bar, bebiendo cada una su copa.

—¿Así que realmente deseabas tener un gato?

La verdad es que la idea me parecía divertida. A causa de Max Planck, o de su avatar. Y también porque esa adopción me permite liberarme de mi ex vida y ratificar el anclaje de la nueva en la realidad común, tal como esta es percibida por la mayoría de los *demás*, en cualquier caso.

—Perdona, mamá, pero de repente he tenido ganas de ser alguien que posee un gato llamado Schrödinger.

Con un gesto experto de la muñeca, mi madre hace girar lentamente en su copa un vino que, sin embargo, solo merece ser bebido sin ningún ceremonial. Desde la desaparición de Yann, la bodega se ha empobrecido.

—No acabo de saber si es un signo de que estás mejor o simplemente de que te has vuelto esquizofrénica.

Me encojo de hombros, me rasco la nariz y estornudo dentro de mi cabeza por evidentes razones higiénicas.

—Retenerse así es malo para los tímpanos —comenta mi madre—. La próxima vez, suéltate.

Un segundo después, mientras hundo la nariz en el hueco de mi codo para preservar mis oídos y evitar las proyecciones, añade:

—¿Y cómo llevas el dolodio?

Su tono es incisivo. Hace resbalar sobre el reborde de la copa un dedo ligero, en su justa medida, y extrae una música que me evoca el canto de las ballenas y el lamento de los delfines. O lo contrario, los documentales en la televisión no me han ayudado en ese

sentido.

Su dedo deja por un instante de girar y acaricia la suave arista de la copa. Que debe de morder la carne pues el gesto es muy lento e insistente. Luego prosigue su recorrido aflautado.

De pequeña, traté durante mucho tiempo de imitar ese talento, esa pequeña fantasía maquinal que bastaba para convertir en única a mi madre: a los cinco años una no es muy exigente. De adulta entré en razón y además sin grandes esfuerzos: nunca seré como mi madre. Para bien y para mal.

Las cebollas han podido con mis glándulas lacrimales. En mi campo de visión borroso, mi nariz roja e hinchada ocupa de repente todo el espacio. Enjugo con la manga las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. Me queman la piel, las mucosas de la nariz escuecen, pronto seré el primer caso de combustión espontánea humana que se producirá ante los ojos de un testigo: espero que mi madre tome notas.

Y luego estornudo. Diez veces, en una ráfaga.

—No es una respuesta —dice mi madre—. Y deja ese cuchillo, acabarás por sacarte un ojo.

Tuerta, con un parche de pirata sobre el ojo, con un cuchillo de cocina a guisa de sable y Schrödinger al hombro en lugar de un loro, surcaré los mares con mi marido muerto y vivo encerrado en su caja no hermética, en busca de abismos lo bastante profundos donde arrojarlo y olvidarlo para siempre.

—Sí, mamá.

Obedezco, depongo las armas y me sueno con la hoja de papel de cocina que me tiende.

—¿Y cómo te va el luto, tu nueva vida? —insiste.

—Haciendo aguas. Necesito una caja estanca para confinar en ella el cadáver. Eso dice Max Planck, que parece ducho en la materia.

Estornudo de nuevo mientras los niños pasan gritando persiguiendo a Schrödinger. Y en ese momento, lo recuerdo: yo también soy alérgica al pelo de gato.

La llamada del vientre

El gatito maúlla, estornudo, los niños lloran cuando hablo de una posible devolución del animal por razones de salud, mi madre abandona el barco, esa pobre galera que prefiere ayudar a avanzar desde lo lejos, desde el asilo de su oficina, a golpe de mensajes instantáneos y de conversaciones telefónicas.

Intento perderme, sin lograrlo, en la gestión de mi hogar medio apagado. Limpio, ordeno, organizo, trato de educar, de divertir, de interesarme por los niños, de participar en su alegría de vivir que, muy a menudo, se expresa mediante protestas o indignadas reivindicaciones. Por mucho que haga, diga o intente poner orden en sus peleas, no consigo controlar con serenidad las peloteras intrínsecas a su fraternidad: no logro interesarme por sus conversaciones lapidarias y apasionadas, encontrarles un sentido que me implique también a mí. Y tampoco tengo nada que contarles que pueda apasionarnos a los cuatro. Todo lleva a creer que, además de una esposa fracasada, soy una mala madre.

Necesito a una persona adulta con la que enfrentarme. No quiero dar órdenes, recordar horarios, prohibir y luego, harta de discutir, autorizar, mimar a petición, castigar por principio y cambiarle el lecho al gato con un pañuelo cubriéndome el rostro. No quiero decirme nunca más que tengo ganas de que esos niños a los que quiero regresen con su padre.

Estoy perdiendo coherencia, es lo que dice mi madre. Y lo que me confirma casi en el mismo momento Max Planck por MSN. Desconozco si esa palabra que tienen en común suscita las mismas implicaciones, si me reviste de la misma aura de pobre mujer colgada, pero esos dos adultos son los únicos que me hablan casi de igual a igual. No cuento a la Esclusa, pues se dirige a mí como a una criatura más, una chiquilla irreflexiva a la que se trata con dulzura para que entre en razón.

—Iré a buscar a los pequeños el domingo a las cinco —me dice por teléfono esa noche—. Es el cumpleaños de su padre, haré un pastel, no puede dejar de darles ese gusto.

Por supuesto que sí, claro que puedo, si quiero. Los niños cargan desde hace casi una semana unos regalos en sus carteras: sus ofrendas al desaparecido, sacrificado en el altar de mi lamentable supervivencia. En el colegio o en casa de su padre, con la ayuda de la Esclusa, han esculpido en arcilla, pegado cartón y plastificado un punto de lectura.

—Papá se va a poner muy contento, ¿verdad? —suelta Luna.

Su hermano mayor la hace callar de un puntapié en el tobillo. No se habla de papá delante de mamá; lo ha entendido. Guarda, apenas la ha sacado de la cartera, la caja pintada en la que el muerto, al igual que los vivos, no pondrá ni chinchetas ni clips.

Los gritos que se elevan entonces me permiten no responder. Soplo en el tobillo de mi hija, riño a su hermano y exhorto a los tres para que preparen las carteras y las bolsas. Aliviada al saber que, dentro de menos de una hora, estarán acostados y por fin podré respirar.

Sola. Libre hasta mañana. Podré elegir dónde sentarme: sofá, sillón, taburete de cocina o cama. Incluso podré estirarme en la tumbona de la terraza si me apetece y si cesa de llover. Con mi ordenador portátil conectado a internet, envuelta en mi abrigo, con un plato de zanahorias crudas y una caja de pañuelos sobre las rodillas. Por culpa de los pelos de Schrödinger.

Tengo algo de ganas de morir.

Y muchas ganas de hacer el amor. Hace más de nueve meses. Un embarazo invertido, me vacío por dentro. Y solo mi mano entre las piernas, ahora lo sé, nunca bastará para saciar el apetito de mi bajo vientre. ¿Debo añadir en mi perfil de Meetic un mensaje del tipo: «Quiero echar un polvo, y pronto. Feúchos abstenerse»?

«Es buena señal», aprueban a la vez mi madre y Max, a quienes, tras tragarme la vergüenza, les he confiado mis veleidades. Quizá más por aburrimiento que por verdadera desesperación, me digo en todo caso para tranquilizarme. Claro, eso es: echo el mal pelo fuera cabalgando a lomos de un semental. Y no pienso en las manos del hombre muerto que me han enseñado qué partes de mi cuerpo sabían responder al suyo. Me sacudo el recuerdo del placer que allí hicieron nacer ellas las primeras, y también las últimas, por lo menos a día de hoy. Sí, fui feliz entre sus brazos, lo estrujé entre mis piernas, gemí y grité cuánto le amaba, y creí que era para siempre.

Me equivoqué. Solo la muerte es para siempre y, de repente, tengo más deseo de morir

que de sentir de nuevo dentro de mí el sexo de un hombre que me recuerde que, a pesar de todo, sigo viva.

Pero no, no voy a ir, como Max y mi madre me invitan a hacer, a tomar copas a un bar, a bailar a una discoteca y a abrirme a los hombres como una mujer libre, aún joven y guapa. No llamaré a mis amigas para una velada entre chicas, como dicen ellas, porque soy la única chica y ellas son mujeres —esposas, incluso— y porque ellas, mis falsas aliadas, rechazarán los últimos flirteos antes del cierre pues tienen en el hueco del colchón conyugal a un hombre que las espera, que reirá de sus extravagancias, las reinventará liberadas y luego les hará el amor y le parecerán más cachondas después del alcohol que las noches en que se quedan viendo la tele. Una velada entre chicas, como dicen, solo servirá para reavivar la llama de las parejas que me rodean de lejos, esa llama frágil y engañosa que me consume igual que mi propia decadencia, mis incertidumbres, mi incoherencia de mujer traicionada y abandonada.

Mi drama es que no tengo amigas solteras.

Sin embargo, mañana, en cuanto los niños secuestrados por la Esclusa hayan llegado al antro sombrío del muerto, saldré de casa; está decidido. Para escapar al dolodio, a los paquetes de Kleenex y a esas conversaciones en internet que me mandan a los satélites, allá arriba, que las transportan inútilmente: estoy en órbita alrededor de mi futuro; doy vueltas sobre mí misma, tangente movediza, incapaz de decidir hasta qué punto quiero reunirme de nuevo con mi vida, aferrarme a ella: ¿y para qué? Quiero entrar en el círculo, formar parte de nuevo de las cosas que avanzan, incluso circunscritas. Salir de mi viudedad coja y aprovechar el hecho de ser madre a tiempo parcial para recuperar mi condición de animal social y de mujer hambrienta.

Quizá iré al cine a ver una película de acción llena de testosterona.

Esa noche, mi teléfono suena dos veces y luego se queda callado. Llamada perdida, sin mensaje. El número que aparece en pantalla es el de Yann.

Un error.

Con el corazón en un puño y rabia en el estómago —pero los dos son intercambiables—, trato de volver a dormirme soñando con la época en la que era imposible enviar por error una carta escrita con pluma de oca mediante el correo a caballo.

Ronda nocturna

He dado el paso. Alegrementemente, después de solo dos mojitos.

El domingo por la noche, con Max Planck, nos hemos ido de bares. A dos, de hecho; el primero era un salón de té. Antes, hemos visto una película juntos en el Utopia, una magnífica antigualla en blanco y negro de acentos tragicómicos magníficamente interpretada, pero que me ha dejado tan fría como el iceberg en el que se empotró el *Titanic*. He fingido reír durante la película y apasionarme luego. He elogiado a uno de los actores, comentado su interpretación con entusiasmo y he seguido el sentido que me imponía la vida: la que continúa. Max no se ha llevado a engaño, pero sí he embaucado al resto de mi mundo, dos viejas cinéfilas que habían acudido a beber a lengüetazos su rooibos a la hora en que las fieras salvajes aún zanganear en sus cubiles, y con las que he compartido magníficas banalidades acerca de la subjetividad de la cámara en el cine de los años cincuenta para luego proseguir mis elucubraciones falsamente entendidas en el bar al que, ebria de lapsang souchong, he arrastrado luego a Max Planck.

Mi viejo amigo Max. Que me ha prometido que nunca iría más allá de alzar una ceja reprobatoria si, por ventura, yo franqueaba los límites que nos fijamos cuando, por la tarde, le he pedido que me sirviera de ojeador y de carabina.

Se ha reído, de entrada. Es decir, que ha escrito en su teclado tras cuatro intentos fallidos tres caracteres que mostraban una sonrisa risueña sobre fondo amarillo.

«Por lo general, soy más aguafiestas que ojeador, pero no por ello estoy menos orgulloso —ha comentado—. ¿Cómo se imagina la cosa?»

La *cosa*. Esta debería poner un bozal al animal que me devora el bajo vientre y me recuerda que, a pesar de la tragedia en la que se ha convertido mi vida, soy y sigo siendo una mujer, y tengo necesidades, un vacío que no es posible colmar solo con mis recuerdos, primero desconsolados y luego rencorosos, del hombre que supo satisfacerlos

supuestamente para toda la vida.

«Actúe en representación mía, casi como un padre, como un tío o un viejo amigo de la familia. Recomiéndeme. Tantee el terreno en mi lugar, evíteme las minas y los trompazos. Estoy segura de que sabrá hacerlo.»

De hecho, no sé nada. No hay ninguna razón para que ese hombre ya viejo, al que apenas conozco, sepa seleccionar en mi lugar al mejor candidato a satisfacer esa necesidad primaria que amenaza con transformarme en harpía. No hay ninguna razón, tampoco, para que acepte. Pero no sé a quién más dirigirme. Las amigas que me quedan están todas muy casadas y creen que estoy demasiado hundida para ser presentable. En cuanto a mi madre, si aceptase prestarse a ese juego que previamente juzgaría malsano, a la segunda palabra haría huir al primer macho susceptible de caer en mis redes.

Ha pasado casi un minuto hasta que con un lacónico «OK», Max ha aceptado mi propuesta.

«Pero prométame que no va a beber. De lo contrario, se arriesga a despertarse mañana con remordimientos o con amnesia, y será a mí a quien se lo echará en cara.»

He aceptado, tras precisar que era posible que cambiara de opinión después de una o dos copas. Y hemos convenido que, en última instancia, yo seré la única juez de las cualidades del hombre sobre el que echemos juntos el ojo. Salvo si él estima que me pongo en peligro. Concluido ese acuerdo poco riguroso, me he desconectado tras anunciar que apenas tenía tiempo para depilarme antes de ir al cine.

En el bar, después de la película, había muchos hombres. Solteros la mayoría, por lo menos a primera vista. Era uno de esos sitios donde solo la barra y unas largas tablas estrechas apoyadas en las paredes alrededor de la sala se utilizan como mesas. Todos los taburetes estaban ocupados y nos hemos quedado de pie —al igual que la mayoría de los demás clientes— tras haber pedido nuestras consumiciones en la barra. La música era demasiado fuerte para que pudiéramos hablar sin elevar la voz y hacía tanto calor que hemos tenido que quitarnos los abrigos y doblarlos en dos al brazo a falta de un lugar donde dejarlos. La gente que iba y venía a fumar en el exterior nos empujaba y me han entrado ganas de marcharme. En lugar de ello, me he bebido mi mojito de un trago y a punto he estado de atragantarme con las hojas de menta. Luego he mandado a Max a cazar.

Torpemente fiel al papel que le he impuesto, y tan colorado de confusión como yo misma debía de estar, ha ido a entablar conversación con dos o tres de los hombres que,

desde mi llegada, no habían dejado de mirarme insistentemente. No era ni por asomo la única que se hallaba en esa situación —no era la única mujer y tampoco la más guapa— pero a buen seguro era la más ávida y tenía frente a las demás una ventaja de la que las otras carecían: contaba con Max, que me ponía por las nubes y operaba una drástica preselección durante la cual, no obstante, yo había conseguido que la ignorancia de los principios básicos de la física no fuera eliminatória.

Sin embargo, y a pesar de los tímidos esfuerzos unidos a los avances más firmes de las presas que estimaba haber levantado para mí, no me he decidido por ninguna. En cuanto uno de esos hombres, creyendo que me tenía conquistada, se me acercaba, apartaba la mirada y el cuerpo asiéndome del brazo de Max al que trataba de arrastrar en dirección opuesta. Y él intentaba que me soltara gritándome con la mayor discreción posible que, decididamente, yo no sabía qué quería yo y que a buen seguro acabarían partiéndole la cara. Y, en efecto, los tipos que nos rodeaban y a algunos de los cuales Max había hecho creer que estaba dispuesta a llevármelos a la cama parecían mirarnos ahora de una manera extraña. Con el paso del tiempo y con un segundo mojito que me subía a la cabeza, he visto sus colmillos húmedos brillar en la penumbra entre sus labios entreabiertos y el resplandor que relucía en sus ojos no tenía nada de humano. He consultado el reloj de Max: medianoche; los papeles acababan de invertirse, las presas se habían convertido en predadores y viceversa. Al cabo de un instante, todos se pondrían en pie, se lanzarían sobre mí y me violarían tras cortarle de un bocado la carótida a Max Planck, pobre víctima colateral de los desaguisados de mi ex marido muerto.

—Nos vamos —he dicho mientras me ponía el abrigo—. La cosa empieza a ponerse fea.

Dando valientemente la espalda a las bestias dispuestas a saltar detrás de mí, me he dirigido hacia la puerta del bar que he empujado con fuerza varias veces sin conseguir abrirla. Mientras insistía, he pensado que ya estaba, que nos habían encerrado y que ahora iba a pagar caro haber puesto cachondos a aquellos tipos sedientos de carne treintañera. Hasta que la manaza de Max ha apartado suavemente la mía.

—Hay que tirar, Pauline.

Tejemanajes

Afuera, el frío me abofetea el rostro. Me pregunto por un instante si a Max no le apetecería también abofetearme pues parece muy molesto.

—Lo siento. No puedo hacerlo. Y no me diga que ya me había prevenido, no me regañe o me tiro al suelo.

Probablemente soy incapaz de hacerlo, mi madre me ha educado muy bien y estoy cargada de inhibiciones, pero a Max debe de parecerle creíble porque aprieta los labios y me rodea los hombros con un brazo que intento que me parezca más amistoso que paternal. Me guía hacia un café casi desierto a pocos pasos de allí y me hace sentar a una mesa y luego se acomoda frente a mí. Bajo la luz cruda, un barman con delantal negro le saca brillo al grifo de cerveza moviendo los labios, con los auriculares de su lector de MP3 pegados a las orejas. Aparte de una pareja de edad avanzada que sorbe una tisana, somos los únicos clientes del café. Es sórdido pero silencioso; podremos hablar. Lástima, ya no tengo nada que decir.

—Vamos, esta ronda la pago yo —dice Max—. ¿Qué le apetece?

—Una verbena.

Me siento furiosa. Insatisfecha. Sobre todo, tengo miedo de regresar. Sola en casa con, de fondo sonoro, los maullidos de Schrödinger que ensaya su voz en cuanto cae la noche y, acurrucado en un hueco de mi vientre o en un rincón recóndito de mi corazón, el dolodio que remonta cual amenaza de muerte.

—¿No prefiere algo más fuerte?

—Sí, tiene razón. Tomaré una manzanilla con menta. Una doble.

Siento que un rictus extraño me frunce la nariz. Soy una chiquilla maleducada a la que el abuelo trata de distraer y que se niega a prestarse al juego. Porque no ha podido subir en el tiovivo. El tiovivo estaba cerrado, o la niña era demasiado mayor, o ha tenido

miedo. En cualquier caso, la chiquilla maleducada se siente frustrada y quiere que todos se enteren.

Max hace una señal al camarero que, quitándose solo uno de los auriculares, se acerca a tomarnos nota. Dos armañacs. Dejo que el camarero se aleje y murmuro que detesto los alcoholes fuertes y que tengo ganas de irme a casa, pero no de inmediato y, sobre todo, no sola. Max menea la cabeza y sonrío.

—¿Sabe que puede llegar a ser absolutamente insoportable?

No, lo ignoraba. Nadie me había dicho nunca nada semejante, ni me lo había hecho sentir. Siempre he sido una persona encantadora, flexible y afable, de fácil convivencia y respetuosa con su entorno. Sin cambios de humor ni accesos de mala fe. Tenía el título de mujer ideal, ¿debo recordarlo?

—Es la viudedad que no me sienta bien. Y la abstinencia, por supuesto.

Max conserva la sonrisa pero puedo ver que, en su interior, suspira. Con las manos alrededor del armañac para calentarlo, me mira con indulgencia. Bebemos. Podría acabar de embriagarme con solo sumergir la nariz en mi copa, pero a pesar de cierto asco que ese tipo de alcohol suele producirme, me obligo a tragarlo, a pequeños sorbos ardientes que, poco a poco, me anestesian el esófago y me sueltan la lengua. Me siento súbitamente osada y mucho menos chiquilla. Con la garganta ardiendo, pido a voz en grito un segundo armañac, para mantener así el incendio que se propaga por todo mi cuerpo hasta alcanzar el que me devora el bajo vientre desde hace tiempo.

Seria como un papa y segura de mis actos, propongo:

—¿Se acostaría conmigo?

Es la primera vez en mi vida que me dan calabazas. Y sin duda también la última, pues no creo que nunca me recupere y antes habré muerto de vergüenza. Porque Max, tras comenzar a carcajearse, ha sido presa de tal ataque de risa que los dos viejecitos a mi izquierda se han vuelto hacia nosotros e incluso el camarero de los auriculares ha dejado de frotar por un momento la barra para mirarnos. Tengo la impresión de hallarme en el colegio, de haber dicho una burrada inmensa delante de todo el mundo y de verme obligada a afrontar las consecuencias. Pero la realidad es mucho más humillante: acabo de proponerle a un casi vejestorio que disfrute de mi cuerpo hermoso y joven, y eso le hace reír. Supongo que no me queda más que insultarle y arrojarle el culo de armañac a

los ojos. Pero como lleva gafas que pueden protegerle de una ceguera que deseo definitiva, primero tengo que arrancárselas. Y acompañar mi gesto vengador con una frase muy sentida que lave la afrenta que acaba de hacerme.

Mientras en mi cabeza se construyen los detalles de esa escena, Max se ha quitado por propia voluntad las gafas y ha sacado del bolsillo un gran pañuelo de abuelo con el que se enjuga el ojo. Y luego me pide perdón: no ha querido ofenderme, se burla de sí mismo y no de mí.

—Pauline, ¿no estará desesperada hasta ese extremo?

—Pues sí —respondo tristemente cabizbaja.

Se pone en pie, y mientras rodea la mesa se golpea la cadera. Disimula el dolor y se sienta en la banqueta a mi lado para tomarme de nuevo por los hombros con su gran brazo y escucharme murmurar un rosario de excusas y explicaciones entremezcladas.

Estoy colgada, perdida. Ya no sé si quiero follar o ser consolada, si necesito los brazos de una madre o los de un amante ocasional, los mimos de mis hijos o las embestidas de un desconocido. Si tengo ganas de hacer el amor o solo quiero amor a secas. Recibirlo y darlo. Me lío con mis deseos y carencias, trato de inventarme una nueva vida a fuerza de muchas mentiras y compromisos absurdos, en los que me enzarzo en cuanto la realidad amenaza perturbar mis ilusiones pueriles.

—¿Qué es para usted la realidad? —pregunta Max palmeándome el hombro, atorado en su bondad.

—Esa caída que no acaba nunca. Esas bofetadas que recibo a cada indicio de la presencia de Yann en el mundo de los vivos. Ese cabrón no quiere quedarse muerto, ¡y eso me mata! ¿Qué puedo hacer para librarme de él de una vez por todas? ¿No tendrá una poción mágica que lo haga desaparecer o que me haga olvidarlo definitivamente?

—Soy físico, no alquimista. A menos que se presente usted en su casa con una escopeta, Pauline, me temo que no le queda más remedio que esperar a que el tiempo pase.

—¡Y eso es lo que hago constantemente! Y a este paso seré una viejecita desdentada antes de haberme recuperado del todo. Quizá a usted eso no le afecte, pero yo aún soy joven, ¡y me gustaría que el resto de mi vida fuera algo diferente de este valle de lágrimas de mierda!

He alzado la voz. Los vejestorios de al lado se ponen en pie para marcharse. Ignoro si es mi estallido el que les empuja a ello o si simplemente es que ha llegado su hora de ir a dormir. Me los imagino a los dos con gorritos de dormir a juego, tendidos boca arriba en una cama pasada de moda, con sus respectivas dentaduras postizas sumergidas en un vaso de agua sobre las mesitas de noche, y trato de no decirme que eso también podría haberme ocurrido a mí, envejecer al lado de un único hombre y que, por patética que sea, esa imagen me hace estremecer de envidia; pero al pasar me dirigen una mirada de reprobación. Siento que la dama se retiene para no reñirme por haber dicho una palabrota y yo agacho la cabeza, un poco humillada por haber sido pillada en falta por esos desconocidos a los que nada he pedido.

La voz de Max me saca de mi enfurruñamiento.

—La acompañaré a casa. Y si me invita a una última copa, la aceptaré encantado: tengo algo que proponerle.

Sin vergüenza alguna

Se quedó en casa parte de la noche. Nos tomamos juntos las suficientes últimas copas hasta alcanzar lo que cabe llamar una buena taja, y ya bien entrada la mañana he abierto los ojos con dolor de cabeza y sabor a cartón en la boca. Así como una leve amnesia sumada a un instante de pánico: ¿hicimos algo más aparte de beber?

He despertado sola en la cama, y nada indica que haya sido el escenario de revolcones de ningún tipo. No hay ningún envoltorio de preservativo, ni manchas indiscretas en las sábanas, ni unos calzoncillos slip de gran formato colgados en el respaldo de una silla. A menos que, presas de un frenesí sexual e incapaces de contener nuestros ardores, hayamos hecho el amor sobre la alfombra del salón o directamente contra la puerta de entrada.

Si ese es el caso, no recuerdo nada y tampoco mi anatomía conserva recuerdo alguno: ni mi boca, ni mis senos, ni mi sexo están doloridos. Solo mi cráneo, noqueado por los restos de whisky y de ginebra exhumados del armario, conserva las huellas de la velada. Por lo que respecta al resto, mi cuerpo está tan inviolado como durante los últimos nueve meses. Inmaculado. Inexplorado. Intacto. Al final acabaré siendo de nuevo virgen y moriré doncella.

A medida que deambulo por la casa desierta, arrastrando los pies y con la vista un poco borrosa, la memoria me vuelve a retazos. Sí, bebimos. Más de lo razonable, como lo atestiguan los cadáveres que hay en la cocina.

Pero también recuerdo que reímos y que hablamos mucho. A la vista de los Kleenex que hay junto al sofá y en diversos lugares de la casa, es probable que también llorara a moco tendido. Pobre Max.

Sobre la mesita del salón repleta de señales de copas, me llama la atención un papel. Descifro en el mismo, con una caligrafía que no es la mía, un nombre y un número de teléfono.

Ahora lo recuerdo. La propuesta que Max Planck quería hacerme. La conversación que siguió a la misma, sus argumentos para convencerme de que aceptara. De mi lucha cuerpo a cuerpo para rebatirlos, porque tenía miedo.

Me conecto a MSN. Él está conectado. Le envío:

«Finalmente, ¿acepté o no?»

«¿Ya no se acuerda?»

«No mucho. Tengo resaca. Acabo de despertarme y tengo miedo de haberme acostado con usted.»

Me envía un emoticono de cólera y luego, acto seguido, un smiley como es debido. Su dominio de los códigos de mensajería instantánea sigue una progresión constante y se lo comento.

Se ríe de nuevo.

«La constante de Planck —explica sin que yo lo entienda. Y luego añade—: No, no nos acostamos, pero no fue por no haberlo intentado.»

¿Quién intentó qué? ¿Max intentó algo? No tengo recuerdo alguno de sus avances.

Le envío una serie de interrogantes.

Dos minutos más tarde, la explicación aparece en mi pantalla:

«Hizo gala de mucha iniciativa, Pauline. Confieso que tuve que hacer un esfuerzo para resistirme a los encantos que desplegó. Pero si hubiera sucumbido a ellos, los dos lo habríamos lamentado. Su comentario de hace un momento lo dice todo al respecto. Y sin duda luego se habría negado a volver a verme, cosa que me hubiera apenado enormemente. Dicho eso, fue una velada muy agradable. Aparte de algunos ataques de desesperación que le perdono con mucho gusto, cuando lleva unas copas de más es usted muy divertida. Y tiene unos senos magníficos.»

Me siento a punto de desvanecerme. ¿Le he enseñado los pechos a Jean-Philippe alias *Max Planck*, profesor de física jubilado? Ahí de nuevo me flaquea la memoria, pero estoy desgraciadamente dispuesta a creer que dice la verdad. En cuanto acabe esta conversación, iré a mortificarme cubriéndome el rostro de cenizas.

«Retomando su primera pregunta, la respuesta es sí: aceptó. He avisado a mi hija y espera su llamada.»

Toma ya. Realmente debo evitar beber, porque puedo hacer cualquier cosa.

«Lo prometió», me recuerda Max.

«Palabra de borracha. ¿Cuenta de verdad?»

«Lo juró por lo más sagrado. Literalmente. Sobre la mesa de la cocina, si no recuerdo mal.»

Siento tanta vergüenza que por un momento me pasa por la cabeza explicarle a Max que tengo una hermana gemela alcohólica y ninfómana que ayer se hizo pasar por mí, que declino toda responsabilidad respecto a sus actos y que, personalmente, formo parte de la Liga Cristiana de Bebedores de Agua. Tengo que fabricarme un carnet de miembro como sea. Pasado ese ataque de cobardía, le pregunto:

«¿Y aparte de eso, qué más hice? ¿Cantar *La Marsellesa*, recitar a Molière, bailar el cancan? ¿Nadé braza tumbada sobre una silla disfrazada de sirena? Puede contármelo todo, seré fuerte.»

Transcurren varios minutos hasta que aparece su respuesta, al menos doscientos segundos durante los cuales trato con todas mis fuerzas de no mordirme las uñas y que me permiten imaginar las peores situaciones. Max teclea con dos dedos y a menudo se equivoca, y eso le obliga a retroceder para corregir sus faltas. No soporta el menor error en sus mensajes.

«Dijo cosas muy bonitas acerca del amor. Cubrió a su ex marido de insultos, algunos de los cuales yo desconocía, escribió el borrador de un correo electrónico a Erwin Schrödinger para encargarle una caja hermética, pasó un cuarto de hora con la cabeza debajo de la cómoda para tratar de hacer salir a un gato que maullaba como un condenado y estornudó durante media hora más. Después de eso me marché, alrededor de las cuatro de la madrugada. Si le sirve de consuelo, a mí también me duele la cabeza. Ya no tengo costumbre de beber e hicimos unas mezclas sobre las que prefiero correr un tupido velo. Solo pensar en ello me provoca náuseas.»

Dudo si responderle que soy inconsolable y que tampoco yo, por lo general, suelo beber. No tanto al menos. O, en todo caso, solo para que se me pase el dolodio. Y luego me digo que no tengo por qué justificarme y que Max, al fin y al cabo, me ha

demostrado en más de una ocasión que era capaz de aceptar mis locuras sin juzgarlas y sin guardarme rencor. Es buena persona. Estoy contenta de haberle conocido. Tengo suerte en mi desgracia, como dicen los resignados, los sumisos o los fatalistas.

«Oiga, Max...»

«¿Sí?»

«Ahora que le he enseñado las tetas, ¿podemos tutearnos?»

Se necesita dependienta

Ahora que ya he prometido y jurado por lo más sagrado —y sacado brillo a las encimeras de la cocina para borrar las huellas de la infamia— ya no puedo echarme atrás. Una vez duchada, y atiborrada de paracetamol y de café, cojo el teléfono y el papel que ha garabateado Max para llamar a su hija ya que, aunque realmente es viudo, tiene sin embargo dos hijos. Ahora está demostrado: Meetic es un mentiroso. Menuda sorpresa...

Se llama Isabelle y debe de tener mi edad. Es propietaria de una tienda de ropa. Para hombre, me precisó Max que quería que conociera a machos en otros sitios además de en los bares o a través de páginas de contactos.

Hemos conversado unos minutos durante los cuales le he resumido mi currículum y le he hablado de mis hijos, y ella me ha explicado sus requerimientos.

—¿Cuándo quiere empezar? —ha concluido.

Le he preguntado si no quería verme antes y me ha respondido que su padre le había explicado que contaba con buena presencia desde todos los puntos de vista y que, un poco antes, esa misma mañana, le había hablado mucho de mí y había elogiado mi capacidad de escuchar y de comunicarme. Imagino que habrá guardado silencio respecto a nuestra borrachera de la víspera y mis excesos.

—No está muy bien pagado —se ha excusado acto seguido.

Le he respondido, un poco avergonzada, que para empezar ya me convenía. Es terrible decirlo, pero realmente no necesito dinero.

—Tiene usted que trabajar, Pauline —me espetó Max la víspera—. Mi hija necesita una dependienta a media jornada en la tienda que tiene en la ciudad. Eso le permitirá

retomar contacto con ciertas realidades, ver a gente. Salir de su dolodio, como dice usted. Olvidar que su marido está más vivo que muerto, a pesar de todos sus esfuerzos.

Yo no quería. No tengo ninguna experiencia en la venta al detalle, al margen de algunos trabajillos de verano que hice durante los estudios, lo que se remonta a mucho tiempo atrás. En fast-foods, de cajera en un supermercado y en el turno de mediodía en un restaurante, donde se me cayeron bastantes bandejas y rompí un montón de vajilla. Al acabar la Escuela Superior de Comercio, trabajé siete años en una empresa y acabé odiando lo que hacía. Luego, me quedé en casa a disfrutar del salario de Yann y ocupada dando a luz a hijos y luego criándolos.

—Soy una burguesa mimada, le aviso. Tengo de qué vivir gracias a mi pensión y a la casa que Yann me ha dejado,

Debería haber dicho *legado*. Una fuga más en mi caja. Pero ninguna de mis alegaciones ha dado la talla frente a sus convicciones y a su deseo de sacarme del barrizal afectivo. Al caer la noche, y tras dos copas de armañac, Max Planck se pone su armadura de caballero y sale a defender a la viuda y a sus tres huérfanos. Falta saber si estaré a la altura del auxilio que nos ofrece y del que no estoy segura si lo necesito. No de esa manera, en cualquier caso (ahí es mi cuerpo quien sigue reclamando).

Al entrar en la tienda de Isabelle, la misma tarde de nuestra conversación telefónica, me quedo paralizada. He olvidado qué es trabajar, tener compañeros, un superior jerárquico, una cafetera: hay una en la trastienda, me ha precisado Isabelle como si fuera un elemento determinante para que yo acepte el puesto. No estoy segura de ser capaz de mostrar la sonrisa amable que de mí se espera, de pronunciar sin tartamudear las frases de circunstancias a los clientes ocasionales —«¿Puedo ayudarle?»—, a las que sé que responderán invariablemente que están mirando. Lo sé, yo también lo he hecho. No estoy segura de tener la suficiente paciencia para soportar la indecisión de una esposa que trata de regalar a su marido el jersey de sus sueños. Los suyos, de ella. Y sobre todo no soporto, ya de entrada, que la colección de verano de la tienda, ya expuesta cuando se acerca Navidad, me recuerde que las camisas ceñidas siguen estando de moda, y que Yann las lucía con una distinción que me hacía sentir orgullosa. Un pensamiento tan doloroso como cursi; soy una boba. Y tengo miedo. Pero a pesar de todo entro, con las manos húmedas y un nudo en el estómago que, buena noticia, no es debido al dolodio.

Max afirmaría, estoy segura, que es la prueba de que su método funciona.

Isabelle se parece a todas las dueñas de tiendas de ropa a las que he conocido hasta la fecha. Delgada, elegante, seria y afable, algo demasiado maquillada. Por lo menos eso me he dicho al verla aparecer del fondo de la tienda. Una especie de androide, un modelo único fabricado en serie para manejar el negocio de la industria textil, provisto de un vocabulario limitado a las fórmulas de cortesía y a los comentarios distantes acerca de la caída del pantalón y del tiro de la camisa, y con una libertad de movimiento reducida a las dimensiones de la tienda. Afortunadamente, antes de que mis delirios cibernéticos llegaran más lejos, me ha sonreído y, detrás del maquillaje que le fijaba un poco los rasgos, he adivinado el rostro de una joven mucho más flexible que el robot que había imaginado.

Me coge la mano como si fuera a estrechármela y luego me da un beso, como a alguien a quien se conoce en una velada organizada por amigos comunes. Comentamos los detalles del puesto y del trabajo que espera de mí, atender, aconsejar, guiar, gestionar los stocks y los pedidos, cobrar.

Para cobrar no hay problema: estoy acostumbrada.

—No es complicado, pero sola no doy abasto. Mi anterior colaboradora se marchó el mes pasado para acompañar a su marido a Nueva Caledonia, adonde lo han destinado. La semana pasada tomé la decisión de reemplazarla y mi padre me habló de usted. ¿Le parece bien? He preparado el contrato. ¿Le apetece un café?

He firmado los papeles, nos hemos tomado un espresso detrás de la caja y me ha hablado de sus hijos, de su divorcio, de los problemas que tiene con su ex marido. He callado acerca de los míos. No sabía lo que Max le había contado sobre mí y si había mencionado que nos habíamos conocido en Meetic. He preferido ser prudente y mantener en silencio los tormentos por los que he pasado, y el hecho de que ahora avanzaba por la vida con un paso de funámbulo debutante que me daba un aspecto un poco ridículo.

—Tengo miedo —he confesado por fin—. Hace mucho tiempo que no trabajo.

Me ha asegurado que todo saldría bien, que confiaba en mí y se ha excusado porque mis cualificaciones superaban las exigidas para el empleo que me ofrecía. He respondido que por algo tenía que empezar. Me ha dado algunas explicaciones más acerca de las

especificidades de la tienda, del funcionamiento del terminal de las tarjetas bancarias y del programa de contabilidad, y ha entrado el primer cliente.

—Por lo que respecta a lo demás, ya me irás preguntando a medida que surjan las cosas —ha concluido en un tono familiar y ha saludado al recién llegado.

Toda la tarde me he sentido otra persona. Una persona normal. Como si hubiera prestado mi cuerpo y lo observara, desde el exterior, atender a la clientela de esa pequeña tienda en la que nunca había puesto los pies hasta entonces. Se las apañaba bien mi cuerpo. Era amable, servicial y discreto, se percataba de con qué clientes podía bromear y con cuáles debía mostrarse puramente profesional porque tenían prisa. Al acabar la tarde, me he quitado el sombrero: se había superado a sí mismo. Isabelle también me ha felicitado, estaba satisfecha de mi trabajo.

—Aunque sabía que te las apañarías la mar de bien. Se ve enseguida que estás cómoda con los clientes, los hombres en particular.

Sucedió en el momento en que me disponía a regresar a casa; estábamos frente a la puerta después de habernos besado de nuevo educadamente. En ese preciso instante, en la acera, una silueta masculina ha aminorado el paso al pasar ante la tienda. Ha vuelto la cabeza hacia el escaparate y me he cruzado con la mirada de un fantasma.

Afortunadamente no ha entrado y he conseguido ahogar el grito que me desgarraba la garganta.

Principio de incertidumbre revisado y corregido

Schrödinger, el gato loco, ha desaparecido. Ese animalucho se ha fugado.

Esa tarde, al volver de mi primer día de trabajo, no he oído sus maullidos. En ese momento, no me ha preocupado. Ha sido al llegar la noche, al ir a acostarme, cuando tanto silencio empezó a inquietarme. Esas últimas semanas había acabado por acostumbrarme a los cargantes lamentos del animalillo, que acababan por lo general después de una o dos horas sin que lograra averiguar qué les ponía fin. Me he levantado de la cama, he bajado al salón y no lo he encontrado debajo de la cómoda, donde se esconde habitualmente para darnos la tabarra con total impunidad. En la cocina, su escudilla estaba llena. He recordado entonces que esa mañana tampoco me he cruzado con él, al despertar después de la noche de desenfreno pasada con Max.

Con un pedazo de hígado de ternera en la mano para atraer al huido, he explorado los dormitorios de los niños, pero no le he encontrado ni debajo de las camas, ni en los armarios ni en los baúles de los juguetes. Mañana por la tarde vuelven a casa, ¿qué voy a decirles?

—¿Qué es esa cosa asquerosa que hay en el baño? —chilla Thomas desde lo alto de la escalera.

Los otros dos se precipitan para verlo y a mí, evidentemente, no me queda más remedio que seguirlos. No tengo la menor idea de a qué se refiere mi primogénito. ¿Una bola de cabellos enjabonados en el fondo del lavabo? ¿Unos bastoncillos de algodón usados? ¿Una mancha de dentífrico en medio del espejo? A su edad, cualquier cosa les da asco.

Al entrar tras sus pasos en la pequeña habitación, lo entiendo.

—No es nada, niños.

—¡Vaya mierda!

—¡Luna, no digas palabrotas! —digo frunciendo el ceño con mi aspecto más severo.

Aún consigo ser una madre perfecta, unos minutos por semana.

Las tres criaturas parlotean alrededor de la cosa y exigen explicaciones. Para tranquilizarlos, afirmo:

—Es la carne del gato.

Diez minutos más tarde, bajamos. He logrado enjugar las lágrimas de uno y el ataque de histeria de los otros, convencerles de que el pedazo de carne que había olvidado tontamente sobre el lavabo tras mi persecución de la víspera no era el cerebro de Dingo, ni su corazón, ni ninguna otra parte de su pobre cuerpecillo felino que un ladrón perverso hubiera cortado y esparcido los fragmentos por toda la casa.

—No sé dónde se ha metido ese gato —concluyo—. Habré dejado una ventana abierta y se habrá escapado. Lo siento. Pero no os preocupéis, queridos, volverá. Cuando tenga hambre.

No es muy probable, pero eso no se lo puedo decir. A veces se desaparece para siempre. O, al contrario, los seres queridos desaparecidos regresan para acosarnos restregándose contra los escaparates cuando una desearía que hubieran sido aniquilados para siempre. En el caso de Schrödinger, es desgraciadamente probable que un coche lo haya convertido en alfombrilla o que un gato más imponente que él lo haya obligado a huir a la otra punta de la ciudad.

«¿Crees que debería comprarles otro?», le escribo a mi madre una vez los críos se han acostado bajo una pila de peluches que se supone que deben consolarles por la huida del gato. Les he prometido dejar entreabierto la pequeña ventana de la entrada por si a Dingo se le ocurriera volver a casa a través de las rejas que guardan sus accesos.

—Espera a que lo hayan entendido, a que se acostumbren. Es una buena ocasión para hablarles de la muerte. O de la separación. Y además te recuerdo que eres alérgica al pelo de gato. Si realmente deseas soportar la compañía y las obligaciones que un animal

representa, elige un perro o, preferiblemente, un pez dorado. Del color que quieras.

A pesar de los sarcasmos, esa tarde mi madre es la sabiduría personificada. Al explicarle que me he convertido en una mujer activa, me ha felicitado con solo una observación irónica acerca de las ocultas intenciones de mi nuevo amigo. Al igual que Max, a ella le parece que debo plantarme de nuevo en la realidad. A pesar de que algunos retazos de esa realidad me repugnen como un viejo papel pintado de motivos demasiado chillones que en vano tratamos de arrancar de las paredes. Siempre quedan trozos pegados, que apestan a humedad y se pegan en las uñas. Debajo, se ve que el yeso se ha enmohecido y que se trata de una pared de carga. No hay manera de derribarla, habrá que soportarla.

Pero no quiero. No deseo contemporizar con esa sucia realidad, no quiero comprometer mis creencias en mi propia redención. Deseo regresar cual fénix exterminador: renacer de mis cenizas tras haber quemado a mi paso cualquier rastro del ser responsable de mi caída.

En resumidas cuentas: estoy hasta la coronilla de que Yann, a pesar de mis esfuerzos y de mis tejemanejes, plante indicios de su supervivencia en la mía.

«Pues tendrás que acostumbrarte —comenta mi madre—. La idea de su muerte no era más que una etapa destinada a obligarte a llevar a cabo una transición hacia un necesario restablecimiento. Debes decirte a ti misma que, al igual que su vida, es una contingencia que en nada afecta la continuidad de tu existencia. Y esta puede perfectamente ser feliz.»

«Tal vez, pero eso no impide que aún no se me hayan pasado las ganas de acabar con él. ¿Crees que ajustarle las cuentas a un muerto es un oficio?»

Mi madre recurre a la filosofía y yo siento que soy una psicópata. Como un pensamiento incongruente lleva a otro, me pregunto si a Schrödinger —el físico, no mi gato fugado— se le había ocurrido abrir agujeros en la caja estanca en la que encerró a su cobaya. Porque de lo contrario, con veneno o sin, a buen seguro habría muerto asfixiado cuando su dueño y verdugo abriera la tapa y, por ende, su experimento no probaría nada. Me pregunto si eso puede invalidar todos los fundamentos de la física cuántica. En tal caso será mejor que guarde preciosamente el secreto de mi descubrimiento o corro el riesgo de ser perseguida por todos los sabios locos del planeta que querrán hacerme callar y por los adeptos de mi teoría que intentarán encerrarme en una cripta para preservarme de los atentados. Con todo, pienso más tarde, habría sido necesario que el tamaño de los agujeros en cuestión, a la par que permitiera la

oxigenación suficiente de la caja, no posibilitara la evacuación del cianuro eventualmente presente una vez que el átomo se hubiera decidido o no a desintegrarse. Schrödinger, a fin de cuentas, era un burro. En mi estado, una idea lleva a otra y quizá merecería una ecuación de cosecha propia.

—Creo que estoy mucho mejor —le digo la misma tarde a Max por teléfono.

Emociones

El hecho de trabajar me permite ahora fijarme en detalles tan triviales como mi vestimenta o los horarios de los autobuses.

—Y durante todo ese tiempo ya no te lamentas de tu suerte —espeta mi madre una vez más.

La encuentro injusta. Desde que le pedí ayuda —o más bien desde que se dignó a revolotear perezosamente en mi socorro— el hecho de gritar en lugar de lloriquear se ha convertido para mí en una cuestión de honor. Sin embargo, no me ofusco ante sus palabras; achaco su reflexión a la terapia, como tantas otras cosas. Es cierto que frecuentar a desconocidos indiscutiblemente vivos y del todo indiferentes a mis problemas, pasados o presentes, me reequilibra un poco. Pero, en ese aspecto, ¿no sería más sensato por mi parte que en vez de trabajar en el pequeño comercio que no lo necesita fuera a ocuparme de los indigentes a los que les falta de todo? Sin llegar al extremo de sumarme a una misión humanitaria en el otro extremo del planeta —o por lo menos algo por debajo de mi meridiano—, podría dedicarme a la caridad o a las buenas obras, convertirme en madrina de guerra. ¿Acaso el hecho de percibir un salario a cambio de unas horas de presencia entre prendas muy limpias, probablemente cosidas por jóvenes chinas a las que pagan menos de un céntimo por pieza, no supone hundirme aún más en mi confortable condición de viuda putativa y adinerada?

Ya está, me siento culpable.

Empiezo, discretamente, a comprobar las etiquetas de los modelos que vende Isabelle. Al cabo de una semana ya las he examinado todas. Made in France, Germany, Italy. Así que al trabajar para ella no contribuyo a mantener la pauperización de la población asiática, menudo alivio. Sin embargo, tampoco contribuyo a mejorar la situación. De hecho, no hago nada por ella. Ni bueno ni malo. Vendo vaqueros y camisas a personas

que probablemente no los necesitan, eso es todo. Opero en terreno neutral. Soy un poco como Suiza.

Tras consultar a Max y a mi madre, sobre mis reparos, ambos recurren a la ironía: él me pregunta si deseo legar mis bienes a Médicos sin Fronteras y embarcarme hacia Somalia, y ella, si tengo intención de donar el saldo de mi cuenta bancaria a los Hermanitos de los Pobres antes de largar amarras. Eso aliviaría mi sentimiento de culpabilidad, y además ya no tendría miedo de toparme con el espectro de mi ex marido. Con el aplomo que la distancia permite, les respondo a los dos que si no fuera por los niños habría hecho todo eso hace mucho tiempo.

Salvo que, sin ellos, ya haría meses que me habría lanzado del puente del Garona. Y no me plantearía todas esas preguntas.

—Iba a ofrecer mis servicios a los Restaurants du Coeur. Y a tricotar calcetines de lana para los soldados en las trincheras.

Solo bromeo a medias. Me aporta cierto consuelo imaginarme salvando vidas o por lo menos aliviando el calvario de un puñado de gente sin techo o de indigentes. Está por ver si tendré el valor de pasar a la acción. No es seguro, ni mucho menos. Quizá no esté preparada.

En definitiva, soy tan egoísta como romántica. No hay ninguna gran causa que me inspire realmente. En toda mi vida no he tenido otra ambición más que preservar día a día la continuidad de mi felicidad y la de mis allegados, sin cuestionar nunca sus bases o su perennidad. Luego vino la caída. Hoy ya no creo en la felicidad y solo dispongo del poder de transmitir a mis hijos el amor que siento por ellos. Por lo demás, tendrán que espabilarse solos, aprender a detener los golpes bajos y a anticipar los ataques por la espalda, esos mismos que yo no supe ver venir. Y echo de menos creer en algo. Dios no me interesa, soy impermeable a todas las religiones. Una parte de la humanidad pasa el tiempo muriéndose, y la otra, dándole la espalda púdicamente. Los pocos que se mueven para salvar el mundo llevan a cabo un combate perdido por adelantado y no soy de su fuste. No creo en el hombre, pues este es un cabrón que me ha engañado y abandonado. Y para colmo, no creo que el dolodio vaya a desaparecer algún día. Toda mi vida tendré ese espacio hueco en mi vientre, donde la rabia y la pena se darán cita de improviso para organizar luchas a muerte de las que ni una ni otra saldrán vencedoras, y que

recomenzarán una y otra vez. Y moriré acurrucada sobre él, sobre el dolodio, que se habrá convertido en mi hijo caníbal y me devorará por dentro una vez mis verdaderos hijos hayan abandonado el nido, sin una mirada para la que supo callar orgullosamente su desgracia para ayudarles a hallar su lugar en este mundo de mierda, coño.

Los pensamientos que se alargan y las metáforas gelatinosas nunca son buena señal. Finalmente, creo que no estoy tan bien como parece. Se acerca Navidad, el frío, los días que se acortan, la bolsa que se hincha como una tripa para preparar su explosión, los ex maridos difuntos que vagan alrededor de las tiendas de ropa. Los bosques que se despluman, las especies que desaparecen para siempre. Sin mencionar a mi gato.

Para serenarme, busco cien razones para no estar en mi mejor forma. Encuentro mil y, de pronto, me siento menos culpable, me veo menos lamentable por no salir favorita en el campeonato del mundo de alegría. Pero hago esfuerzos, os lo juro, hijos. La prueba es que aún estoy viva.

No todo el mundo puede decir tanto.

En la tienda, los clientes empiezan a apelonarse, con una tendencia exponencial a pisarse los unos a los otros entre los expositores a medida que se acercan las fiestas.

—Pero será peor durante las rebajas —afirma Isabelle con la sonrisa satisfecha de una madre al anunciar los primeros pasos de su criatura.

Exagero; en realidad no se la veía tan satisfecha, más bien cansada por adelantado. Lo que la hacía sonreír eran sin duda los futuros beneficios. O simplemente la costumbre. He vuelto a pensar en los androides que actuaban en lugar de las dependientas en las tiendas. En las ventanillas de los bancos y al volante de los autobuses. Toda esa gente de gestos y palabra automáticos. La misma, sin duda, en las fábricas y oficinas. Condicionada por las cláusulas de sus contratos de trabajo, las exigencias de rentabilidad y las facturas, de noche, en su buzón. Yo no soy así, no estoy sometida a todas esas obligaciones. Mis frases hechas para informar y atender a la clientela no las pronuncio por obligación sino por elección. No estoy obligada a trabajar. Si no temiera decepcionar a Max y ofender a su hija, podría dejar ese empleo y cedérselo a alguien que lo necesitara. ¿Eso haría de mí una persona más honorable o simplemente me convertiría de nuevo en la burguesa desocupada replegada sobre el fracaso de su pareja?

Tres camisas, dos pantalones y cien preguntas triviales más tarde, me dispongo a cerrar la tienda mientras Isabelle hace caja. Desde el mostrador, me espeta:

—Los clientes te aprecian mucho. Les parece que tienes sentido del humor y una mirada muy certera, sin ser presuntuosa. Mi padre llevaba razón, eres una buena persona.

En cualquier caso, no soy un robot, y eso ya es mucho.

La Esclusa

Tengo que pedir a la Esclusa que duche a los niños antes de traérmelos de vuelta.

Esta tarde huelen a muerto. Bajo la forma deletérea del perfume de su padre. Me pregunto si se habrá rociado expresamente antes de abrazarlos a sabiendas de que reconocería ese olor. Los recuerdos olfativos son los más crueles. Te sumergen por completo en una vida que ya no es la propia y te fuerzan a revivir instantes perdidos para siempre. En general, esos regresos hacia atrás solo suscitan momentos de nostalgia sin consecuencia. En lo que a mí respecta, esta tarde, evocan una contradicción lógica que pone en entredicho mi estrategia de evitar determinada realidad —el tipo que me ha abandonado, y que desearía que hubiera muerto, sigue siendo el padre de mis hijos y nada puedo hacer al respecto— y mis probabilidades de curación: las imágenes y sensaciones que ese perfume provoca me vuelven, de forma alterna o simultánea, loca de pena y de cólera.

Los niños me preguntan por qué lloro, les respondo que estaba pelando cebollas y los mando a tomar un baño.

—Hay que pelarlas bajo el agua —me aconseja la Esclusa, a la que nada he pedido.

—¡Basta, no es usted mi madre!

No sé por qué motivo la maltrato de esa manera. Se presta como puede a mis instrucciones y a las del difunto, solo me pregunta por cuestiones relacionadas con el bienestar de los tres huérfanos; es puntual, tierna y atenta. Y se la ve feliz con su vida, aunque resulte algo beata.

Me recuerda a alguien, o a algo. A alguna gallinácea.

De la que en ese instante tiene la mirada redonda y sorprendida.

—Perdone, Geneviève, es por el olor.

Los ojos de la Esclusa se abren aún más y sus aletas nasales se estremecen. Prudente,

inclina la nariz hacia su axila y alza ligeramente el brazo. Detengo su gesto; me produce más risa que incomodidad:

—No, no lo digo por usted. Son los niños... Olían al perfume de... Y por eso, ya me entiende... Lo siento, de verdad.

Un día conseguiré acabar mis frases al hablar de él. El día en que esté muerto por entero, supongo, y cuando no corra el riesgo de cruzarme con él por la calle o delante de una tienda. Mientras el cadáver siga moviéndose y me envíe sus efluvios por mediación de su progenitura, estaré condenada a chapotear en los compromisos, incluidos los del lenguaje.

La Esclusa asiente. Comprende. O bien pretende que yo crea que lo entiende; sin duda es más sencillo, y más sano, para todo el mundo. Incluso, en el fondo de mí misma, le daría la razón si me considerara loca e indigna de ser madre. Me mira, apretando los labios; sus manos juegan a la altura de las caderas, buscan un bolsillo ausente en su falda de vieja. Acaba cruzándose de brazos. Va a hablar, lo percibo. No sé si me apetece oír lo que sin duda cree necesario confiarme. Pero eso se lo debo, escucharla unos instantes.

—Sabe, estuve en su lugar, hace unos años...

Probablemente sería mejor que la interrumpiera, que lo dejara ahí. De lo contrario, puede que le conteste que nadie ha estado en mi lugar, jamás. No así. Sin embargo, algo en la expresión de su rostro me llama la atención. Una crispación de la mandíbula, un centelleo en los ojos. Una mezcla de cólera y de tristeza mal digerida.

—¿Tiene cinco minutos? ¿Le apetece tomar algo?

Mientras en el primer piso los tres críos chapotean juntos en la bañera, Geneviève y yo compartimos una cerveza en la cocina. Su decisión me ha sorprendido y me ha gustado; no pega con el personaje. Habría querido que fuera incluso más lejos, que rechazara la copa que le tendía y que bebiéramos de la misma lata —una sola para las dos— pero sorbe su Carlsberg con la misma distinción que si se tratara de un darjeeling. Dejo que me explique su historia prometiéndome no decirle nada más acerca de la mía de lo que ya conoce.

La Esclusa fue en sus tiempos una mujer enamorada y confiada y luego, de un día para otro, se convirtió en una pobre criatura traicionada y abandonada por otra. Eso fue

mucho tiempo atrás.

—Pronto hará diez años —confiesa entre dos minúsculos sorbos—. Y aún le odio. Continúo echándoselo en cara y echándolo de menos, hasta el punto de que no he conocido a nadie más. A nadie en serio, ninguna relación funcionó. Hoy prácticamente he renunciado a ello. Me ocupo de los demás, y de mí. A veces tengo aventuras de una noche.

Debo de parecer sorprendida porque añade, un poco precipitadamente:

—Nunca cuando estoy con los niños, por supuesto. No llevo una vida disoluta, puede confiar en mí.

La tranquilizo. Y me atrevo a confiarle que no tiene aspecto de alguien que... No, tampoco acabaré esa frase: «alguien que folla con cualquiera». Un hombre, vaya. O una guarra. Los muertos no son los únicos que me cierran el pico, también las solteronas un poco desvergonzadas.

Una vez más, comprende.

—Sí, a primera vista no se diría. Pero sé arreglarme. Me peino, me maquillo, me pongo unos vaqueros, una blusa y talones, y no soy más fea que otra. Sé bailar, tengo conversación y generalmente logro lo que me propongo. No siempre con los hombres más sexys o más intelectuales. Pero me da igual, porque es solo por una noche. Después del desayuno ya no sé qué decirles y ninguno de ellos me ha interesado más que para echar un polvo. Discúlpeme si la he incomodado.

Meneo la cabeza. No me ha incomodado en el sentido en que ella cree, solo que estoy sorprendida tras descubrirla con nuevos ojos. Me cae simpática. Finalmente, no me arrepiento de haber dejado que la Esclusa se abra a mí.

—Sin embargo —prosigue—, nada de eso borra lo que he vivido, lo que me ha hecho. Es como un bicho minúsculo y malintencionado que se ha instalado ahí. Una tenia del corazón —concluye llevándose una mano al pecho.

Me niego aún a hablarle del dolodio, mi propio parásito. Me da demasiado miedo de que acabemos enganchadas la una a la otra, incapaces de evocar nada más aparte de nuestros respectivos problemas, llorando juntas acerca de nuestra desgracia común. Común, como *banal*.

En lugar de ello le pregunto qué ha sido de *él*, del traidor.

—Un accidente de tráfico. Murió hace ocho años. Afortunadamente no teníamos hijos —concluye y acto seguido me propone ir a salvar a los míos antes de que se ahoguen.

Cuatro verdades y un arrebató

—¿Y se suponía que eso tenía que reconfortarte? —pregunta mi madre a la mañana siguiente.

Ha pasado a dar un beso a los nietos como hace regularmente los sábados, justo después de sus consultas matinales. Si no están demasiado alterados para su gusto, se quedará a comer con nosotros. Ahora mismo, y tras unos minutos de charla entre su abuela y ellos, están viendo unos dibujos animados en el salón y, como de costumbre, nos hemos instalado en la cocina. Paso la esponja y seco la encimera para disimular mis sentimientos mientras ella, sentada a la mesa, analiza mis últimos avances en la vida.

—¿Vas a volver a verla? —añade.

Tiene las piernas cruzadas y sus manos inmóviles se apoyan planas sobre sus muslos. Una postura a la vez atenta y distendida que le envidio, yo que no consigo estarme quieta. No en su presencia, en todo caso.

—Mamá, es la Esclusa. Voy a verla al menos una vez por semana, cada vez que me traiga a los niños. Parece que hables de mi amante de una noche.

—Hablo de una mujer que se te ha confiado cuando apenas la conocías. Y a la que tú quizá también te has confiado.

Me atuve estrictamente a los hechos. Sin animosidad, sin extrapolación. Para que supiera por qué Yann debía seguir muerto. Entreví en ello el fin de esa especie de relación de ama y esclava que había instaurado a mi pesar, y por culpa de él: una relación de dominación que me incomodaba. Dado que soy un parangón de bondad y de altruismo, aparte de los arrebatos destructores abortados que solo me conciernen a mí, que callo cuidadosamente y que no suelen poner en peligro más que a mi única persona.

—Aún no sé si ese aparte con la Esclusa me ha ido bien. He sentido piedad por ella. Saber que aún era víctima del dolodio después de tantos años, y tanto tiempo después de

la muerte del traidor...

Mi madre me explica entonces que el amor es tan humano como el error. O que errar, que a su parecer es lo único propio de los hombres. Cuando estos se encuentran con el primero, afirma, la explosión es inevitable y puede causar destrozos.

—Los amores contaminados rara vez conducen a la felicidad de las partes implicadas. Y el amor eterno solo existe en los cuentos o en los patios de colegio. El amor a secas es peligroso pero hay que sobrellevarlo, y aprender a recuperarse de las caídas que provoca.

Froto con fervor el acero inoxidable de la encimera que no lo necesita. Se trata de los preliminares, y aprehendo la continuación. Cuando mi madre filosofa, la verdad no está lejos. Ignoro si será bueno oírle, pero estoy segura de que me noqueará. Me agarro a la esponja.

—No perdones a Yann, pero aprende a aceptar que sucumbiera a los encantos de otra mujer, a la llamada del amor, ponle el nombre que quieras. Acepta que no pudiera confesártelo porque también te amaba a ti, y se sentía culpable. Acepta que hoy siga soportando el peso de esa culpabilidad, y que lo haya perdido todo: esa mujer que precipitó vuestra caída, a ti y cualquier esperanza de una vida normal con vuestros hijos. Al menos mientras no salgas de esa cosa malsana que llamas el dolodio. Le has dado nombre al mal que te ha infligido, como a un animalillo doméstico o a un nuevo hijo. En todo caso, como a algo que deseas conservar. No se bautiza a un desconocido ocasional, y menos aún cuando te hace daño. Así que te lo ruego, querida, acéptalo. Quizá tu marido esté muerto, pero el padre de tus hijos está vivo y coleando y, tanto para ti como para ellos, no puedes pasarte el resto de la vida enterrándolo día tras día.

Podría decirle que fue ella quien me aguijoneó para tomar esa vía mórbida, que fueron sus consejos, sus recomendaciones, sus órdenes. Podría reprocharle unas cuantas cosas, restregarle sus contradicciones. Pero no tengo fuerzas para enfrentarme a los razonamientos que sin duda eso provocaría. Se justificaría pretendiendo que no se trataba más que de una etapa, eso era todo. Y que ahora abordábamos la siguiente, como era de esperar. La suya.

—No puedo aceptarlo, mamá, no lo consigo. Yann es y no es a la vez el hombre con quien he compartido la vida y la existencia íntima durante más de quince años. En unos pocos segundos, ha llenado de duplicidad todos los instantes que vivimos. ¿Quién sabe si, antes de Mélanie, no estuvo con otras mujeres? ¿Quién sabe si no me mintió antes? ¿Quién sabe si no me casé con otro que no era él? Tengo la sensación de haber vivido la

mayor parte de mi vida en compañía de un monstruo y de haberme convertido yo también en uno. No puedo aceptar eso. Si pienso en él como un ser vivo, me entran ganas de matarlo. Creerle muerto me ayuda a vivir y a avanzar. ¿No te parece que he avanzado?

Es imposible que pretenda lo contrario. He logrado salir de una postración suicida, conocer a gente, me ocupo de mis hijos tan bien como cualquier madre sola, tengo un empleo. Me abro por fin a los demás después de un período de abstinencia más largo que un embarazo. Salvo que dentro de mi vientre, en lugar de un nuevo hijo al que querer, se ha instalado el dolodio. Si un día doy a luz, será una criatura deforme que reducirá la humanidad a la nada. Soy potencialmente la dueña del mundo, y de su destrucción. Si el mundo lo supiera...

Mi madre se levanta. Da un paso hacia mí, y arrojo la esponja al fregadero. Estamos frente a frente, ella con una mirada seria y yo, atormentada. Me contengo de decir «mamá» y echarme en sus brazos, que cuelgan, oscilantes, a lo largo de su cuerpo delgado y orgulloso de serlo. Cierra los ojos, abre la boca. Es quizá el momento. Estoy paralizada, quiero que sea ella quien dé el paso. Sonríe, con los ojos cerrados. Avanza un poco más. Abre los brazos.

Y me lanzo. Porque ella lo desea.

Mi mejilla, su hombro. Su boca sobre mi cabello, muy cerca de mi oreja. Sus brazos rodeándome los hombros, sus manos apoyadas sobre mí, que ya no se apartan, que ya no vacilan en acariciar. Me dejo ir. Me acoge.

Hemos almorzado juntas y ha sido la mejor comida del mundo. Sabía que mi euforia no duraría, que la realidad, esa guarra sin corazón, se impondría unas horas más tarde, para decirme que por mucho que mi madre me hubiera abrazado nada más había cambiado. Pero a mí me importaba tan poco como mi primer columpio. Hemos comido jamón y puré, bebido Coca-Cola y vino, amaba a mis hijos como nunca y sentía que también ellos a mí; su padre muerto y vivo a la vez ya no tenía importancia alguna. La mirada que mi madre me dedicaba era a un tiempo tierna e incómoda, una prueba más, por si fuera necesario, de que la fabulosa escena del abrazo había tenido lugar, que no la había soñado. No había imaginado, tampoco, esas palabras que resonaban en mis oídos como una nana y que creía inventadas hasta que las exhumó de mis recuerdos de infancia.

—Pauline, mi corazón, mi bicho, mi bichito, mi rosa, mi niñita querida. No es nada, pasará, estoy aquí.

De postre, nos había traído dulces y dulzuras.

Ectoplasmia

Aprendo a envolver los regalos en la tienda de Isabelle, a saborear la idea de que mi genitora pueda, por una vez en la vida, hacer los gestos de una madre, apreciar los mensajes de texto un poco tontorrones que Geneviève me envía ahora que Yann ya no es un tema tabú y en los que ella se regodea con cierta malevolencia denigrándolo con cariño. Con demasiado cariño, para mi gusto, por supuesto.

«Thomas le ha dado una bofetada a un chaval que lo trataba de serpiente con gafas. Su padre lo ha castigado. ¡Malditos sean!»

Ese mensaje sibilino va acompañado de muchos smileys. ¿Quién le ha hecho qué a quién, aparte del bofetón? Sin embargo, sonrío. Los dos puntos de mis ojos, la vertical de mi nariz y el arco de círculo de mi boca acompañan los pictogramas que subrayan las breves frases de la Esclusa. Soy una mujer de mi tiempo.

Pero me lleva casi una hora enviar mi respuesta, sería como una bula papal: «Hay que saber parar los golpes sin devolverlos, eso evita los desmanes». Geneviève, a pesar de su pasado del que afirma haberse liberado hace ya tiempo, es una mujer impulsiva. Trato de moderarla sin llevarle del todo la contraria.

Y luego envuelvo una camisa. Guío a una esposa por el camino de la corbata ideal. Cobro el jersey de cachemira que hará feliz a un hijo, al menos mientras dure la Nochevieja. Le comento a un hombre ya maduro, probablemente homosexual, cuánto le favorecen esos vaqueros no muy ceñidos. Es cierto que le hacen un buen culo, sin ser vulgarmente marcones. Trato de ser sincera. Me caen bien esas personas. Ellas no me han hecho nada.

Cuando Yann entró en el establecimiento yo me encontraba en la trastienda, ocupada

bebiendo el vaso de agua que mi cuerpo reclamaba desde hacía casi una hora. Me estaba diciendo que ese trabajo que no necesitaba pero que contribuía a alegrar a los clientes a los que atendía —léase a devolverles la confianza en la bondad humana, seamos anchos de miras— empezaba a ser tan penoso como el de las jóvenes chinas a las que había pensado salvar de la globalización. Podía ver la entrada, una puerta acristalada de lo más clásica, de esas de las que hay que tirar para abrirlas. Los visitantes a menudo forcejean con ella, perplejos. Tirar o empujar, esa es la cuestión. Pero los que están más motivados siempre acaban entrando.

Yann no ha sido la excepción a esa regla solo regida por la física. Por mi parte, habría añadido leyes psicológicas castigadas con la muerte en caso de infracción. Por lo que a él concernía, en todo caso.

Y entra. Así, sin ningún tipo de vergüenza. Como si nunca hubiera ocurrido nada entre nosotros. O, en cualquier caso, como si no supiera que yo trabajo aquí. Cosa que evidentemente es así, pues ¿cómo iba a saberlo?

Sea como sea, ahí está.

Es casi la hora de cerrar y está solo en la tienda. Aparte de Isabelle, que le atiende como a cualquier otro cliente. Busca una chaqueta. No muy oscura, ceñida.

—¿Qué talla?

Yo podría responder en su lugar. Conozco sus medidas, le regalé año tras año buena parte de la ropa que vestía. Privilegio de mujer inactiva. En lugar de ello, me quedo en la sombra, al abrigo de la trastienda. Persuadida de que ya nadie iba a venir, he dejado la puerta entreabierta.

—Siempre lo olvido. ¿Puedo probármela?

Ese que nos está retrasando la hora de cierre de la tienda habla con el tono seductor de los hombres acostumbrados a que nada se les resista. Y sin que nadie pueda reprochárselo. Es muy propio de él, de mi ex marido, de ese muerto que no logro confinar en la tumba en la que sueño que se halla, inmóvil, a falta de haberlo enterrado realmente. Una vez más ha salido de ella y solo para comprarse una chaqueta. Estoy segura de que tiene los armarios llenos de chaquetas, el muy gilipollas.

Isabelle, tan profesional como de costumbre, le muestra varios modelos, le ayuda a probárselos, comenta cómo le sientan, la impresión que causa al lucirlos y los posibles

retoques que la prenda podría requerir.

Yo los observo a oscuras. Al entrar él, he apagado la luz de la pequeña estancia en la que me encontraba. Si me hubieran predicho la escena, habría negado ser testigo de la misma. Es imposible que esté viviendo eso, su súbita aparición, esa interacción sobrenatural de un muerto con mi colega de trabajo. Mi superior jerárquica y casi una amiga.

Y sin embargo, ahí está ella, frente a él, tan cómoda como lo estaba antes con un anciano que quería unos calcetines que durasen. Con una mano a la cadera, la otra disponible para designar la pieza de ropa o la persona destinada a lucirla. A Isabelle pocas veces se le escapa una venta, y me ha asegurado que soy de su fuste. Me importa muy poco, y sobre todo ahora. Mientras no entre otro cliente en la tienda. Si eso ocurre, me encerraré en los lavabos, no responderé si mi jefa me llama, ya encontraré una explicación, aunque sea intestinal. Cualquier humillación es mejor que enfrentarse a un ectoplasma.

Yann el deshonorado, el menos que nada, el más que muerto, duda. ¿La de color gris pálido o la antracita? El mismo modelo, el mismo corte. ¿Cómo puede preocuparse por semejantes detalles cuando sus amores están hundidos en sus respectivos barrizales? Ella, Mélanie, en el fondo del hoyo que se ganó a pulso y yo, la legítima, en la marga adonde él la ha obligado a hundirse en contra de su voluntad. *Mi* cuerpo, que en estos momentos lucha para no abalanzarse sobre él para agredirlo con no sé qué arma.

O abrazarlo con no sé qué brazos.

El muerto se entretiene, se toma el tiempo de dejar su huella, sus sucias patas que me gustaría que estuvieran putrefactas, sobre los modelos de mejor corte de la colección.

—Tiene usted buen gusto —le oigo decir a Isabelle.

Quisiera tener fuerzas para intervenir, para salir disparada como un diablo de cuernos sobredimensionados del cuartucho en el que estoy que ardo, de arrancarle los ojos con mis uñas y los cojones con los dientes, como una auténtica justiciera. Pero no, no hago nada de todo eso. Escucho y observo lo mejor que puedo, cuando habría tenido que taparme los oídos y los ojos, o cerrar discretamente la puerta.

Podría haber salido de la tienda sin comprar nada. Eso, sin lógica alguna, me habría reconfortado en la idea de que era un cretino egoísta incapaz de implicarse en cualquier

relación. Incluso con una chaqueta. Pero no, se ha marchado con lo que había venido a buscar.

Eso, le he explicado a Max un poco más tarde, no probaba nada. Tampoco. En cambio, su aparición me había revuelto del todo.

Como a un muerto en su tumba.

Sacrificios rituales

Max el socorrista. Un hombre formidable. Se ha presentado en mi casa esta tarde, después de nuestra conversación telefónica, a lo largo de la cual se me trababa la lengua enumerando los síntomas de mi confusión. Los impulsos asesinos, claro está, pero sobre todo los sobresaltos de mi corazón que seguía latiendo firmemente por ese hombre guapo y seguro que se probaba tranquilamente chaquetas en territorio enemigo. Esa intrusión en mi esfera se suponía que no debería haberse producido. Mi corazón es un imbécil que ha recibido una buena lección pero no la ha aprendido. Ya no quiero ese corazón, lo repudio, denme otro. Pero ni siquiera a Max me atrevo a evocarle lo que más vergüenza me da: el palpito de mi bajo vientre mientras mis ojos devoraban la nuca elegante, los hombros anchos y flexibles, y esos dedos fuertes y delicados que acariciaban el paño de las prendas como si se tratara de mi piel cuando aún era suya.

Tras decirle que no dejaba de llorar y que tenía ganas de romper todos los platos de mi vajilla —no la de mi boda, de esa ya me deshice hace semanas—, Max ha dicho: «Voy para allá». Ha colgado y tres cuartos de hora después ahí estaba, vestido con un pantalón con las rodillas sucias, calzando unos zapatos de seguridad y con el cabello cubierto de polvo.

—Estoy haciendo obras en el sótano —me ha dicho a guisa de explicación.

Su precipitación es enternecedora. Para no ser menos, me he echado en sus brazos y nos hemos quedado así abrazados un minuto, él tieso y yo tensa, antes de deshacerlo de común acuerdo, tan incómodos el uno como el otro. Sin duda la falta de alcohol, o la relativa calma de mis pulsiones sexuales desde que trabajo.

—Vamos, cuéntamelo todo —acaba preguntándome, mientras me conduce hacia el

sofá.

Le relato los detalles de mi visión estremecida por un verdadero asco. Lo que me horroriza no es tanto el hecho de haber espiado a mi difunto marido durante diez minutos como mis reacciones.

—Debería estar muerto. Sobre todo, debería estar muerto *aquí*.

Me llevo una mano al corazón y la otra a la cabeza. Si tuviera una tercera, se habría puesto instintivamente sobre mi sexo y aún me habría avergonzado más. Afortunadamente la naturaleza siempre es sabia.

Le aseguro a Max que no es una película, que me pone realmente enferma. Me creía curada y no era más que una remisión. Asiente meneando la cabeza, me toma de la mano y, frente a ese hombre que pronto será ya un anciano de aire digno y sólido, me siento como una chiquilla. Persuadida de que los adultos siempre serán incapaces de aprehender la profundidad de mi pena y reclamando sin embargo que la ahuyenten, la borren, para que nada haya ocurrido y todo vuelva a ser como antes. Como cuando era despreocupada y confiada. Antes de que mi globo de plástico, rosa e hinchado con mi deseo de volar, se me escapara de las manos para quedar luego fuera de mi alcance. Solo, sin mí. Yo sigo clavada al suelo, mirando al cielo, con los brazos alzados, esperando tontamente que vuelva hacia mí, hasta comprender que es demasiado tarde, que se ha acabado —el bonito globo rosa se ha perdido, para mí en todo caso— y entonces me echo a llorar.

—Tendría que haberlo reventado antes de que saliera volando.

Max, que no ha seguido los pasos de mi razonamiento, frunce el ceño apesadumbrado. Agito la mano para disipar sus aprensiones, me levanto y me dirijo hacia la escalera.

—Ahora vuelvo.

Rebusco en la habitación de Luna y regreso con una bolsita de plástico en la mano. La dejo sobre la mesita y voy a mi despacho en busca de un rotulador negro. Al regresar, Max ha cogido la bolsa y la sostiene en sus manos. Cincuenta globos. Espero que tenga buenos pulmones.

Él hincha y yo dibujo. Cincuenta globos llenos de aire, cincuenta rostros estilizados que se supone que representan a Yann. Max se queda sin resuello, se pone colorado, suda, menea la cabeza. Al vigésimo tercero, se rinde. Le relevo. El salón se llena de globos, parece que prepare una fiesta para los niños. Una vez hinchado y caracterizado el último globo, voy a la cocina y regreso armada con mi cuchillo más afilado.

—Tápate los oídos —aconsejo a Max.

Los reviento todos, uno tras otro. Explotan a la primera, la mayoría, pero algunos se resisten; la hoja se desliza sobre la goma en lugar de hundirse en ella, debo hacerlo varias veces, dominar el globo que se me escapa, asirlo con mis manos, deformar el rostro, estrangular la caricatura.

—Tendrías que haber cogido una aguja —comenta Max mientras me encarnizo con un globo rojo que trata de huir.

—Prefiero el cuchillo, es más gore.

Además, ahora que caigo en ello, debería haber llenado los globos de salsa de tomate en lugar de aire. La próxima vez, quizá.

—¡Vamos, muérete ya, carroña! —exclamo levantando el arma.

La masacre dura apenas unos minutos. Es un poco decepcionante. Tras la cincuentena de detonaciones esperadas, mis tímpanos vibran como si pidieran más. El suelo y los muebles están cubiertos de pedazos de plástico. Ya puedo limpiarlo todo antes de que regresen los niños o tendré que volver a hacerlo con ellos, dibujando en los globos vampiros y ogros en lugar de la cara de su padre.

—Podrías haberme dejado algunos —se lamenta Max—. Siempre había soñado hacer eso.

—No confundamos las cosas: es mi lucha. Mejor ve a por la aspiradora. En el armario de la entrada.

Max obedece. Se desvive por mí. Está a mis órdenes, sumiso. Me pregunto qué sería capaz de hacer para complacerme. Meterse en mi cama seguro que no, parece que eso está claro. Pero ¿quizá podría convertirlo en mi esbirro, mi guardaespaldas, mi jardinero para mis doce plantas, mi cocinero, mi chófer, mi mayordomo?

Cuando me llama mi madre, el ruido la sorprende.

—Es Max —le digo—. Hemos jugado a globos y está pasando la aspiradora.

Me pregunta si necesitamos ayuda. Por supuesto, en sus labios de psiquiatra, la expresión es voluntariamente equívoca, pero la tranquilizo:

—No te preocupes, mamá, ya he guardado el cuchillo.

Tras colgarle en las narices, me dirijo directamente hacia Max y, con el pie, apago la aspiradora.

—Déjalo, ya lo haré luego. Y ven, te invito a un té.

En el salón, mientras llevo la conversación hacia otros temas que no son mi egoísta dolodio, los fragmentos de cincuenta cadáveres multicolores cubren el suelo y se burlan de mí, como las imágenes de ese hombre al que quería y que me está matando. Doy vueltas sobre lo mismo. Finalmente, a quien han encerrado en una caja no es al gato de Schrödinger ni a Yann, sino a mí.

Soy la prueba viviente. Y muerta.

Magia de Navidad

La Esclusa se ha enamorado de Yann. Le abre su corazón planchándole las camisas, él se arrodilla ante ella pidiéndole la mano y los niños giran en corro alrededor de ellos lanzándoles calcetines y calzoncillos. En la boda, viste la chaqueta que compró en la tienda de Isabelle y me hace actuar de testigo. Firmo el registro con una mano de esqueleto y los recién casados se besan frente a mi ataúd.

Por supuesto que se trata de un sueño. Una pesadilla más. Salvo que esta mañana, al reconocer la voz de Geneviève al teléfono, me entran ganas de insultarle, de decirle que no es mejor que todas las demás traidoras que nos han robado a nuestros maridos. Me retengo a tiempo, ya cuento con un historial voluminoso y será mejor no ampliarlo. Más aún puesto que la Esclusa, que mañana por la tarde, domingo, tiene que devolverme a los niños, parece desbordada por los acontecimientos, sean cuales sean.

Tras unos alarmados «Buenos días», me anuncia:

—Esta noche no ha regresado.

De inmediato me preocupo por mis hijos. Pero ¿por qué uno de ellos habría *salido*? Geneviève no me deja tiempo para perderme mucho más en conjeturas. Encadena:

—Yann. Tu ex. Me llamó ayer a primera hora de la tarde para decirme que tenía una reunión, un imprevisto, que fuera a buscar a los niños al colegio, que volvería a última hora. Al acostarlos, aún no había vuelto, así que me puse a planchar frente a la tele y me quedé dormida. Y a estas horas aún no ha regresado.

Así que, en cuanto a planchar, llevaba yo razón.

—¿No te ha llamado? —insiste—. ¿No has tenido noticias suyas?

—¡Geneviève, ya sabes que está muerto!

Emite un ruido que parece a la vez una risa ahogada y un estertor.

—Déjate de esas historias. Es grave. Nunca antes había hecho algo así. Es de fiar. Con

los niños, en cualquier caso. Y conmigo.

«Además, estoy loca por él y él por mí, y pronto vamos a contraer matrimonio en una injusta boda», prosigue su vocecilla en mi cabeza aún bien impregnada de mi pesadilla de esta noche. En lugar de eso, continúa:

—No me contesta al móvil. Sin respuesta. Le he dejado por lo menos diez mensajes. Y en su oficina tampoco atienden el teléfono.

—Es sábado, no hay nadie.

He respondido maquinalmente. Una extraña sensación está floreciendo en mi vientre. *Algo le ha ocurrido a Yann*. Un agujero negro. Un emplazamiento vacío que se agujerea y no sé cómo llenar. ¿Por miedo, aprensión o angustia? ¿Por alivio o alegría? Si desaparece de verdad, tendré por fin lo que había pedido por Navidad: un marido muerto. Por lo menos si no se ha exiliado en Brasil y si encuentran su cadáver.

—¿Puedes comprobar si tienes algún mensaje? ¿En el móvil o un correo electrónico?

Le aseguro que lo haré de inmediato y prometo volver a llamarla al cabo de unos minutos.

Mi teléfono móvil no indica mensaje alguno por leer, ninguna llamada perdida. En mi mensajería solo hay spam y los residuos de mi inscripción en Meetic. Para mayor tranquilidad, compruebo también el correo de mi buzón, que está vacío: a esta hora no ha pasado el cartero; «No pasará nunca», dice el agujero en mi vientre como un eco de la canción infantil que esta frase siempre me evoca.

Llamo a la Esclusa. De momento, decido preocuparme solo por mis tres hijos: ¿cómo se lo han tomado?

—Les he dicho que había tenido que marcharse por una cuestión de trabajo, que no estaba previsto, que pronto volverá. Luego, cuando regresen de tu casa.

—Muy bien. ¿Eso los ha tranquilizado?

—Thomas me ha dicho que la última vez que oyó eso os divorciasteis. Y Mathis ha añadido que eso seguramente quería decir que os ibais a casar otra vez.

—Tráemelos, por favor.

Toda la tarde hago de madre perfecta, decidida a hacer olvidar a mis hijos que su padre ha desaparecido —quizá definitivamente— y a no prestar atención a mi propio malestar. Antes de su llegada, he ido a comprar un abeto, he sacado las cajas de guirnaldas del desván, papeles de colores, tijeras y rotuladores y la magia de la Navidad ha hecho lo demás: las paredes se cubren poco a poco de decoraciones más o menos

caseras, el abeto se desploma bajo las bolas de plástico con las que lo sobrecarga Thomas, hay trozos de papel por todas partes, los rotuladores sin capuchón cubren el suelo, los niños cantan a voz en grito por encima del disco de canciones infantiles que he puesto en la cadena y lo orquesto todo con la sonrisa más amplia de mi panoplia. Creo incluso haber dado palmas en varios momentos para animarlos. Una verdadera marioneta, me he convertido en Noddy en el País de los Juguetes.

Si no he respondido a las insistentes llamadas de Geneviève ha sido porque no he oído el teléfono. Eso le explico a mi madre al acabar el CD, cuando reina una calma relativa y por fin oigo el timbre en cuestión. También ella intenta hablar conmigo desde hace una hora.

—Me ha llamado la Esclusa.

Me sorprende constatar que mi madre ha adoptado el apodo que le puse a Geneviève.

—¿Y pues?

—Pues que está preocupada. Sigue sin noticias de Yann y tú no contestas.

—Me ocupo de los niños. Dile a Geneviève que deje de darle vueltas, exagera, parece que acabe de perder al hombre de su vida.

Creo que mi sueño de ayer aún está muy vivo. Trato de atenuar mis palabras:

—Me cae muy bien, pero es un poco obsesiva.

—Pauline, te recuerdo de todas formas que un hombre ha desaparecido. E incluso voy a ser más precisa: el padre de tus hijos ha desaparecido desde hace casi veinticuatro horas. ¿Tan poco te preocupa?

—Ya lo encontrarán. O volverá él solo. Déjame disfrutarlo un poco.

Por el silencio que se impone a continuación, me doy cuenta de que he descolocado a mi madre. Sin duda es la primera vez. Antes de darle tiempo a recuperarse, le digo que tengo que colgar, que debo ocuparme de los niños. Que, por supuesto, por lo demás seguimos en contacto.

Y apago el móvil.

Levantamiento del cadáver

Estoy dentro de una burbuja. Una esfera invisible y sólida en la que me he encerrado con mi progenitura y que mantiene a distancia todos los elementos del mundo exterior. Una burbuja estéril. Artificial. Todo el domingo acaparo la atención de los niños, los requiero sin cesar, soy la madre más activamente disponible del mundo, no tienen ni un instante para descansar y charlar solos, entre ellos, o no hacer nada. Ni un segundo para pensar en su padre o en su ausencia. Hasta el extremo de que, al anochecer, acaban por pedirme un «rato de calma» frente a la tele. Cuando les propongo, en lugar de eso, que juguemos a algo, Thomas dice con voz fatigada:

—Déjanos, mamá.

Luna me reta con la mirada a castigar a su hermano por su insolencia y, en lugar de reñirle, me siento con un suspiro en el sofá y les digo que escojan la película. Yo también me canso, claro está.

Cuando el amable Simba le da por fin una paliza al bellaco de Scar, llaman a la puerta. Mis tres cachorrillos están acurrucados contra mí, con los ojos aún llenos de lágrimas, y debo liberarme suavemente de su abrazo para ir a abrir.

Es mi madre, por supuesto. Esperaba que irrumpiera en cualquier momento del día para sermonearme a su manera y comprobar que mi alegría de vivir, que he recuperado gracias a circunstancias malsanas, no fuera a perjudicar a sus nietos y a traumatizarlos de por vida. Lo que no había previsto, sin embargo, era que fuera a desembarcar con la caballería. Ligeramente detrás de ella se encuentran dos agentes de policía. A la vista de sus uniformes, una reacción instintiva de culpabilidad hace que me tiemblen las piernas y, por mucho que mis antecedentes estén blancos como la nieve, me digo que algo malo debo de haber hecho.

—Puesto que no parecías dispuesta a hacer el trámite, me he ocupado de denunciar la

desaparición de tu marido —dice secamente mi madre sin molestarse en saludarme.

El viento agita sus cabellos, le hace entornar los ojos, esconder el cuello en su abrigo. Parece vieja y enfadada; me hace pensar en una bruja de los cuentos de hadas. «Guárdate tu manzana, no te voy a entregar a mis enanos.»

—Ya no es mi marido —respondo.

Eso no atenúa precisamente su mal humor.

A pesar del frío, no hago entrar a los visitantes. Para no asustar a los niños. Avanzo unos pasos y, tras cerrar la puerta a mis espaldas, respondo en el umbral a las preguntas de los policías que, sin embargo, ya lo saben todo puesto que mi madre les ha hecho un preciso resumen de la situación, y me informan de que han interrogado a Geneviève antes que a mí. Unos minutos más tarde, consiento en ir a buscar mi teléfono móvil y encenderlo para comprobar que el desaparecido no ha tratado de ponerse en contacto conmigo desde ayer.

—Se han molestado en balde. Hace semanas que no le he visto ni oído, ya no tenemos ningún contacto.

Les explico nuestros acuerdos y el papel de la Esclusa, pero no les digo que mi ex marido está muerto. No parecen particularmente sorprendidos; el dolodio quizá causa estragos en otros vientres además del mío, y para ellos seguramente no soy más que un caso de divorciada inconsolable entre muchos otros. Sin embargo, mientras sus preguntas se estancan y mis respuestas se abrevian, parecen continuar esperando algo. Y mi madre, envuelta en su abrigo entre los dos agentes, pierde lentamente su aspecto enojado. Pero parece cada vez más incómoda.

—¿Puedo marcharme ya? —acabo preguntando.

Empiezo a tener frío y me voy a perder la escena de la coronación del Rey León. No quisiera que los niños se hicieran preguntas sobre mi ausencia, podrían creer que los he dejado plantados al igual que su padre. A menos que, al contrario, aprovechen ese plazo suplementario que les concede su madre hiperactiva para recuperar el aliento.

Por fin, con la vista gacha para no cruzarse con mi mirada, mi madre lanza, casi en voz baja:

—Me gustaría que les enseñaras el cuarto de la caldera a estos señores.

Durante unos segundos me quedo sin palabras. Los tres me observan en silencio, helados

bajo la luz del porche, y el primer pensamiento que me viene a la cabeza, absurdo, es que desean proseguir el interrogatorio en un lugar más caliente. Y luego comprendo. Me gustaría echarme a reír, una risa segura y burlona, pero, en lugar de ello, siento que me saltan lágrimas de los ojos.

Traicionada por mi propia madre.

—Mamá, ¿no irás a creer que...?

—Enséñenoslo, señora. Por favor.

La voz del agente es tan firme como su mirada. El otro, detrás, encorva la nuca. Meneo la cabeza, les digo que es una bobada pero que de acuerdo, adelante. No encontraran nada en el cuarto de la caldera que pueda ponerme en apuros. Aparte, tal vez, de las decenas de almohadas que cubren las paredes y algún rastro de sangre en la escalera. Dirijo a mi madre una mueca de asco. Me gustaría sacarle la lengua a falta de abofetearla para darle una lección, no tiene derecho a hacerme eso, ella no, no después de nuestro reencuentro del otro día y de todas esas emociones por fin compartidas. Pero me contento con volverme para abrir la puerta de entrada con precaución. En el interior, los animales de la jungla africana cantan a coro. Avanzo un poco. Tres cabecitas sobresalen del respaldo del sofá. Con un dedo sobre mis labios para exigir silencio por parte de los visitantes, les indico que me sigan. Atravesamos el recibidor con paso sigiloso, abro la puerta que conduce a la escalera, enciendo la luz y desciendo los peldaños con un policía pegado a mis talones. Al llegar abajo, pasa delante de mí y abre él mismo la pesada puerta del cuarto de la caldera.

El olor nos invade de golpe. Pestilente. Retrocedo bruscamente y choco contra mi madre que me mira fijamente, con los ojos abiertos como platos y horrorizada, tapándose la nariz con una mano. Huele a muerto. Tengo ganas de vomitar y a duras penas logro contenerme. Los policías nos apartan, uno de ellos busca a tientas el interruptor y de repente se ilumina la estancia. Ahí están las almohadas. Algunas rasgadas; otras, reventadas, han esparcido su contenido por el suelo. Espuma y copos de algodón.

Un poco más lejos, al pie del banco, encontramos el cadáver.

Reconstrucción

El más tímido de los dos policías ha sido muy amable y me ha ayudado a meter el cadáver en una bolsa de basura. Habría querido enterrarlo en el jardín pero, con las heladas, el suelo se ha vuelto demasiado duro. Así que he decidido tirarlo a la basura. A buena hora, porque la recogida es mañana por la mañana.

He decidido no decir nada a los niños. Ya casi no preguntan acerca de la desaparición y también ellos dejarán de creer que volverá.

Sin embargo, he avisado a Max.

«Schrödinger ha muerto», escribo por MSN.

«Sí, en 1961», responde.

«No, hace solo unos días.»

Juntos, reconstruimos los hechos. Esa famosa noche en la que nos bebimos los culos de las botellas del salón y en la que el gato maullaba, como de costumbre, escondido debajo de la cómoda. Max me ayuda a recordar que acabé atrapándolo y encerrándolo en el cuarto de la caldera desde donde su escandalera, al pie de la escalera y detrás de dos puertas, no llegaba hasta nosotros. Luego, seguimos bebiendo y lo olvidé al igual que Max, que no se acordaba del animal. Y este murió de hambre y de sed. Pobre gato. Me sabe mal.

«No es culpa tuya», dice Max.

«Claro que sí.»

Y llevo razón. Compré y quise ese gato. Para los niños, para mí, para mi conciencia de madre con carencia de fe paternal. Me hice responsable de adoptar un concepto más que un animal, sin tener en cuenta su existencia como ser vivo susceptible de no

corresponder a mis expectativas de mujer impaciente y sensible. De oído sensible, sobre todo. Si ese animalucho no hubiera armado tanto jaleo...

«Y aún no han localizado a Yann. ¿Qué voy a decirles a los niños?»

Extrañamente, después del hallazgo del cadáver de Schrödinger, siento de nuevo una angustia razonable; es decir que, como cualquier ser humano normalmente constituido, la inexplicada desaparición de uno de mis pares, y sus consecuencias en mi vida y en la de mis allegados, me perturba profundamente.

«Menuda tontería, ¿verdad? Después de tantos esfuerzos para creerle muerto y por vivir como si lo estuviera, ahora me preocupa saber qué le ha ocurrido.»

«¿Se te ha pasado el dolodio?»

La pregunta de Max me pilla por sorpresa, y debo reflexionar unos instantes antes de responder. No solo reflexionar, sino también *sentir*. Me sumerjo dentro de mí e invoco imágenes de Yann, recuerdos y sensaciones perdidas. Exploro mis propias reacciones. El nudo que siento en el estómago, la pequeña bola de odio que se forma y que rebota en mi corazón.

«No del todo. Ese cabrón me ha hecho demasiado daño. Pero no es tan fuerte. Porque ahora también tengo miedo. Por él. Creo que eso es lo peor. Soy incoherente.»

«Avísame cuando haya desaparecido del todo. Si ocurre.»

Max añade algunas palabras de consuelo y luego se desconecta, dejándome desocupada. Hoy no trabajo, hace una hora he dejado a los niños en el colegio, no tengo ganas de quedarme sola, en casa, preguntándome si tengo o no motivo para atormentarme por *el cabrón que ha pisoteado mi vida de mujer ideal, que me engañó durante meses con aquella que yo creía que era mi mejor amiga, que me dejó sin previo aviso...* Siempre el mismo disco. Me repito todas las razones que tengo para odiarlo, pero mi ansiedad no cede demasiado. Llego incluso a preguntarme si el chalado que estranguló a Mélanie no se habrá evadido del hospital psiquiátrico, donde lo encerraron después de su crimen, para acabar el trabajo y cargarse a Yann. Quizá se habrá erigido en justiciero de las mujeres escarnecidas, a fin de cuentas. Persigue a los hombres adúlteros y a sus amantes y los mata unos tras otros. Aunque mi reflexión sea traída por los pelos, me obnubila y

acabo llamando a uno de los policías que me visitaron la víspera para planteársela. Menos de media hora más tarde me llama: el asesino sigue encerrado, la pista se ha desechado y me agradece la colaboración en la investigación. Mantenemos una excelente relación desde que comprobaron que no escondía el cadáver de mi marido en el sótano.

Por el contrario, mi relación con mi madre se ha deteriorado. Le echo en cara haberme creído capaz de hacer algo semejante. Intentó explicarse, tras el hallazgo del pobre Schrödinger. Habló de inestabilidad emocional, de estado de confusión, aplicó a sus sospechas unos términos psicológicos complicadísimos que pretendían ser excusas. Le opuse un feroz mutismo. Se marchó pidiéndome perdón y hoy ha reiterado esta proeza en varios SMS que he borrado. Aún no estoy lista para aceptar sus excusas y, sobre todo, tengo otras cosas de qué preocuparme.

La casa me oprime. La ociosidad me pone enferma. Me tiemblan las manos de tanto esperar sin hacer nada, me aferro a mi teléfono que no suena, o lo hace por asuntos sin importancia. Geneviève me acosa pidiéndome noticias que no tengo y me hace una pregunta para la que tampoco tengo respuesta pero que me atormenta tanto como a ella: ¿cuánto tiempo podré ocultar a los niños que su padre se ha evaporado? ¿Cómo anunciarles algo así?

Queridos, papá ha desaparecido. Es posible que esté:

- a) atravesando de rodillas el desierto de Gobi para expiar los innumerables crímenes cometidos contra la persona de vuestra madre aquí presente,
- b) ocupado bronceándose en una playa de Copacabana en compañía de una rubia con la que se ha casado deprisa y corriendo en una capilla hortera de Las Vegas,
- c) agonizando en el fondo de un precipicio tras haberse salido de la carretera en una curva; siempre le dije que conducía muy deprisa,
- d) desaparecido para siempre tras ir a por tabaco.

La solución d) no colará: los niños me dirán que su padre no fuma. Sea como sea, no puedo imaginarme confesándoles simplemente que, dado que no lo encuentran, probablemente su padre esté muerto. Me siento culpable por anticipado. ¿Son mis delirios acerca de la viuda y sus tres huérfanos los que han provocado eso? ¿He soñado con demasiada insistencia?

A última hora de la mañana, llamo de nuevo a los policías a cargo de la investigación.

Que no avanza: no hay rastro de Yann ni de su coche. Su secretaria ignora a qué reunión tenía que ir el viernes por la tarde, no encuentra ni rastro de la misma en la agenda. Sin embargo, la lista de las últimas llamadas efectuadas y recibidas en su móvil debería proporcionar elementos susceptibles de hacer progresar la investigación. En cuanto la reciban.

Poco importan los medios desplegados, simplemente que se den prisa en encontrar a Yann. Vivo, preferentemente: dentro de tres días le toca quedarse con los niños.

Filosofía cuántica

Mientras dejo a mi madre macerar un poco más en sus excusas y remordimientos, que a la Esclusa le hierva la sangre esperando mi llamada y que la policía haga su trabajo, me las apaño para pensar en otra cosa. En la tienda, me concentro en cada uno de los clientes y juego a adivinar su vida o a inventarle una si está claro que carece de ella. Salvo que sola no es divertido. Y no creo que Isabelle, por simpática que sea, tenga ganas de sumarse a mi juego.

Cada vez que alguien abre la puerta, me da un brinco el corazón al pensar que podría ser Yann.

Si entrara ahora, en ese instante, creo que saltaría sobre él gritando; le llamaría irresponsable, cobarde y mal padre. Y le abofetearía como a un chiquillo por habernos hecho algo semejante. Evidentemente, hay pocas posibilidades de que eso ocurra. Pero al imaginar la escena me doy cuenta de una cosa.

Le doy la gran noticia a Max al regresar del trabajo.

—Ya está. Ha pasado.

—Genial. Para celebrarlo, te invito esta noche a cenar en casa. Cocinaré yo.

Le pido a Geneviève, aún angustiada, que cuide de los niños. Acepta de inmediato y con entusiasmo.

Max vive en una pequeña localidad situada a unos diez kilómetros de Toulouse, cerca del aeropuerto, y en la que nunca he puesto los pies. Doy vueltas por el barrio durante más de diez minutos hasta dar con la dirección, un amplio callejón bordeado de casas

nuevas o en construcción. Vive al fondo del mismo, en un gran edificio moderno con aspecto de fortín, obra sin duda de un arquitecto militar jubilado. El interior, desnudo y frío, me confirma esa impresión. Se trata de una única estancia de tipo loft, inmensa y blanca, de techo muy alto y rodeada por una galería que da acceso a las habitaciones de la primera planta, y cumple con la función de recibidor, salón y cocina todo a la vez. El sitio no le pega a Max.

Además, cuando me recibe, Max tampoco se parece a sí mismo. Realmente ha decidido festejarlo: viste traje negro y camisa blanca y lleva una corbata mal anudada. Yo he ido en vaqueros y con las manos vacías. Hace tanto tiempo que no voy a una cena de amigos que he olvidado las reglas de urbanidad. Antes, habría llevado unas flores para la señora de la casa y una botella de vino para el anfitrión. Pero *antes*, habríamos pensado en ello dos personas. Y ahora, las reglas de urbanidad me importan un comino, a la vista de las circunstancias. De todas formas, Max no es de los que se ofuscan por mi desenvoltura. Sin embargo, al ver la gran mesa dispuesta como para una cena de enamorados, con copas de cristal, candelabros y mantelería fina, no puedo evitar meter la pata.

—Si piensas acostarte conmigo, es demasiado tarde, has perdido el tren.

Se pone colorado. Yo también. De vergüenza. ¿Por qué maltratar a ese hombre que me quiere, aunque sea patoso? Al fin y al cabo, es culpa mía si entre nosotros y en nuestras actitudes hay un montón de sobreentendidos. Si no hubiera intentado, esa famosa noche que le costó la vida a Schrödinger, llevarme a Max a la cama, hoy nos sentiríamos más cómodos en nuestra amistad, tanto él como yo.

Me sirve una copa de champán, brindamos y hablamos de banalidades para empezar. Mi trabajo, su casa, nuestras lecturas. A pesar de las frases que intercambiamos, el silencio me pesa. El que reina en la gran casa y entre nuestras palabras. Le pido que ponga música. Saca un CD de Bach. Replico:

—¿No tienes algo más alegre?

Mientras no ponga Vivaldi; *Las cuatro estaciones* me provocan urticaria. Pero una vez más mi mente retorcida me juega una mala pasada: un instante más tarde, resuenan alrededor de mí las primeras notas de «Help» y la letra saltarina de los Beatles acompaña las burbujas que bailan en mi copa. La apuro y me relajo. Le explico a Max que podemos hablar de cualquier cosa salvo del desaparecido.

—Cambiemos de aires. Vamos, háblame de física. Pero con cariño, ¿eh?, arréglatelas

para que entienda más de una palabra de cada dos.

Los ojos de Max se iluminan como las guirnaldas de un árbol de Navidad. Pasamos a la mesa y, olvidándose de comer, se lanza a un panorama de la física cuántica. Siento que ha elegido las palabras, que construye las frases con precaución para hacer que sus explicaciones sean lo más sencillas posibles, pero rápidamente desconecto. Sin embargo, me siento bien y sigo escuchándole. El champán me mece y la prosa de Max es muy poética. Catástrofe ultravioleta, principio de incertidumbre. Dios no juega a los dados, pero la naturaleza sí.

De vez en cuando le interrumpo preguntándome sobre los platitos que sigue sirviéndome mientras habla.

—¿Qué es?

—... goma cuántica de elección retardada...

—Deliciosa. ¿Lo has hecho tú?

Pasamos al vino. Un añejo salvaje de Corbières que casa bien con los magrets de pato a la miel y especias y aún más conmigo. Los misterios de la física cuántica empiezan a penetrarme y cuando llega el postre Max se halla en plena perorata.

—De la observación nace el estado.

Blandiendo mi cuchara exclamo a voz en grito:

—¡Pero la observación modifica el comportamiento! ¡Y la existencia es fruto de la conciencia!

Se queda boquiabierto y manifiestamente satisfecho. Cree que lo he entendido todo. No le llevo a engaño, parece muy feliz. Para ser sincera, achispada como estoy, yo misma me siento en un estado próximo a la beatitud y armada de un pueril orgullo ante la idea de haber penetrado los arcanos de la física cuántica o al menos algunos aspectos del alcance filosófico de la misma. Para rematarlo, no he pensado ni una sola vez en Yann a lo largo de toda la velada.

Hasta que Max me suelta:

—Tengo un regalo para ti. A tu marido, ¿lo quieres vivo o muerto?

Resurrección

El sótano es tan grande como la propia casa y enteramente insonorizado, me explica. Él mismo ha hecho las obras y lo ha equipado en la entrada con un dispositivo del que no tiene que precisarme su papel o su funcionamiento. Me vienen a la cabeza imágenes de gatos agonizando entre vapores de cianuro. La tarta de manzanas del postre me pesa súbitamente en el estómago.

—¿Está muerto? —pregunto.

—En este momento, sí y no. Tú decides, Pauline. Solo tienes que hacer girar esa llave para abrir la puerta y al fin sabrás... Recuerda: de la observación nace el estado.

Max me habla despacio, como a un niño. Su entusiasmo de hace un momento ha decaído, casi parece triste. Tengo ganas de llorar y de darle bofetadas. En lugar de ello, le abrazo y le estrecho contra mí muy fuerte. Luego le doy un beso, por primera y última vez. El beso del condenado.

«Una posibilidad entre dos», me digo, con una mano en el pomo y la otra sobre la llave.

Luego detengo el gesto. Cuando haya abierto esa puerta quizá seré viuda. De verdad, esta vez. Ya no tendré que recurrir a ridículos subterfugios para justificar mi luto. Habré ganado, por triste que ese fallecimiento resulte para los tres huérfanos.

Pero si está vivo... ¿Volveré a odiarle y a desear su muerte, sufriré de nuevo por volver a ser la mujer traicionada y abandonada, seré presa de nuevo del dolor, se instalará una vez más en mi vientre, convertirá de nuevo mi vida en el infierno del que por fin creía haber salido?

Mientras la puerta siga cerrada, todo es posible, y lo contrario. No soy culpable de nada. No sé nada. Puedo cerrar los ojos, sentarme y esperar, detrás de la puerta, a que algo ocurra, a que otra persona la abra.

Noto que Max se aproxima a mí. Se inclina, me murmura «Te quiero» y se aleja. Oigo sus pasos en la escalera. Espero que haya ido a ahorcarse con su corbata, ese imbécil.

Voy a abrir la puerta. Para ser la que, al descubrir el cuerpo de Yann, hará real su muerte o su supervivencia. Para no ser cómplice de ese crimen estúpido cometido por Max por mi cara bonita. Para probarle a mi madre, una vez más, que no estoy loca. Para actuar humanamente.

Para actuar, sin más.

Abro.

La estancia es inmensa, unos fluorescentes la iluminan *a giorno* y proyectan pocas sombras sobre los anchos paneles de madera que recubren las paredes. Sobre una mesa, una botella de agua y los restos de una comida en un plato de plástico. Unos paquetes de galletas. Una silla. Una pila de libros y unas revistas desperdigadas, el gran cojín de color naranja con motivos de ganchillo verde manzana que Max trajo el día de nuestro primer encuentro. Y el cuerpo de un hombre, tendido sobre una cama. El de Yann, no hay la menor duda. Justo antes de conducirme al sótano, Max me ha enseñado su coche en el aparcamiento. Me ha explicado cómo se hizo pasar, por teléfono, por el director de una gran firma que requería urgentemente los servicios de la empresa de Yann. Cómo, tras haberlo citado en primer lugar en la sede de la empresa en cuestión para que le hiciera un presupuesto, volvió a llamarle para pedirle que se reuniera con él en su casa, pretextando problemas domésticos. Yann estaba de camino, aceptó y se encontró en casa de Max, que le invitó a entrar y le llevó al sótano donde pretendía tener su despacho. Una compresa con cloroformo, como en las aventuras de Tintín, y la jugarreta llegaba a su término.

Avanzo hacia la cama, a paso lento. Hago que dure ese momento. Tengo miedo. Está tumbado sobre el vientre, con la cabeza vuelta hacia la pared. Me aproximo. Al fin lograré llegar. Constataré su muerte o lo libraré de las garras romas de un viejo loco por la física y por un amor mal comprendido.

Sí, ¿y luego?

El cuerpo no se ha movido, aún puedo salir y volver a cerrar la puerta. Dejar a otros la

tarea de devolver a mi ex marido una existencia en nuestra realidad. Eventualmente bajo el aspecto de un nombre grabado en una lápida.

He llegado. Me inclino.

—¿Quizá prefieras ser incinerado? —murmuro tendiendo el brazo hacia el cuerpo.

Se vuelve de golpe, con el puño hacia delante. Lo recibo en plena cara y, entre nuestros dos gritos confundidos, me tambaleo y me desplomo.

He debido de perder el conocimiento unos instantes. Cuando trato de abrir de nuevo los ojos, los fluorescentes me deslumbran y los cierro de inmediato. Me duele la cabeza y no logro respirar por la nariz. Mi nuca reposa sobre algo cálido y firme. Una mano se posa sobre mi frente. Dudo si abrir de nuevo los ojos, con fluorescentes o sin ellos. Si lo hago, me encontraré a Max que me mece y el cadáver de Yann estrangulado sobre la cama.

—Pauline, lo siento. ¿Estás bien? No quería pegarte, creía que eras ese tipo, el loco que me ha encerrado... Mírame, por favor...

Yann. Vivo.

Aguardo aún un poco. Espero a que el dolodio se concentre y se hinche en mi vientre. Va a volver, empezará de nuevo, seguro. Porque ese hombre que me habla, que me acaricia el rostro, que me pide perdón, es Yann, es el traidor que me destruyó, el cabrón que me mató y al que he deseado muerto, día tras día, desde hace once meses.

La explosión esperada no se produce. En lugar de ello, y a pesar del dolor en la nariz que sin duda me ha roto, tengo el cuerpo que se despierta al contacto de sus manos. De sus muslos bajo mi cabeza. De su aliento que me llega, muy cerca de mi boca.

Si me besa, le muerdo.

Abro por fin los párpados y pestañeo. Su cara está muy cerca de la mía. Se aleja. Los fluorescentes dibujan una aureola alrededor de sus cabellos, diríase la silueta de un ángel o de un santo. La luz es capaz de inventarse cualquier cosa. Con un gruñido de dolor, me incorporo, respiro profundamente —por la boca— para eliminar los últimos vértigos.

—Voy a por mi móvil —murmuro—, hay que avisar a la policía.

Yann permanece inmóvil, arrodillado sobre el cemento, con las manos abiertas como si me suplicara y con rostro expectante. ¿Qué esperaba? ¿Que me echaría en sus brazos?

Finalmente, era un farol. El famoso dispositivo instalado por Max y que se suponía que reproducía el experimento de Schrödinger era falso, ese pobre loco nunca tuvo intención de matar a mi ex marido. Eso, en todo caso, fue lo que me dijo mientras esperábamos a que llegara la policía.

—Una experiencia del pensamiento, Pauline, nada más. Quería ayudarte, eso es todo.

O bien no encontró uranio. Pero en el fondo creo a ese viejo loco y patoso, y en mi declaración indico que en mi opinión nunca ha tenido intención de matar. Un cargo menos contra él. Yann ha presentado denuncia por secuestro, pero si logro ser lo bastante persuasiva quizá la retire. Es cierto que lo que Max ha hecho no es lo más acertado a pesar de sus buenas intenciones para conmigo, pero, desde mi punto de vista, es bastante divertido. Al fin y al cabo, nadie ha muerto. Por una vez.

Justo antes de que llegara la policía, Max ha tratado de justificar su gesto ante su víctima, pero creo que Yann no es muy sensible a las sutilezas de la física cuántica ni a las aberraciones del amor.

—Es muy simple —le he explicado—: tenías que morir para que yo renaciera. Y en cierta forma, has estado muerto realmente, por lo menos mientras estuviste desaparecido.

—¿Y en lo que respecta a mi renacimiento? —pregunta con aire de esperar algo.

—Te lo diré cuando me hayan curado. Si me has roto la nariz, te mato.

Después del hospital y de la comisaría, hemos vuelto juntos a casa. Cuando la Esclusa nos ha visto, ha soltado un grito. ¿De espanto al ver mi nariz? ¿De rabia al ver que había pactado con el enemigo? ¿De alivio al ver a su jefe vivo? Y luego ha cogido su bolso y se ha eclipsado diciendo que nos llamaría.

Los niños también han gritado. De alegría. Incluso mi nariz, que finalmente no estaba rota, les ha impresionado menos que la imagen de sus padres reunidos por primera vez después de varios meses.

Que no canten victoria. No he perdonado a su padre y aún desconozco qué tipo de sentimientos alberga hacia mí. Incluso desconozco los míos. Estoy lejos de volver a subirme al columpio, salvo si estoy segura de poder saltar la primera si se da de nuevo el caso.

Pero Yann está vivo, ya no puedo negarlo. El sufrimiento ha enmudecido, la rabia se ha desvanecido: el dolodio ha desaparecido. Si no vuelve, escucharé lo que tenga que

decirme.

Quizá.

Más le vale ser convincente.

* *Dingue* en francés significa «loco». (N. del T.)

Emmanuelle Urien nació en Anjou en los años setenta. Cursó estudios universitarios en lenguas, humanidades y finanzas internacionales para dedicarse finalmente a la traducción y a la escritura.

Ganadora de numerosos certámenes, ha publicado diversos libros de relatos. Además ha escrito guiones radiofónicos para Radio France y es coautora de una comedia teatral. Urien complementa su faceta literaria con otros proyectos musicales y acaba de lanzar *Glossolalies*, un disco trilingüe.

El delicado arte de mantener el equilibrio en el columpio es su prometedor debut literario en nuestro mercado.

Título original: *L'Art difficile de rester assise sur une balançoire*

Edición en formato digital: abril de 2014

© 2013, Emmanuelle Urien

Publicado por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2014, Joan Riambau Möller, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de la cubierta : © Shutterstock / © thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5239-3

Conversión a formato digital: M. I. Maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

El delicado arte de mantener el equilibrio en el columpio

Fase 1. Vida y muerte...

1. Una señorita debajo...
2. Amor al peso
3. La gran escena del desembarco
4. Corral
5. Sabiduría materna
6. Necrológica
7. Velatorio
8. Últimas voluntades
9. El dolodio
10. Carretilla japonesa
11. Demasiado virtuales...
12. Verso
13. Terapia animal
14. Como un camión
13. La mente como energía pura

Fase 2. El gato Schrödinger

1. Principio de incertidumbre
2. $1/\sqrt{2} \cdot (|\text{muerto}\rangle + |\text{vivo}\rangle)$
3. En la caja
4. La llamada del vientre
5. Ronda nocturna
6. ejemanejes
7. Sin vergüenza alguna
8. Se necesita dependienta
9. Principio de incertidumbre...
10. Emociones
11. La Esclusa
12. Cuatro verdades y un arrebató

13. Ectoplasma
14. Sacrificios rituales
15. Magia de Navidad
16. Levantamiento del cadáver
17. Reconstrucción
18. Filosofía cuántica
19. Resurrección

Notas

Biografía

Créditos

Índice

El delicado arte de mantener el equilibrio en el columpio	2
Fase 1. Vida y muerte de la mujer ideal	5
1. Una señorita debajo de un columpio	6
2. Amor al peso	12
3. La gran escena del desembarco	16
4. Corral	22
5. Sabiduría materna	27
6. Necrológica	32
7. Velatorio	37
8. Últimas voluntades	42
9. El dolodio	47
10. Carretilla japonesa	51
11. Demasiado virtuales para ser honestos	55
12. Verso	58
13. Terapia animal	62
14. Como un camión	65
15. Max y el efecto burlón	68
Fase 2. El gato Schrödinger	71
1. Principio de incertidumbre	72
2. $1/\sqrt{2} \cdot (\text{muerto} \rangle + \text{vivo} \rangle)$	75
3. En la caja	78
4. La llamada del vientre	81
5. Ronda nocturna	84
6. Tejemanejes	87
7. Sin vergüenza alguna	91
8. Se necesita dependienta	95
9. Principio de incertidumbre revisado y corregido	99
10. Emociones	103
11. La Esclusa	107
12. Cuatro verdades y un arrebató	110
13. Ectoplasmia	114
14. Sacrificios rituales	118
15. Magia de Navidad	122

16. Levantamiento del cadáver	125
17. Reconstrucción	128
18. Filosofía cuántica	132
19. Resurrección	135
Notas	140
Biografía	141
Créditos	142